

Héctor Arriola

3ra.
edición

INARCADOS



FINALISTA

SERVICIOSCT
www.serviciosgt.com

"...la novela... revela un poderoso don de observación y habilidad para comunicar estados de ánimo y emociones muy complejas"

Luis Alfredo Arango

"Con una intensidad poco común, el argumento envuelve al lector en la conciencia de los personajes..." "...un libro que todos deberíamos leer..."

Dina Fernández

"...puede ser llevada a la televisión por la fuerza de las pasiones en que se ven envueltos los personajes y las circunstancias lamentables del hecho que se narra, cuya sombra se cierne constante sobre los seres humanos."

Juan Fernando Cifuentes H.

¿Es verídico o sólo producto de la imaginación? De lo que sí estará seguro es que la historia podría repetirse y este adolescente que vive esta pesadilla podría ser su amigo, su vecino, su pariente... quizás su hermano.

"Marcados" es la primera novela de Héctor Arriola, quien es Médico y Cirujano guatemalteco y residente en Guatemala. Es autor también de **"6 semanas de ilusiones"**, llevada al cine por el autor, y de **"Hombres Valientes"**, que gira alrededor del conflicto armado reciente de su país.

Marcados cubre importantes hechos ocurridos durante la primera visita del *Papa Juan Pablo II* a Guatemala, durante la época en que ejercía el poder el controversial General Efraín Ríos Montt.

Arriola obtuvo, con esta obra y a los 21 años de edad, el tercer lugar en el **Premio Guatemalteco de Novela** promovido por la Fundación Guatemalteca para las Letras.

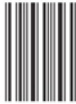
SERVICIOSGT
www.serviciosgt.com

ISBN 9781441406934



9 781441 406934

90000 >



MARCADOS

Héctor Arriola Martínez

Primera Edición: marzo de 1986 por Artemis & Edinter
3ra. edición enero 2019. Copyright, 2008 por Héctor Arriola
Impreso en Los Estados Unidos / Printed in USA por CreateSpace
Editada y publicada por ServiciosGT: <http://www.serviciosgt.com>

Contacto: libros@serviciosGt.com

facebook.com / libros.guatemaltecos

Twitter.com / servGT

Diseño de portada y contraportada: ServiciosGT

Fotografía y diseño de portada: Luis Alfredo Arango

ISBN 144140693X · ISBN-13/EAN-13 9781441406934

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción parcial o total de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

INDICE	
PRIMERA PARTE	1
CAPÍTULO I AQUELLA MAÑANA	7
CAPÍTULO II CARLOS	25
CAPÍTULO III LOS ÚLTIMOS MOMENTOS	30
CAPÍTULO IV LOS HECHOS	34
CAPÍTULO V LA POLICÍA	41
CAPÍTULO VI EL SUBCONSCIENTE	49
CAPÍTULO VII TONY	55
CAPÍTULO VIII ESPERANZAS	64
CAPÍTULO IX EL ENCUENTRO	67
CAPÍTULO X EXTRAÑOS	72
SEGUNDA PARTE	80
CAPÍTULO I POR GLORITA	80
CAPÍTULO II MI CAÍDA	94
CAPÍTULO III LA GOTA QUE DERRAMO DEL VASO:	108
TERCERA PARTE - CAPÍTULO I DESDE... ¿ARRIBA?	114
CAPÍTULO II UNA ALARMA	128
CAPÍTULO III EL ODIO	133
CAPÍTULO IV EL AMOR	143
CAPÍTULO V LA BIENVENIDA	156
CAPÍTULO VI EL HOMBRE	166
A MANERA DE EPILOGO	178

“Cuando en una pelea entre hombres, alguien golpee a una mujer encinta, haciéndola abortar, pero sin causarle ninguna lesión, se impondrá al causante la multa que reclame el marido de la mujer, y la pagará ante los jueces. Pero, cuando haya lesiones, las pagará: vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, moretón por moretón.”

Éxodo 21:22-25

“He aquí que YO envío al Ángel delante de ti
para que te guarde el camino,
y te introduzca en el lugar que Yo he preparado.
Guárdate delante de él, y oye Su voz;
no le seas rebelde;
porque Él no perdonará vuestra rebelión:
porque Mi nombre está en Él.
Pero si en verdad oyes Su voz
e hicieres todo lo que Yo te dijere,
seré enemigo de tus enemigos
y afligiré a los que te afligieren.”

Éxodo 23:20-22

PRIMERA PARTE

La compuerta del avión del Papa se cerró. Se marchaba de Guatemala dejando, en todos corazones de los centroamericanos, semillas de paz; esas semillas no necesitaban que se les regara, al menos no en el estricto significado de la palabra, tampoco germinarían si se les ignoraban. El Papa nos había estado repitiendo que la manera de vivir en paz con Dios era olvidar el odio y los rencores. Yo había pasado una situación muy especial, la cual me había convencido, probablemente más que a nadie, del verdadero significado de su sabiduría; ésa semilla que el Papa había plantado en mi corazón, estaba deseosa de florecer, de contagiarse con su amor a todo aquel que me rodeara y yo la iba a compartir con tantos como me fuera posible. Pero sabía que las buenas intenciones no bastan, así que tomé una decisión.

Me puse de pie y vi mi reloj: 14:50; tenía el tiempo justo para llegar, dándome prisa. Me dirigí a la cama mientras oía al locutor decir unas frases acerca de la partida del Pontífice; me alegró comprobar que, al igual que yo, esperaba que su presencia rindiera frutos; no obstante, sus palabras eran palabras tristes, y yo me encontraba demasiado contento para dejarme contagiarse de su melancolía. El avión se puso a rodar, así que me dirigí hacia el televisor y lo apagué. El cuarto quedó, de repente, en un molesto silencio. Paseé la vista sobre los muebles. No sabía si alegrarme o entristecerme por tener que dejar ese lugar que, durante un tiempo, fue para mí como un hogar; había dos habitaciones auxiliares; estaba equipado para dar comodidad, tenía muy buen servicio y no me había aburrido mientras estuve en él, no obstante, y ahora lo veía claro, jamás, ni por un sólo segundo, había vivido allí el amor. No. Solamente hubo destellos de él. Supe entonces, con absoluta certeza, que debería alegrarme el abandonarlo. Yo ya sabía dónde estaba el amor e iba hacia él.

Caminé en dirección a la cama y me senté junto a la mesita de noche, haciéndome un lugar entre dos valijas; estiré el brazo, descolgué el teléfono y marqué el número “0”. Sonó cuatro veces antes que alguien contestara un “administración, buenas tardes...”

—¿Pueden recoger el equipaje de la suite seis, por favor? - y sin esperar respuesta, añadí:- Me voy. -Me sentí aliviado al decir esas palabras.

—En un minuto, señor Molina.

—Gracias -y colgué.

Respiré profundo. Me sentía formidablemente bien. Abrí la gaveta de la mesita. Sabía lo que había en ella, pero no dejó de sorprenderme lo que vi: me había familiarizado tanto con éso y, sin embargo, ahora me parecía tan lejano, tan ajeno... que no podía creer que alguna vez, en algún momento de mi vida, hubiese podido pensar que era la solución a mi problema.

Comencé a sacar todo lo que me pertenecía y, cuando terminé, sólo quedaban en ella las dos Biblias que el hotel proporciona a cada habitación, una en inglés y la otra en español. Me levanté y me dirigí hacia la puerta principal; tomé de una mesa que había al lado, los dos sobres tamaño oficio que había conseguido por la mañana, en el lobby del hotel. Regresé hacia la mesita y procedí a llenar cada uno de ellos con artículos que, yo había decidido, les pertenecían. Cuando terminé y se encontraron completamente cerrados, oí unos golpes en la puerta. Me levanté y me fui a abrir. Detrás de ella había un joven de unos 17 años, más o menos mi edad, uniformado de manera que no sólo se sentiría incomodo tal vez, sino que se miraba un tanto ridículo. Su uniforme era café claro, con un gorrito redondo del mismo color.

—Adelante -le dije abriéndole la puerta y haciéndome a un lado, para darle camino-. Los sobres me los llevo yo.

Cerré la puerta detrás de mí, pero la volví a abrir pensando que le sería más fácil salir. Me dirigí al teléfono, de nuevo, completamente seguro de lo que iba a hacer.

—Administración, buenas tardes -oí por el auricular, luego de repetir la operación anterior.

—Buenas tardes. ¿Me podría comunicar con la Estación Central de la Policía Nacional, en la capital por favor?

—¿Tiene el número?

—No. No lo tengo -dije como disculpándome de la molestia que le iba a causar.

—Un momento.

En menos de un minuto, cuando el botones ya se había retirado con el equipaje, comencé a oír la señal.

—Está llamando. Servido -oí.

—Gracias.

—Policía Nacional, ¿en qué podemos servirle?

—Buenas tardes, señorita, me llamo Gerardo Molina. ¿Podría, si es tan amable, comunicarme con el teniente Escobedo, por favor? -me sorprendí de mi galantería, hasta el punto de sentirme ridículo.

—Un momento por favor -volvió a decir impersonalmente.

—¿Aló? -Volví a escucharla unos instantes después.

—Todavía estoy aquí -dije tratando de bromear, pero respondió con el mismo tono.

—El teniente Escobedo no se encuentra en estos momentos. Pero si es una emergencia...

—No -la interrumpí-. Sólo le dejaré un mensaje. ¿Puedo?

—Seguro; permítame... -hubo una pequeña pausa-. Dígame.

—Dígale, por favor que hay un sobre para él en el hotel Ramada de La Antigua Guatemala... -pensé un poco-Solamente; gracias.

—De nada -y oí el corte de la comunicación.

Tomé los dos sobres y me puse de pie. De pronto me encontré en una curiosa situación: sabía perfectamente qué hacer con uno, el pesado, pero ¿y el otro? Luego de meditarlo unos segundos supe, perfectamente, lo que haría.

Dejé el pesado en la cama y me dirigí al sanitario. Rasgué una de las puntas y comencé la operación lentamente, saboreando cada instante. Pensé que éso era lo que se debería hacer con todo lo que de eso hay en el mundo, sí señor. Cuando terminé y todo estuvo flotando en el agua, presioné la manija, que accionó el sistema de lavado y vi cómo desaparecía todo ante mis ojos. Esperé, más bien deseé, que por ahí mismo se fueran los recuerdos, todos, de la época que recientemente había vivido y que yo creía, tan ingenuamente, terminada.

Salí del baño, me dirigí a la cama, recogí el otro sobre y salí de la habitación rumbo a la administración, donde dejé el sobre con las instrucciones pertinentes después de cancelar lo que debía. Me dirigí al auto, acompañado del botones con mi equipaje, le di dos quetzales de propina y salí rumbo a la capital.

Pensé casi sin interrupción, a lo largo de la carretera que me estaba alejando de La Antigua, acerca de la vida que me esperaba, y comprendí que dependía solamente de mí el rumbo que las cosas tomaran. Pero yo me encargaría que fuera hacia la felicidad. Sueños, sueños; ingenuos sueños de amor.

El pesado tráfico citadino me sacó de mis ensoñaciones e

incluso me despertó. Vi el reloj digital del auto: 15:35, estaba ya cinco minutos retrasado y con ese tránsito calculé que me llevaría otros cinco minutos llegar.

Me equivocaba, tal parecía que toda Guatemala había ido a despedir a Juan Pablo II, ¡estaba quince minutos demorado cuando me estacioné frente al restaurante Kloster, el cual, aunque lo había dudado, estaba abierto!

Me cercioré de mi apariencia frente al retrovisor y salté del auto. Me dirigí al edificio y bajé al sótano, en donde estaba ubicado el restaurant, no sin antes detenerme ante otro establecimiento tapizado de vidrios donde me examiné rápidamente. Me sentía satisfecho de mi apariencia, la cual, aunque no era todo lo elegante que hubiera querido, me daba un aspecto bastante adecuado: un par de *jeans* nuevos, tenis nuevos y una playera apropiada para el calor que envolvía a la ciudad más grande de Centro América.

Me asomé por la puerta de Kloster, estaba casi vacío, pero no supe si Claudia estaba ya allí debido a la penumbra; que podría ser anulada fácilmente con un par de buenas lámparas, pero, sin duda, sus administradores se habían dado cuenta, al igual que yo, que el restaurante era un lugar agradable precisamente por esa característica: su iluminación amarilla lo hacía acogedor; yo lo frecuentaba bastante a menudo antes de que todo esto le sucediera a mi familia.

Lo que sí pude notar es que la mayoría de las mesas estaban vacías, sólo había tres parejas. Me dirigí al fondo y casi de inmediato un mesero se acercó.

—Buenas tardes. ¿En qué podemos servirle?

—Buenas tardes. ¿Podría traerme...? -iba a pedir un whisky, pero pensé que sería mejor si ella no me sentía aliento de alcohol, así que desistí- No, mejor tráigame una Coca Cola bien fría, por favor. Estoy esperando a alguien...

—¿Se llama usted Gerardo Molina?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Tenemos una nota para usted, permítame -y dicho esto se retiró hacia el mostrador y tomó, a la par de la caja, un sobre blanco que me llevó de inmediato-. Aquí está. Esperaré por si decide cambiar de opinión.

—Sí por favor. -Abrí nerviosamente el sobre. Reconocí inmediatamente la letra con mi nombre.

—Desdoblé la hoja y comencé a leer:

Gerardo: antes que nada, quiero que sepas que el amor que yo sentí por ti fue, siempre, tan puro como el agua. Incluso después de que nos pasara todo. Por eso quiero que me perdones por lo que voy a hacer, pero quiero que sepas que no sólo lo hago pensando en mí, sino en ambos, mejor dicho: en todos. Gerardo, probablemente cuando tú estés leyendo esto, yo ya estaré muerta...

No pude seguir. Sentí que mi corazón se detenía y se me heló la sangre. Me puse rápidamente de pie. Oí al mesero decirme algo, pero no entendí, arrugando la nota la metí en uno de mis bolsillos y abandoné corriendo el restaurante.

Llegué al auto. Me costó trabajo meter la llave, tanto en la puerta como en el *switch*, debido al gran nerviosismo que hacía presa de mí, y salí a toda velocidad.

Durante el trayecto, que recorrí lo más rápido que pude, como nunca lo había hecho, maldije varias veces el no tener una motocicleta como la de Carlos para colarme entre el tráfico con mayor eficiencia. Trataba de concentrarme en el camino, pero una y otra vez mi memoria se aislaba con facilidad en el pasado. Y después de luchar varias calles, finalmente no pude evitar pensar en aquella mañana del día en que nuestros destinos cambiaron.

CAPÍTULO I

AQUELLA MAÑANA

La campana de mi despertador estaba sonando otra vez. Y al igual que la semana anterior, la primera de mi último año de bachillerato, me resultaba el sonido más desagradable que oía en todo el día. Y en un lunes, como este, a pesar de apenas estar comenzando el año, me resultaba particularmente molesto. Maniobré sin abrir los ojos y bajé la palanquita que desactivaba el repiqueteo, me volví a meter bajo de las sábanas. Ya sonaría otra vez en cinco minutos y entonces sí que me levantaría.

Me esforcé en seguir soñando lo mismo... estaba en las playas de Miami, con mi hermana y unos gringos que habíamos conocido. Hacía un sol radiante y todos entrábamos y salíamos de las olas del mar. Evidentemente, no podía haber sucedido la última vez que estuvimos allí, ya que hacía calor. No mucho pero siempre agobiante. Recién habíamos vuelto de Miami, hacía quince días, los cuales, más que bañarnos y disfrutar del “agradable clima”, los utilizamos para hacer compras y visitar lugares agradables. De verdad me había dolido el regresar de esas vacaciones de más de un mes. Las habíamos iniciado a mediados de diciembre, junto con mis padres, en un viaje a España. Habíamos estado allí hasta el 17 de diciembre, y luego habíamos viajado a Francia. Aparte de las francesitas, no hay nada en París que pueda llamar mi atención, así que había convencido a mi hermana que viajáramos a Miami y nos encontráramos con mis papás en Guatemala, el 3 de enero. No me había costado nada el convencerla, y al día siguiente partimos de regreso a la Florida, a pasar ahí el fin de año en casa de mi tía. Creo que hasta se alegraron de quedarse solos, pero no porque nos consideran una molestia, sino que -pensé-, debe ser agradable para una pareja de enamorados estar una semana en la Ciudad Luz. Yo, apenas si entendía el francés. Mi hermana lo hablaba bastante bien, pero no le entusiasmaba la

idea de pasar año nuevo en aquella ciudad. Por el contrario, Miami tenía sitios muy agradables para visitar, y el ambiente de las fiestas nos agradaba mucho, además, teníamos allí varios primos y la pasamos muy bien en realidad.

Al darme cuenta de que me era imposible sumergirme una vez más en ese mundo, donde no había preocupaciones ni problemas: mis sueños, desistí del intento y una vez más, como solía hacerlo durante el transcurso de esos cinco minutos, me repetía que debía comprar un radio-reloj-despertador electrónico, de esos que tenían mis papás y mi hermana y que los despertaban con la música y el volumen elegido. Con uno de éstos, sí que me darían ganas de levantarme.

Y riiiiing. Volvió a sonar. Cada vez me parecía que sonaba más rápido y me robaba unos minutos de haraganería, era la verdad y no me importaba admitirlo. No podía ser otra cosa, ya que la vida a la que tenía que bajar a enfrentarme, lejos de ser aburrida o infeliz, me trataba a mí, y a los míos, bastante bien. Repetí la maniobra y cuando todo quedó en silencio, comencé a luchar con mis párpados para que no se cerraran de nuevo. Después de unos segundos lo logré. Tenía una visión borrosa. La dirigí al despertador. Poco a poco se fue aclarando. No. A pesar de todo el tiempo a mi servicio y de lo mucho que lo detestaba a esa hora, seguía siendo muy puntual: demasiado para mí; eran las seis y quince de la mañana.

Había leído en un folleto de Charles Atlas, solicitado por correo, que no hay nada como saltar de la cama en el preciso momento en que uno despierta. Hay que enfrentar la vida con decisión, con agresividad. Después de eso, leí, uno queda completamente despierto, listo para hacer ejercicios. Yo, aunque nunca hice el intento, me repetía que lo haría a la mañana siguiente; nunca lo había cumplido, pero mañana lo haría, definitivamente que sí. Y saldría a correr los cinco kilómetros que acostumbraba a recorrer antes de salir a España el año pasado.

Sentía más sueño que de costumbre. Traté de recordar a qué se debía. Ah sí: me había acostado ya pasadas las doce, después de terminar una explicación de álgebra a mi hermana Cecil y a Claudia Andrade, compañera suya y amiga mía desde hacía varios años. Las matemáticas eran mi fuerte y, además, me agradaba poder ayudarlas. Aunque se nos iba la mayor parte del tiempo hablando tonterías, al final me parecía que terminaban comprendiendo perfectamente mi explicación. Así lo demostraban las altas notas que ambas obtenían. A veces me preguntaba si realmente necesitarían de mi ayuda o solamente les agradaba tanto mi compañía como a mí la de ellas.

Me quité las sábanas de encima y las arrojé a mis pies. Pesaban. Aún estábamos en enero y hacía frío, y aunque claro, no se podía comparar con el de Europa en esa época, yo era algo friolento. Pero no sólo era eso, inclusive en verano me gustaba dormir por lo menos con un poncho, me agradaba sentir su peso sobre mí. De lo contrario, y me ocurría a menudo, en algunos hoteles, me costaba conciliar el sueño solamente cubierto por un par de sábanas delgadas.

Me senté a un costado de la cama. A pesar de que mi cuarto era bastante espacioso, yo siempre había dormido con mi cama pegada a dos paredes: en una esquina. Y aunque sabía perfectamente que eso era psicológico, me costaba dormirme si no era así. Paseé la vista por todo el cuarto tratando de despejarme completamente. Aún no había salido el sol, pero ya estaba algo claro el ambiente. Mi cuarto estaba colocado en el segundo nivel. Era una casa grande, como todas las de la colonia; había sido construida por mi padre hacía ya casi quince años. Jamás me aburriría de vivir en una casa así. Mi habitación tendría como diez metros de ancho por doce de largo. Mi cama, bastante amplia, estaba colocada en la esquina más alejada de la puerta, y era, en cierto modo, el miembro de la familia que dormía más cerca de la calle. Eso, sin contar a los tres pastores alemanes que se paseaban, por la noche, en los amplios jardines

que circundaban la casa. Casi al centro de la pared que me serviría de cabecera, si no tuviera una preciosa algodónada, estaba mi escritorio. Siempre me había parecido demasiado grande; mi papá me lo regaló con motivo de uno de mis cumpleaños; estaba justo frente a una amplia ventana con espesas cortinas. Las otras paredes estaban ocupadas, una de ellas, por un closet, en el cual guardaba toda mi ropa, y también donde había ido acumulando, con el paso de los años, todos los juguetes que o me aburrían o se arruinaron. Siempre me decía: mañana los tiro a la basura. En la pared frente a mi cama había una repisa llena de libros, no sólo escolares, sino novelas; siempre he sido un fanático de las novelas, especialmente de las de Harold Robbins. Aunque algunas eran de escritores guatemaltecos. Siempre me ha gustado mucho la literatura chapina, aunque siento que a esos libros les falta algo. La otra pared estaba, en su mayor parte, ocupada por un equipo de sonido; estuve muy orgulloso de él, pero, por supuesto, no sería gran cosa sin los centenares de discos que había ido adquiriendo. En mi habitación también había unas mesitas donde iba poniendo diferentes cosas.

Terminé de espabilarme. Acostumbraba a dormir sólo con el pantalón de mi pijama, así que después de quitármelo, estiré el brazo hacia la bata que dejaba colgada. Me la puse. A esas horas la sentía un poco fría, pero rápidamente su grosor se tornaba en un calor agradable. Me calcé las pantuflas, de esas en las que es fácil meter el pie y por cierto también eran muy cómodas, y me dirigí a la puerta del cuarto. Salí al corredor y fui hacia la izquierda, al baño. Hacia la derecha quedaba la biblioteca, videoteca, discoteca y sala de estudio de la familia. Con raras excepciones, ni los libros ni los discos que había en ella eran de mi agrado, pero el ambiente silencioso que ahí reinaba era agradable, y a menudo la visitaba no sólo para estudiar sino también para meditar.

Llegué al baño, y tomé el picaporte. Traté de hacerlo girar,

pero estaba cerrado. Toque dos veces la puerta con los nudillos.

—¿Sí? -era mi hermana Cecil.

—¿Cómo sí? -le dije un poco molesto- Hoy me toca a mí.

—Se me olvidó... -dijo después de titubear desde la ducha, como disculpándose.

No dije nada. Di media vuelta y caminé hacia las gradas. No había nada que decir. Nos bañábamos en el baño grande una vez cada uno, y ese día me tocaba a mí. Antes de llegar a las gradas pasé frente al cuarto de mis padres. La puerta ya estaba abierta. Sin duda mi mamá ya estaba abajo, arreglando todo para iniciar el día, y mi papá se estaría bañando en la ducha de ellos, bastante agradable también. La sala estaba elegantemente amueblada con antiguos sillones, no con “sillones antiguos” como decía mamá, ya que ella misma los había ido adquiriendo. Valían mucho dinero. Para mi gusto hacían de la sala un lugar muy aburrido. Y contando con el hecho que ahí no había televisión, prefería la sala pequeña, en donde el ambiente era bastante alegre. Lo único que realmente me agradaba eran las fotografías que adornaban la pared. Me gustaba mucho no sólo mirar a mi familia como no podía recordarla, o sea hace veinte o más años, sino también me agradaba verme cuando era pequeño. Había sido un bebé muy simpático, y aunque nadie lo sabía, me gustaba que me lo dijeran. Por fin llegué al baño. Era uno de los tres que había abajo, pero era el único con ducha. Los otros eran especialmente para visitas; no tenían regadera, pero derrochaban elegancia. Al contrario de los baños de arriba, e incluso el de Glorita, este era el pequeño, no tanto en realidad, pero uno lo sentía estrecho después de haber entrado en los de arriba. Esos tenían una especie de clóset con todo lo que uno espera encontrar en un baño. Estaban incluso alfombrados; tenían luces especiales, amplios espejos, una artesa bastante grande y un lujoso lavamanos. Pero más que eso, tenía una característica que lo hacía tan codiciado: no había corrientes de

aire. Siempre mantenía una temperatura agradable, dependiendo de la intensidad que se les diera a las luces, y era amplio. Como ya dije, el de abajo era el más pequeño, no estaba alfombrado; apenas tenía un espejito frente al lavamanos, bastante simple, por cierto; un inodoro; un pequeño stand con lociones y demás y una ducha sencilla. Una puerta de vidrio evitaba que el aire, que soplaba quién sabe de dónde, le diera a uno cuando estaba en la ducha. Pero lo que más me molestaba era que al salir aún caliente por el agua, esa corriente le diera a uno, haciéndolo estremecerse del frío.

Al salir de la ducha, tomé rápidamente la toalla que había separado con anticipación y procedí a pasármela por todo el cuerpo, tan rápido como me fue posible. Había tendido una toalla más pequeña sobre el piso, de manera que me sirviera como alfombra. Había tirado otra con la intención de tapar la ranura que quedaba por debajo de la puerta, pero no evitó que la famosa ráfaga me llegara. A toda velocidad me metí en mi bata. Nnn... Tan calentita. Me puse las pantuflas y colgué las toallas sobre la puerta de la ducha. Luego me miré en el espejo, que estaba un poco rajado y casi siempre sucio; nunca supe porqué ese baño era tratado por todos con tanta discriminación, a no ser que fuera por lo frío. Pero si mis padres hubieran querido, eso se hubiera podido solucionar. Saqué el cepillo que llevaba en una de las bolsas de la bata y comencé a peinarme el cabello. Siempre lo llevaba arreglado, nunca me lo dejaba crecer mucho, ya que entonces me costaba trabajo mantenerlo en su lugar; cualquier ráfaga de viento o una pequeña carrera me lo dejaban hecho un fiasco. Y como jugaba fútbol en el colegio y mi posición de mediocampista me obligaba a correr todo el tiempo, prefería usarlo corto para estar presentable todo el tiempo, especialmente cuando íbamos a jugar en la *kermesse* de algún colegio o instituto de señoritas. A la izquierda del viejo lavamanos había, sobre una base de metal colgada en la pared, un vaso de plástico con cuatro cepillos de dientes: un rojo, un celeste, un amarillo y un rosado. El mío era amarillo. Había un

juego así en ese baño y en el que estaba usando Cecil. En el de mis papás sólo estaban los cepillas de ellos y el de mi hermana, quien a veces lo usaba, especialmente por la noche antes de salir alguna fiesta. Me cepillé con la pasta que yo usaba, ya que había otra que usaban mis padres, y me vi examinándome en el espejo. Mi cabello negro oscuro estaba en su lugar. Me pasé la mano por las mejillas; ya comenzaba a notárseme la barba, la cual no cortaba desde hacía cinco o seis días. Pero pensé que quizá ya había tardado más de lo debido en el baño y me estaba atrasando, al fin y al cabo, la barba no me sentaba del todo mal y ni siquiera se notaba a cierta distancia. Decidí dejar eso para el día siguiente.

Salí del baño y me dirigí a mi habitación. La puerta estaba abierta, así que me imaginé que mi mamá ya habría subido mi uniforme. Entré y miré mi cama, en efecto allí estaba. Lo toqué con la palma de la mano: estaba caliente. Sin duda mamá lo había planchado, ya que Glorita, que acostumbraba a hacer esas cosas, tenía dolores de espalda como secuela de una caída que tuvo a principios de año cuando visitamos Miami y estuvo pasando una temporada con su mamá. Glorita, una mujer de unos treinta y ocho años, alta, de pelo castaño y tez clara, aún esbelta para su edad, vivía con mi familia desde que tenía memoria; más que una sirvienta, todos la considerábamos como miembro de la familia, e incluso nos acompañaba en viajes que hacíamos al exterior. Siempre se había preocupado porque en nuestro hogar las cosas marcharan bien, y tenía por costumbre, todas las noches después de cenar, reunirnos en la sala para leernos unos pasajes de la Biblia. Desde que se enfermó, nosotros lo hacíamos turnándonos en la lectura. Aunque no estaba completamente seguro, podría decir que a mi mamá le gustaba, hasta cierto punto, la ausencia de Glorita, ya que no la oí ni una sola vez quejarse de las tareas. Y cuando mi papá le aconsejó que contratara a una doméstica por día mientras Glorita se reponía, mi mamá le respondió con un rotundo no. Dijo que ella podría encargarse perfectamente, aunque, claro,

mi hermana le ayudaba también.

Fui al closet y abrí una de las puertas corredizas. En sus gavetas yo guardaba muchas cosas: lapiceros, lamparitas, recuerdos, casetes viejos o de prueba y algunos libros que me habían impresionado especialmente, como “El Gran Secreto”, de René Berjavel; “Al borde del abismo”, de Benjamín y Herbert Stein; “El Apagón”, de un tal McDonald y “El Señor Presidente”, de Miguel Ángel Asturias. Y junto con esos “misterios”, también estaban ahí regados, mi desodorante y mis lociones. Todos eran de la línea *Old Spice*. Aunque a mí, en lo personal, nunca me fascinó su aroma casi todas las mujeres que conocía me habían hecho, por lo menos una vez, observaciones positivas acerca de esa fragancia y si a ellas les gustaba, yo seguiría usándolas. De todos modos, eran bastante refrescantes.

Me puse mi uniforme rápidamente, tratando de no pensar en lo que hacía. Lo detestaba. Bueno, la verdad es que yo detestaba cualquier uniforme; nunca me gustó ninguno, ni siquiera los del equipo de fútbol. En ese sentido siempre fui muy especial. Pero no sólo era eso; pocas veces me equivocaba al juzgar a una persona por su apariencia, y si todos vestían igual, yo perdía esa ventaja. No todo el tiempo me desagradaba ese uniforme. Parecía ser que algo en él atraía a las chicas, las impresionaba, nunca supe qué era. Nos obligaban a usar zapatos negros o cafés, calcetines cafés; el pantalón era de un café quemado bastante fúnebre y creo que éso era lo que menos me gustaba, teníamos que usar una camisa blanca, y encima de ella, opcional, un suéter café un poco más claro, con unas franjas café oscuro a la altura de las muñecas. Llevarlo durante ocho horas al día no sólo resultaba molesto sino aburrido. Pero como ya dije, las excepciones eran cuando íbamos con Carlos a reunirnos con amigos, o a conocer chicas a McDonald’s, Hardee’s y lugares así.

En fin, casi sin darme cuenta, ya lo tenía puesto, con excepción del suéter. Me acerqué a la ventana grande. Las

paletas estaban abiertas, sin duda mamá las corrió para refrescar el cuarto y soplaban, en efecto, a través de ellas, un renovador aire fresco. Respiré lo más profundo que pude, cerrando los ojos y sintiendo cómo el aire llegaba a mis pulmones. Los abrí, el oxígeno puro y limpio llegaba a cada célula de mi cuerpo; podía sentirlo. Y la forma en que me sentía era... era tan diferente a la primera impresión que tenía del día, cuando ese viejo despertador me traía de nuevo al mundo. Vi el reloj: 6:50. Debía darme prisa.

Tal como acostumbraba a hacer cada mañana, le ofrecí una pequeña oración a Dios, agradeciéndole todo lo que me daba, que era bastante, pidiéndole que nos diera su bendición a mí y a toda mi familia, y prometiéndole que trataría de corresponderle viviendo un día en el que no sólo me comportaría correctamente, sino que no pasaría sin que lo demostrara con una buena acción; que bien podía ser dando una limosna en la capilla del colegio o a algún mendigo en la calle. El Padre Muñoz, nosotros le llamábamos así incluso después de su designación como obispo de Guatemala, me había dicho que comenzar el día acordándose del Señor era muy bueno, ya que desde un principio uno se traza el camino a seguir. También, en una de nuestras muchas pláticas, le pregunté si era malo pedirle cosas a Dios, prometiéndole a cambio una limosna para alguien, ya que era, en cierta forma, como comprarle un favor. Él me respondió que, si no lo tomaba así, era correcto; que, si el Señor había permitido que mi padre tuviera éxitos tan rotundos en los negocios durante toda su vida, gracias a lo cual mi familia siempre había estado en una excelente posición financiera, era justo que nosotros, que teníamos esas posibilidades, tratáramos de compartir desinteresadamente con el prójimo que lo necesitaba; y en Guatemala, vaya que había muchos menesterosos. También me dijo, en una ocasión, que Dios no sólo esperaba eso de mí; ya que estaba seguro de que mi papá daba generosas sumas a la Iglesia. Que lo que más le interesaba era que guiara mi vida, que la condujese fuera de todo prejuicio

y siempre dedicada al bien de los demás, que viviera y disfrutara mientras era joven; que tenía derecho de hacerlo; pero que, si desde esta edad vivía según las Leyes de Dios, cuando fuera grande -y él tenía muchas esperanzas en mí-, sería de gran utilidad para todo aquél que necesitara de una guía. Me repetía que él “sentía” que yo estaba designado por Dios para realizar su misión en la Tierra. Le pregunté también si creía que yo debía seguir la carrera del sacerdocio, y su contestación había sido tajante: si te sientes llamado, síguela. Yo no me sentía llamado, pero sus palabras me sacaron de problemas muchas veces. Y estaban grabadas en mi mente y corazón.

Tomé mi vieja mochila y le desaté el nudo de la correa de zapato que le había puesto. Era una de esas mochilas estilo “moto”. Me gustaba porque era bastante informal; de un color verde que desentonaba mucho con el uniforme. La usé desde que estaba en tercero secundaria, y ya se miraba bastante vieja, pero me había encariñado con ella. Saqué el Libro del Alumno, invento del colegio para evitar que los estudiantes olvidaran sus tareas y facilitarles un método de estudio. En la portada había un mapa de Guatemala, y sobre él, un retrato del Beato Marcelino Champagnat, fundador de la institución marista en Centro América. En la primera página había espacios para que el alumno los llenara con sus datos personales, nombres de sus catedráticos y un horario de estudios. A mí me había molestado mucho, porque pensé que éso estaba bien para los de primaria, pero para alguien en el último año... El principal objetivo de ese libro, se suponía, era ayudar a los alumnos a recordar sus deberes; para eso sí que me había servido, ya que había dejado de usar una agenda desde hacía un par de años. También estaba lleno de páginas y páginas de basura. Y digo “basura” porque todo lo que decía en ellas era ripio. Era una especie de Constitución del colegio, pero a mí me parecía como un montón de cuentos para niños; enumeraba los recursos de que disponíamos, la manera y caminos a seguir para solicitar una supervisión, los motivos por los que se podía expulsar a un

alumno y cuándo no podía serlo; en fin, cosas que si se pusieran en práctica, estoy seguro, ayudarían al alumno para que, al llegar a adulto y enfrentarse a las leyes del país, ya supiera, más o menos, cómo proceder y qué hacer en determinado momento. Pero repito que eran cuentos, porque la verdad es que el director expulsaba al que se le daba la gana y por cualquier motivo y nadie se atrevía a decirle algo basándose en esas “leyes”, porque se temía que en un arrebato de cólera lo expulsaran de cualquier manera. Era entonces, realmente vano

Llegué hasta la parte que me interesaba: una especie de almanaque en el que cada día, se anotaban los deberes y lecciones a estudiar. Me fijé en la fecha de ese día, que, por razones que todos comprenderán, no puedo olvidar: 17 de enero de 1983, y pude ver también, por una anotación que yo había hecho en cada cuadro, que solamente me restaban 146 días de clase. ¡Ciento cuarenta y seis días más y sería un bachiller en Ciencias y Letras! Entonces estaría listo para entrar a la universidad y con el paso de los años, me convertiría en un psiquiatra, aunque quizás de esa manera no podría ayudar mucho al prójimo, como era toda mi intención; tal vez me fuera a Estados Unidos a estudiar Ciencias Políticas, o me quedara estudiando Leyes para convertirme en un abogado penalista y así ayudar a los necesitados. No estaba seguro, pero ya llegaría el momento de decidirme y, además, sabía que en ése año nos harían pruebas psicológicas en el colegio y ya me podría aconsejar bien el psicólogo. Tonto de mí, cómo me gustaba soñar entonces... Revisé que no me faltara nada qué hacer, ni olvidar ningún libro, así que ya seguro, metí en mi querida mochila todo lo que necesitaba, la cerré, tomé el suéter, me lo eché encima del hombro y bajé a desayunar con mi familia, que ya estaba esperándome.

Llegué al final de las gradas, atravesé la sala, luego el comedor y después de un pequeño corredor, llegué a la cocina. Mamá estaba cocinando algo en la estufa. Tenía una eléctrica,

y una de gas para emergencias. Sobre cada una, un extractor de olores. Además, dos lavatrastos y dos gabinetes llenos de platos, cubiertos, trapos, manteles, y sobre ellos, a los lados de las estufas, más gabinetes, del mismo color de casi todo lo que había en la cocina; un anaranjado pálido muy bonito.

—Buenos días -le dije y me dirigí hacia el fondo de la cocina. Al lado de la refrigeradora estaba mi padre.

—Buenos días -me contestó mi mamá.

Estaba vestida con un pantalón de lona azul bastante desteñido y una playera muy cómoda. Sobre el pantalón lucía un delantal de los que únicamente había visto usar a Glorita. Ya cuando nos fuéramos todos, y la dejáramos sola en casa, se tomaría tiempo para su apariencia personal, y, de esa manera, al regresar por la tarde la encontraríamos bien vestida, luciendo su belleza.

—Buenos días papá.

—¿Ya supiste, Gerardo? -fue todo lo que obtuve de él como contestación.

Tenía a su izquierda, junto a un vaso vacío, que deduje había estado lleno de jugo de naranja, una humeante taza de café; pero le prestaba toda su atención al periódico de la mañana, que tenía abierto ante sí, justo frente a su rostro. Ya estaba vestido hasta con su corbata, para ir a supervisar sus empresas.

—¿Qué? -le devolví su pregunta.

—¿Leíste el periódico? -estaba un poco excitado.

—No. ¿Qué pasó?

—¿Y dónde está la Prensa entonces?

—No sé -ya estaba comenzando a desesperarme esa conversación, solamente basada en preguntas-. Tal vez no la

trajeron. ¿Qué pasó? -le dije insistente.

—¡Va a venir el Papa!

—¿A Guatemala? -no podía creerlo.

—Sí.

Nosotros éramos muy católicos. Mi padre, incluso, además de cargar devotamente en las procesiones de Semana Santa, ofrecía como limosna, a veces anónimamente, cada mes el diez por ciento de sus ganancias.

—¿Cuándo? ¿A lo macho?

—Sí hombre. A principios de marzo. Va a hacer una gira por Centro América y vendrá aquí también.

—¿De primero? -pregunté sin pensarlo, pero esperando un “sí” como respuesta; me gustaba mucho que el nombre de Guatemala sonara a nivel mundial y sin duda, esa sería una buena oportunidad.

—No sé. A lo mejor -terminó sonriendo.

Me senté en mi lugar. Estaba muy alegre. Mi lugar era exactamente frente a mi papá. El “desayunador”, como le llamábamos a esa especie de mostrador de piedra, nos daba un ambiente sencillo para comenzar el día. En vez de sillas usábamos bancos de madera. Mis padres se sentaban a espaldas de una repisa de conservas y Cecil, mi hermana, a mi izquierda, frente a mamá. Estaba tan alegre esa mañana que bebí casi de un sorbo el vaso de jugo de naranja que tenía frente a mí. Yo lo odiaba, pero mi mamá, apoyada por Glorita, afirmaba que era muy bueno para la salud. Era cien por ciento natural, pero, aun así, yo prefería comerme una naranja con sal y pepita en el estadio, o en cualquier parte, antes que un jugo ácido y a veces hasta con una o dos pepitas gratis. En ese momento apareció Cecil, uniformada. El uniforme de ella sí que era bonito, aunque yo nunca supe con certeza si eran las dos preciosas chicas que

conocía, que lo usaban, quienes lo hacían lucir tan bien. Cecil era una de ellas. Siempre tan radiante y, con su uniforme a cuadros azules y celestes con paletones, se miraba bastante bonita. No sabía, ni podía suponer de ninguna manera, que esa sería la última vez que la vería así.

—Buenos días... -dijo alegremente, mientras besaba a mamá en la mejilla, luego hizo lo mismo conmigo y se dirigió a papá para hacer lo mismo.

—Buenos días -le contestamos.

Luego rodeó nuevamente la “mesa” y se sentó a mi izquierda. E hizo lo que siempre hacía y no dejaba de sorprenderme: bebió hasta la última gota de su jugo casi sonriendo. Cumpliría los quince años en un mes. Ya era toda una mujercita. Tenía unos enormes ojos, verde oscuro como los de papá y una negrísima cabellera como la mía. Su tez clara la había heredado de mamá, sin duda, blanca como la espuma. Mis padres tenían el pelo del mismo color: castaño oscuro. Mis ojos cafés claro eran los de mi madre y mi piel, de aspecto bronceado, de papá. De repente, mi madre me sacó de mi meditación al poner ante mí dos platos con omelettes. Cecil vio en dirección a papá, quien dejó el periódico a un lado.

—¿Adivina quién va a venir? -le dije a Cecil, robándole las palabras a mi papá. Me reí de él.

—¿Quién...? -me dijo, sin pensar en lo que me molestaba que me contestaran con una pregunta, como ella siempre lo hacía. Fingí enfadarme.

—Nnn... ¿Camilo Sesto? -intentó adivinar mientras mamá le daba un plato igual a ella, y con otro para sí misma, se sentó a la derecha de papá. Negué con la cabeza- Este... Julio Iglesias... -negué, sonreía como entusiasmada con las posibilidades -¿*Súper Tramp*?

—No. No es ningún artista, ni un grupo musical -le dijo

mi papá, lo vi. Al parecer ambos disfrutaban el jueguito.

—¿Entonces? No me digas que es otro equipo de fútbol...

—No -le dije sonriendo-. Es... es... un jefe de estado -le dije a manera de pista.

—Ronald Reagan -dijo casi instantáneamente. Negué con la cabeza- ¿Francois Mitterrand? -ambos eran sus ídolos; volví a negar- No me digás que es Margaret Thatcher - dijo con el mismo entusiasmo que si fuera un equipo de fútbol, quizá menos.

—Esa no es jefe de Estado, es sólo...

—¿Quién entonces? -me interrumpió. Sonreí, comenzaba a disfrutar el juego.

—El Papa -dijo mi papá. Nunca podía dejar que otra persona contara en paz lo que él ya sabía, siempre interrumpía.

—¿Juan Pablo II? -dijo sorprendida.

—No, Pedro -le dije bromeando-. Sólo que va a tardar un poco porque viene en burro -le dije sin poder evitar reírme y contagiar a mis papás. Se lo merecía por su manía de responder con interrogantes.

—¿Cuándo? -dijo un poco molesta.

—En marzo -dijo mi mamá-. Pero ahora apúrense a comer que van a llegar atrasados -siempre decía eso.

Comencé a comer los huevos. Estaban deliciosos.

—¡Nnn... exquisitos! -le dije, tragando un bocado mientras estiraba el brazo a la panera. Ojalá Glorita se enfermara más seguido, cocinas delicioso.

—Gracias... -me dijo sonriendo, sabía que le agradaría mucho un comentario así, y no era mentira del todo.

—Sí. Aunque se te olvide servirles leche -dijo mi papá,

divertido de poder hacer una broma.

Mi mamá se sorprendió de que fuera verdad, y se levantó a traer unos vasos, después sacó un litro del refrigerador, que nos sirvió. Incluso un vaso para ella. Glorita había permanecido soltera, y, aunque mi papá la molestaba muy a menudo, aún era tiempo que pescara a alguien. En verdad, aunque un poco pasada de peso, era atractiva. Tenía un porte que le daba mucha elegancia. Recordaba que cuando era niño, me divertía el saber que ella también iba al colegio, igual que yo. Nos había visto crecer con mi hermana, y prácticamente nos había educado junto con mis papás. Cada 10 de mayo, para el día de la madre, la hacíamos llorar con Cecil al entregarle un regalo con una tarjeta, que aunque variara mucho, siempre decía que era nuestra segunda madre. Y lo decíamos en serio, la queríamos mucho.

Me tomé mi vaso de leche rápidamente, eso sí que me gustaba, y me levanté de la mesa en dirección al baño. Cecil me siguió casi de inmediato, mientras decíamos “muchas gracias” y nos contestaban “buen provecho”. Pero esta vez, le gané la entrada al baño que nadie quería por las mañanas. Ella tendría que subir para poder cepillarse, ya que, en los baños de visitas, era claro que no había cepillos nuestros a la vista. Me dediqué a cepillarme de una manera esmerada.

Ya eran las siete y cuarto cuando salí del baño. Tenía el tiempo justo. Tomé mi mochila de la sala y grité un “adiós” a mi papá, quien, sin duda, aún estaba en la cocina terminando de leer el periódico. Salí al jardín y me dirigí hacia el lugar donde guardábamos los carros. El mío, un *pick-up Hyundai Pony*, estaba entre el *BMW* de mamá y el Mercedes de papá. Si Cecil no tenía uno, era porque a ella “no le llamaba la atención manejar”, como acostumbraba a decir, ya que para mi papá no habría sido problema el conseguirle una licencia. Cecil y mi mamá ya lo habían encendido para que calentara. A pesar de que el sol ya había salido, aún no llegaba sino a medio jardín,

tapado por la casa, y ese lugar permanecía muy frío. Me di cuenta de que le habían quitado la lona, al fin habían aprendido, ya que el *pick-up*, por su forma, era difícil de remover.

—Adiós mama -le dije dándole un beso en la mejilla y arrojando mi mochila atrás, en la palangana. Cecil ya estaba en el asiento de al lado, así que puse en marcha el auto y salí en dirección a la puerta, que se abrió antes que Cecil pudiera sacar el control remoto de la guantera, lo que no dejaba de molestarle. Tomamos calle abajo, y como a cincuenta o sesenta metros, nos detuvimos frente a la casa de Claudia, la mejor amiga de Cecil, y quien me simpatizaba muchísimo. Toqué la bocina, pero por lo rápido que salió fue evidente que ya estaba lista. Me detuve frente a su casa. Sí. El uniforme era bonito, ¿o eran ellas? La casa de Claudia era igual o casi igual a la mía, y frecuentemente nos visitábamos por una u otra razón.

—Hola. Buenos días -dijo mientras se acomodaba a la derecha, después de rodear el carro, ya que la casa de Claudia estaba en la calle de enfrente de la nuestra y por lo tanto, recibía el sol desde muy temprano.

—Buenos días -le contestamos casi inmediatamente, Cecil encendió la radio y conectó el ecualizador a alto volumen, a pesar de que no le gustaba la música estridente.

—¿Listas para el examen? -casi grité, bajé el volumen mientras nos poníamos en marcha.

—Más o menos -dijo Claudia sonriendo. Claudia tenía el pelo castaño y lo usaba a los hombros, a diferencia de Cecil que lo usaba a media espalda. Era también de tez clara, pero no tanto como Cecil. Tenía ojos verdes claros y una sonrisa... angelical.

—Disculpa por lo del baño -cambió de tema Cecil, subiendo el volumen a la radio. A veces me daba la impresión de que le molestaba que hablara con Claudia, cuando no les

estaba explicando algo.

—Olvidalo -le dije. Estaba demasiado contento para reñir por aquello, tan insignificante. La miré. ¿Cómo podía molestarme con esa muñequita?- y desde hoy... -decidí inmediatamente- te podés bañar todos los días arriba. ¿Oíste? - No estaba seguro de que me hubiese podido oír debido al volumen.

—No hombre -me dijo pensando que estaba molesto-. Perdoname.

—En serio -le sonreí-. De todos modos, ya ni hace mucho frío, y tú sos más friolenta que yo.

—Pero... pero no es justo. Hicimos un trato...

—Un trato estúpido.

—¿De qué están hablando? -Casi gritó Claudia.

—De nada -le contestó Cecil sin mirarla y continuó.

—¿Dos días yo y uno tú? -me dijo arqueando las cejas como si buscara aprobación.

Yo me reí. Me pareció tan gracioso... ella se me quedó viendo unos instantes y luego, interpretando mi risa, sonrió ampliamente.

—Bueno, gracias. Y disculpá -añadió mientras me besaba la mejilla.

Las dejé en el Instituto María Auxiliadora, unos minutos más tarde, y tomé rumbo al colegio Liceo Guatemala. No quedaba tan lejos, bueno, nada en Guatemala queda “tan lejos”.

Había sido un buen comienzo de día. Bastante bueno para ser lunes. Demasiado bueno para ser el comienzo de una semana que no olvidaría jamás.

CAPÍTULO II

CARLOS

A las tres y media de la tarde, las actividades correspondientes a ese lunes habían concluido en el colegio. Por la mañana había recibido seis diferentes clases, con dos períodos de un cuarto de hora de descanso, o recreo. A la una y cuarto nos daban cuarenta y cinco minutos para almorzar y entrábamos de nuevo a clases. Yo fácilmente hubiera podido regresar a almorzar a mi casa, y luego volver, pero prefería almorzar en la cafetería del colegio con mis compañeros, con quienes a menudo jugaba ajedrez para dejar pasar el tiempo. Entonces, a las dos de la tarde, regresaba a recibir una clase de una hora o de hora y quince, en la cual repasábamos, durante todo el año, sobre matemáticas, biología y sociales; dependiendo cuál escogiéramos de lo que esperábamos estudiar en la universidad, para entrar mejor preparados. Aunque uno podía escoger entre ellas libremente, eran, además, un requisito para graduarse y por lo tanto se les debía dar la misma importancia que a las clases normales del pensum; yo había elegido matemáticas; no estaba seguro si iba a estudiar medicina o Leyes; ni podía elegir entre biología a sociales, así que sabiendo que, de todos modos las vería en la universidad, me decidí por matemáticas porque me gustaron siempre; sabía que me enseñarían cosas que, de otra manera, jamás estudiaría.

Después de despedirme de mis compañeros del Privado, me dirigí, acompañado por Carlos Ortiz, al parqueo del colegio. Carlos había sido mi amigo durante toda la secundaria, a excepción de una época de poco más de un mes -durante la cual no nos hablamos por una estupidez: yo le había manchado su suéter en segundo curso. Habíamos estado juntos desde la preparatoria y, muy a menudo, como después de los entrenamientos de fut, o después del Privado, salíamos a refaccionar, a *McDonald's*, *Hardee's*, *Topsy*, *Pops*, *Bolerama*,

o a alguna sala de máquinas de video.

—Apenas una semana y ya odio a ese viejo -se quejó.

—¿A quién? -le pregunté sorprendido.

—Al de *mate* hombre -no pude evitar sonreír. Se estaba refiriendo al profesor de la mañana y no al del Privado; recordé lo que había sucedido. Carlos había estado hablando con otro compañero mientras el profesor de matemáticas daba una explicación. Luego, al terminar su exposición, había preguntado: “¿Alguien tiene alguna duda?”, y cuando se dio cuenta que Carlos había levantado la mano, le preguntó: “Qué es lo que no entiendes, además de porqué vienes al colegio?”. Carlos, a pesar de que el profesor repitió la explicación, pareció molestarse mucho con él, hasta el punto de que yo ya sentía que se paraba y le gritaba algo.

—¿Y por qué? A mí me parece buena gente -la verdad era que yo no odiaba a nadie... en ese entonces.

—¡Buena gente, la gran puta! Es un presumido. ¿No viste cómo se burla de los que tienen dudas? Desgraciado...

—Tranquilo hombre -Carlos tenía ese defecto: era muy agresivo, pero también tenía sus virtudes: era sincero y muy honrado-. Tenés que admitir que estabas distraído. No estabas poniendo atención. Y además... -añadí, tratando de modificar su humor, burlándome de él-: no llevás ni una semana, acordate que faltaste el miércoles y jueves de la semana pasada.

—Sí -dijo y reímos-, ya lo había olvidado.

Carlos nunca había sido un buen estudiante, aunque claro, eso no quiere decir que no fuera inteligente, en realidad lo era: tenía uno de los I.Q. más altos del colegio y lo habían catalogado como “Superior-Alto”, que era la categoría más alta. Siempre me pareció muy apático en los estudios, a él no le interesaba dedicarle ni quince minutos a un “cuerpo muerto”,

como él mismo llamaba a los libros. Yo, de vez en cuando, le ayudaba dándole algunas explicaciones en privado y, en efecto, más o menos entendía, ya que debido a que solamente me lo pedía cuando sentía la soga al cuello, en vísperas de algún examen, el material a explicarle era muy amplio, pero por lo menos le bastaba para aprobar. Y pasada la época de exámenes, no le volvía a interesar nada más que chicas, su moto y divertirse. A mí, por el contrario, siempre me había sido muy fácil aprobar mis asignaturas, tenía un 88 de promedio en los años anteriores, gracias a que no sólo me gustaba darle una leída a lo visto durante el día, sino que leía, además, lo que veríamos al día siguiente. Y como a mí, igual que a Carlos, tampoco me gustaba estudiar durante mucho tiempo, había hallado la solución: estudiar poco pero constantemente, de esa manera no me sentía agobiado al llegar los exámenes, ya que sólo tenía que leer para más o menos recordar. Ya le había aconsejado a Carlos que lo hiciera, pero no le interesaba.

Al fin llegamos al parqueo. Era privado, había sido cerrado recientemente, de modo que sólo pudieran aparcar en él los alumnos o profesores que pagaran un quetzal mensual por carro y cincuenta centavos por moto; por las bicicletas no se pagaba. Mi *pick-up* estaba aparcado justo a la par de la inmensa moto negra de Carlos. Estaban en el lugar más alejado de la puerta de entrada al colegio, ya que habíamos sido de los últimos en llegar por la mañana. Llegamos después de atravesar el ya casi vacío parqueo, debido a que solamente los Quintos Cursos tenían actividades ese día por la tarde.

—¿A dónde vamos? -me preguntó, sentándose en la moto. La quería mucho; él mismo la había comprado con el dinero ahorrado, después de tres años de trabajar durante las vacaciones en una tienda de mi papá. Además, le habíamos conseguido un buen descuento.

—No sé. Me siento un cacho cansado, preferiría dormir un poco. ¿Qué te parece por la noche? -sabía que sólo salía de

noche los fines de semana, ya que no le gustaba dejar solos a sus papás, quienes se esforzaban trabajando toda la semana para tenerlo en un buen colegio; además pagaban un alquiler bastante alto para sus recursos, pero se esforzaban para vivir en una bonita comunidad.

—Nel. No puedo. Vamos ahorita, hombre... tal vez encontremos un par de chavas en *McDonald's* o en *Skateland*... -dijo tratando de emocionarme.

—No. Tal vez mañana, después del entrenamiento -dije, mientras abría la puerta del carro, del lado izquierdo, junto a la moto.

—Bueno -dijo encogiéndose de hombros-. Mañana, entonces. Aunque creo que sería mejor hoy, porque mañana... ya todos sudados...

—Nos bañamos antes.

—Vaya pues -dijo dándose por vencido. Años antes hubiera insistido, pero ya se había dado cuenta que una vez que yo decidía algo...

Metí mi mochila en el asiento izquierdo y me agaché un poco para sacar el casco que Carlos guardaba allí. Era pesadísimo y, como la moto, totalmente negro. Estaba polarizado de modo que, si se lo ponía, nadie podía verle la cara. Se lo ofrecí y lo tomó.

—Bueno, entonces me voy -me dijo tendiéndome la mano.

—Hasta mañana... -se la estreché- Y hacete los ejercicios que te dejaron.

—Mañana los copio -dijo poniéndose el caso y haciendo una mueca despreciativa.

—Allá vos... -le dije cómo advirtiéndole algo. Varias veces había fallado. Dijo algo dentro del casco, luego subió el

vidrio.

—¿Ya decidieron en dónde va a ser la fiesta de Cecil? - estaba hablando de sus próximos quince años.

—No. Todavía no. Vamos a ver si alquilamos el Club de Oficiales, o el I.P.M., talvez.

—Ah puchis. Va a estar bueno. ¿Y la música?

—No sé. No hemos hablado nada todavía.

—Pues ya va siendo hora. ¿Cuánto falta? ¿Un mes?

—Sí. Hay tiempo aún.

Encendió su moto y el insoportable ruido hizo inútil cualquier intento posterior de comunicación. Hizo un gesto de despedida con la mano, el cual imité, y se puso en marcha. Salió disparado por la puerta de salida. Me había prestado su moto un par de veces, el casco me sofocaba, pero el viento también, así que la tenía que manejar a baja velocidad y nunca me emocionó tanto como a él. Rodeé el *pick-up*, lo abordé y me dirigí a mi hogar... por última vez.

CAPÍTULO III

LOS ÚLTIMOS MOMENTOS

Estaba frente a mi casa. Tomé el aparatito de control remoto de la guantera, lo dirigí a la puerta y presioné el botón que activa el motor que la abría. Ésta se abrió rápidamente, había tardado sólo cinco minutos desde el colegio ya que no había encontrado tránsito, y recorrí lentamente los quince metros que separaban la entrada, del lugar donde usualmente aparcaba el *Pony*. Volví a accionar el motor de la puerta, esta vez para cerrarla, saqué mi mochila, lo cerré y entré a mi casa.

No había nadie en la sala, pero en el comedor estaban Cecil y Claudia inclinadas sobre un Álgebra, estudiando matemáticas. Aún estaban uniformadas ya que los lunes, sabía yo, regresaban del colegio con el papá de Claudia, como a las tres de la tarde, después de recibir sus clases de Educación Física.

—Buenas tardes -les dije levantando la vista.

—Hola, ¿Qué tal?

—¿Estudiando, otra vez?

—Sí. Matemáticas. Nos dejaron un montón de ejercicios bien horribles -se quejó Claudia.

—¿Nos podés ayudar? -suplicó Cecil.

—Nnn... -cómo me costaba decirles que no, pero de verdad estaba bastante cansado- ¿Ya trataron de hacerlos?

—Unos cuantos -dijo Claudia-, pero estaban fáciles.

—Entonces háganlos todos -les dije sonriendo.

—Pero hay como diez bien difíciles -insistió mi hermana.

—Bueno, bueno. Tranquilas -traté de apaciguarlas-. Sólo subo a cambiarme, hago unos deberes y bajo para ayudar con

los que no hayan podido. Pero sé que los harán todos -terminé, guiñándoles el ojo. Me miraron fingiendo enfado; muy mal fingido, por cierto.

Mis papás habían estudiado toda su vida en colegios modestos, aunque no tanto, y siempre nos dijeron, a mi hermana y a mí, que estudiar en colegios como el Liceo Guatemala o el María Auxiliadora era una experiencia bastante útil en la vida, ya que en ellos podríamos conocer a personas de integridad educados con principios religiosos y, si bien es cierto que cualquiera puede entrar, también era cierto que sólo salen los que realmente estudian y se apegan a las reglas; de manera que, conociendo a esas personas, humildes en su mayoría pero que realmente valía la pena frecuentar, se adquiriría un gran concepto de la amistad y el compañerismo. “Ya tendrán el resto de su vida para conocer a las personas con dinero, pero jamás deben olvidarse de sus amigos”, nos había dicho en una ocasión, y siempre he creído que estaba totalmente en lo cierto; Claudia, por su parte, había comenzado a estudiar en el Monte María, algo caro, pero al conocer a mi hermana y nuestros conceptos, convenció a sus padres, no sin muchos esfuerzos, de inscribirla en el I.M.A., con Cecil. Sus padres siempre me parecieron demasiado estrictos para todo.

—¿Ya vino mi papá? -les pregunté, tratando de cambiar el tema con excelentes resultados.

—Todavía no, pero ya vino Glorita -me dijo Cecil sonriendo y, al parecer, olvidando las matemáticas.

—¿Ah sí? -de veras me alegraba- ¿En dónde está?

—En su cuarto. Con tu mamá.

—Voy a saludarla. Con permiso... -Me escabullí en dirección a la cocina. Aún recuerdo esos momentos con una extraña lucidez, casi con tanta fuerza como me atormentan los que estaban a punto de suceder.

Atravesé la cocina, salí a un pequeño patio donde acostumbraban a lavar ropa, en lavadoras por supuesto, y en donde vivían las dos *pequinesitas* que nos habían regalado a Cecil y a mí, hacía ya cinco años. Ese patio estaba totalmente separado del jardín que rodeaba la casa y que era el campo de acción de los perros guardianes. Seguí recto, entré en una pequeña salita y crucé a la derecha, llegando a la habitación de Glorita.

—Hola... -las saludé efusivamente, distrayéndolas de su conversación. Ambas estaban sentadas en los bordes de la cama.

—Qué tal. Buenas tardes... -me respondieron.

—¿Qué tal está Glorita? -le pregunté, mientras las saludaba con un beso en la mejilla.

—Todavía me duele un poquito al hacer esfuerzos, pero el doctor dice que ya se me pasará.

—Pues cuánto me alegro -dije sinceramente.

—Y gracias por las flores... -me dijo, yo encogí los hombros tratando de fingir modestia, pero estaba muy orgulloso de haber tenido esa idea: de mandarle un arreglo floral en mi nombre y en el de Cecil.

—Ya extraño las ricas comidas -le dije, sabiendo que esperaba que alguien le dijese algo así, pero cuando mi mamá comenzó a reír no me pude resistir, y de pronto ya los tres estábamos riendo.

Después de unos minutos de plática irrelevante, me despedí de ellas y subí a mi habitación. Inmediatamente me quité el uniforme y, después de vaciarlo, lo arrojé a una de las esquinas de mi cuarto, donde acostumbraba a dejar la ropa sucia. Me dirigí a mi closet y saqué de él unos jeans descoloridos, una vieja playera y mis tenis nuevos. Abrí mi mochila encima del

escritorio y la volteé completamente en él: esa era una señal inequívoca de que estaba cansado más que de costumbre, y abrí el Libro del Alumno en la fecha. Vi que tenía que hacer un par de tareas, una de Química y una de Matemáticas, además de estudiar unas lecciones. Cerré el libro y casi involuntariamente, me arrojé en la cama. Cerré los ojos diciéndome que debía levantarme; pronto estaría totalmente dormido.

CAPÍTULO IV

LOS HECHOS

Jamás podré recordar qué estaba soñando, pero sí sé que era agradable. Casi siempre que lo era, despertaba con esa sensación. Pero esta vez terminó demasiado pronto.

Había oído gritar a alguien, estaba seguro. Me senté en la cama, tenía un mal presentimiento. Esperé guardando absoluto silencio. *Crash*. Algo se había roto. Me puse de pie y me acerqué a la puerta. Seguí escuchando; el rápido latir de mi corazón me impresionó. Estaba sudando. Algo malo estaba ocurriendo, lo sabía. Lo presentía.

Puse mi mano en el picaporte. Escuché ruidos de pasos que subían las gradas corriendo. Lo solté. Miré en dirección de mi mesita de noche. Presioné el botón del seguro y me dirigí a tomar la pequeña navaja de la mesita, que siempre llevaba conmigo por su utilidad.

La abrí y esperé detrás de la puerta. Oí como se abría violentamente el cuarto de Cecil. Miré hacia la ventana, aún había sol. Se abrió la puerta del baño y luego la de la biblioteca. Entonces, lo que temía: alguien trató de abrir la puerta de mi cuarto. Sentí que mi corazón dejó de latir unos instantes.

—Aquí hay alguien -era una voz de hombre que nunca había escuchado.

Una patada. Otra. Me coloqué de manera que, al abrir la puerta, yo quedara oculto y empuñé mi navaja a la altura de mi hombro. Una patada más y vi cómo volaban las astillas de la puerta y ésta cedía. Se abrió violentamente y casi me golpea. Alguien entró casi un metro y medio dentro del cuarto, sin verme. Instintivamente le clavé la hoja de la navaja en el hombro derecho, pero apenas entró en su piel. El hombre gritó de dolor. Vi cómo dejó caer una escuadra en el piso, y

comenzaba a arrodillarse, pero, antes que lo hiciera, le pasé el brazo por el cuello y girando de modo de darle la cara a los otros, le puse la navaja en el cuello.

—Quietos -les grité, vi que estaban armados con armas similares-. ¡Suéltенlas o lo mato! -sentí que la voz me traicionaba. Sudaba.

—Nada de eso, cabroncito -era el más alto de los dos que estaban afuera. El otro tenía aspecto de indígena y era mucho más bajo que quien hablaba-. Aquí el que manda, soy yo. ¿No sabés a quiénes tenemos abajo? ¿Querés que las matememos? -no pude contestar- Así que mejor dejate de mierditas o les vuelo plomo, *jueputa*.

Eso fue lo último que oí. Caí de rodillas totalmente ajeno a lo que sucedía y cegado por un indescriptible dolor, tal como ya lo había sentido un par de veces, con anterioridad. El desgraciado al que tenía sujeto había conseguido darme un taconazo en los testículos y ni siquiera lo vi venir. Recibí una patada que me sacudió el rostro y caí de costado. Aun encogido, sentí manar la sangre en el interior de mi boca.

—No -oí que alguien gritó fuertemente. Me imagino que ese grito había evitado que me golpearan de nuevo.

—Pero ese... -gritó otra voz.

—No -insistió-. Quiero que este malnacido mire todo...

¿Mirar todo? ¿De qué estaban hablando? Me levantaron entre dos. Abrí los ojos y vi cómo me iban empujando hacia afuera del cuarto. Otro hombre más subía las gradas, también parecía indígena.

—¿Qué pasó? -preguntó con acento.

—*Esti' jueputa*, haciéndose el machito -dijo el que yo había herido e inmediatamente me dio un empujón.

Estuve a punto de salir rodando por las gradas, pero logré sujetarme del barandal.

¿Qué querían esos hombres? ¿Robar? Pues que se llevaran lo que quisieran. ¿O acaso querían secuestrar a mi padre? Me estremecí ante esa posibilidad.

Llegamos abajo, me empujaron violentamente dentro de la sala y, al entrar, cerraron la puerta con fuerza. Lo que vi entonces me hizo comprender que no se trataba de un robo o un secuestro. Lo que presencié es algo que jamás podré olvidar, por más que trato y deseo. Es algo que me obsesiona todo el tiempo y, desde esa vez, es lo único que logro ver al cerrar los ojos por la noche, con la intención de dormir.

Porque ahí, en esa sala donde tantas veces compartí con mi familia, vi algo que me sacó de quicio.

—¿Qué le pasa al viejo? —oí preguntar.

—Lo mismo que al cerote ese: haciéndose el valiente.

Mi padre estaba tirado junto a la entrada de la sala, le vi las manos atadas por detrás con un lazo de plástico, ya que me estaba dando la espalda; tenía una mordaza. Me pareció que estaba inconsciente, le manaba un poco de sangre de la cabeza. Vi a Glorita luchando con un hombre, en el otro extremo, cerca del bar. Tenía una mordaza idéntica a las otras y, por lo tanto, no podía gritar, aunque gemía y trataba de evitar que ese hombre la despojara de sus ropas... que ya estaban rasgadas.

Claudia estaba detrás del sillón grande, amenazada con una escuadra por el más joven de los ocho y lloraba angustiosamente, con la mordaza en la boca. En el sillón, frente a Claudia, pude ver a mi hermana Cecil. Estaba también amordazada y completamente desnuda, lloraba como una niña. Vi que la habían golpeado varias veces en la cara y uno de esos malditos, degenerados, estaba sentado sobre ella, en calzoncillos, manoseándole los senos.

Mi madre luchaba contra otro que la tenía tirada frente al televisor y que trataba de despojarla de las pocas ropas que le quedaban, lanzándole golpes al rostro para que no opusiera resistencia.

Me solté del que me sujetaba y, completamente poseído por la furia, me lancé sobre el que atacaba a Cecil. Antes que pudieran reaccionar, lo tomé fuertemente del cuello con mi brazo izquierdo y lo arrastré al suelo sin soltarlo. Lo estaba estrangulando con todas mis fuerzas y él hacía movimientos desesperados por librarse de mis brazos. Lo iba a matar, tenía que matarlo. Y probablemente lo hubiera hecho, pero un brutal golpe, seguramente con la culata de alguna de las armas, me dejó tendido en el suelo, casi inconsciente, y todo se fue volviendo lentamente negro.

Cuando me recuperé, dos de ellos me estaban atando a una silla del comedor, que habían llevado hasta una de las paredes de la sala, desde donde “lo vería todo mejor”. Aún me sentía débil y con una visión un tanto borrosa. Además, tenía un tremendo dolor de cabeza. Tenía roto el labio por fuera, sin duda me habrían golpeado estando inconsciente.

—Qué bueno que despertaste mariconcito. Quiero que mires cómo nos vamos a chimar a tu vieja -no vi quién dijo eso.

Terminaron rápidamente de atarme, con una facilidad que me sorprendió, y me dejaron totalmente inmóvil. Vi cómo me ponían una mordaza del mismo material que las otras, era una especie de pañuelo típico rojo.

Oí a uno de ellos reír lujuriosamente, seguí la dirección de la risa. Era el que estaba sobre Cecil, ahora la habría penetrado y al burlarse, le besaba la cara, cubriéndosela de asquerosa saliva.

Miré a mi mamá, el que estaba sobre ella, dentro de ella, gimió de placer y quedó tendido sobre ella, sudando

asquerosamente. Mi mamá tenía cerrados los ojos, pero hacía movimientos como que estaba llorando, al borde de la histeria.

—¿Te gusta? -me preguntó el más alto de ellos, que a la vez era el más viejo, de unos cuarenta años- Ya vas a ver a tu otra hermanita en acción.

Se dirigió a Claudia, y fue cuando vi que Glorita, tendida en el piso boca abajo, tenía sangre entre los glúteos. La habían violado por detrás, y estaba allí, aparentemente inconsciente. El viejo traía a Claudia dándole violentos empujones. Ella estaba casi paralizada del miedo. Cuando estuvo frente a mí, la detuvo. Él se le puso enfrente y sacó su escuadra. Claudia me dirigió una mirada de súplica. Me removí de mi asiento, pero nada podía hacer. El que estaba sobre Cecil había terminado y se vestía. Ella estaba inmóvil, viendo el techo. No hacía ningún movimiento.

—Bien nenita -le dijo el viejo a Claudia-, vamos a ver qué tan buena sos, ¿eh? -y le puso la punta de la escuadra en la frente. Quitate la ropa.

—Sí... que se la quite. -dijo el que había estado forcejeando con Glorita. ¡Maldito!

El que había estado apuntándole a Claudia comenzó a bajarse los pantalones.

—Ahora me toca ésta, ya que aquella vieja no aguantó.

Para mi sorpresa, Claudia estaba desabrochándose la blusa. Se la quitó e hizo igual con la falda. Se quedó de pie, viendo al hombre que la amenazaba; había aceptado su inexorable destino. El hombre, quien ahora dejaba su pistola justo a mis pies, comenzó a quitarse el pantalón. Si tuviera esa pistola, si hubiera tenido una...

El otro hombre ya estaba desnudo y se dirigió al sillón donde yacía Cecil, mi pobre hermanita. Se sentó sobre ella, la

tomó por el abdomen y Cecil sólo opuso un poco de resistencia cuando el hombre la puso boca abajo. Sabía lo que iba a hacer, sentí pánico, me removí de mi silla y casi la hago caer, cuando el viejo, ya desnudo frente a mí, me lanzó un puñetazo al estómago. Si yo tuviera esa pistola... Cerré los ojos del dolor, aunque no me había sacado el aire...

Abrí los ojos, quería hacer algo, pero era imposible. Claudia se quitó su ropa interior, aterrorizada... y aún estaba en eso cuando el viejo la empujó y cayó tendida.

—¿Te gusta? -le preguntó mientras jugueteaba con su pene, que comenzaba a endurecerse; me dio tanto asco.

Oí que Cecil gritaba ahogadamente a través de la mordaza, la vi. Esa mierda la había penetrado por atrás, y parecía como que eso lo hiciera el hombre más feliz del mundo... Ya no pude ver más; cerré los ojos. Lo último que oí fue al desgraciado... “el viejo”, gemir de placer, seguramente al penetrar a Claudia...

No podía estar sucediéndonos éso, tenía que ser una pesadilla, aunque nunca, de niño, tuve una tan terrible. ¿Cuándo se irían esos malditos? ¿No les dolía, aunque fuera un poco, todo lo que les estaban haciendo a esas personas que yo tanto quería? ¿En dónde estaba Dios? ¿De qué me servían ahora todos esos años de seguir sus Mandamientos? ¿Cómo podía permitir que cosas así estuvieran pasando? No. Él no lo permitiría; eso debía ser una pesadilla, quizá la más horrible que cualquier ser humano podría llegar a tener... y en cualquier momento me despertaría. Pero volví a oír esos ruidos, esos pujidos que me parecían como salidos del infierno. ¿Por qué Dios nos hacía esto? ¿Por qué nos abandonaba? ¿Existiría Dios en realidad? Lo dudaba, ningún ser “omnipotente” permitiría semejante acto.

—Bueno muchachito -oí mientras me jalaban el pelo-, ahora nos vamos, eh? Gracias por los culitos-. Quizá Dios sí existía, después de todo.

Abrí los ojos, ya había oscurecido. Todos estaban ya vestidos y se iban. Me golpeó la cara como un padre golpea a un hijo; lo vi, era el más joven de ellos.

—Bueno muchachón, gracias. Espero que le contés a tu papá todo, ¿de acuerdo? Paso a paso. Y acordate, a tu hermanita, la de ojos verdes, le gusta por detrás, que no se te olvide. Ya te la dejamos flojita por si se te ofrece -acercó su cara a la mía-. Y a tu mamá, mordele las tetas, le gusta...

Le lancé un cabezazo violentamente, pero lo esquivó. Si me hubiera soltado, estoy seguro de que lo mataría con mis propias manos. Me puñeteó la cara y sentí un mareo.

Cerré los ojos; no podía verlas tendidas en el piso, sin poder moverse.

—¿Quieren que les dejemos la tele encendida para que no nos vayan a extrañar mucho, ricuras? -dijo uno de ellos, riendo sarcásticamente.

—Sí. Encendela -dijo otro riendo también.

Oí como la accionaban y presionaban los botones del cambia canales, uno por uno, inclusive en los que ningún canal transmitía.

—Este. Este está bueno, lástima que tengamos que irnos.

Le dieron bastante volumen y no pude oír cuando se marcharon. Dejaron puesta una telenovela.

CAPÍTULO V

LA POLICÍA

Sólo quedábamos en la casa mi mamá y yo... Y como unos veinte policías, a los cuáles no habíamos llamado pero que a mí no me molestaba que hubiesen llegado. En la calle había cuatro carros patrulla y una ambulancia. Estaban esperando que mi mamá terminara de dar sus declaraciones a la policía, para llevarla al hospital a “un chequeo”. Yo no había querido que los enfermeros me tocaran al principio, para que no descuidaran a mi madre, a Cecil y a Glorita. Ella había recuperado el sentido; uno de los paramédicos estaba atendiéndola, y aunque estaba muy mal de su espalda, realmente yo sabía que no lloraba por eso; se desmoronaba cada vez que me miraba. Mi mamá no estaba tan mal, tampoco Cecil lo estaba físicamente, según yo. Y se miraba más o menos serena. El teniente de la policía le había pedido que se quedara para hacerle unas preguntas. Cecil me pareció como si estuviera en un estado de *shock*, caminaba con un poco de molestia, y casi no se había dejado examinar por los paramédicos, así que se la llevaron rápidamente, pero me dio la impresión de que andaba como dormida...

Mi papá fue al primero que se llevaron, ni siquiera se detuvieron a examinarlo. Me pareció como que no querían comprometerse con él, aunque a mí no me parecía tan grave, sólo... sólo estaba desmayado.

Los de la policía habían llegado, ciertamente, sin que los llamáramos; nosotros habíamos solicitado una ambulancia para Glorita y mi papá, pero luego de ellos llegó la policía, y otro de los paramédicos había dicho que sería conveniente que a todos nos chequearan en un hospital. En fin, ahora la casa estaba un tanto en calma, pero minutos antes había médicos y policías por todos lados, unos atendiendo y revisando y los otros buscando huellas, al parecer, habían tomado unas de los picaportes de arriba.

—Pero señora, tiene que ayudarnos -oí que le decía el policía que estaba hablando con mi mamá, casi suplicándole. Ella movía la cabeza negativamente.

—No. Y por favor no insista, nosotros no los llamamos, váyanse.

Me acerqué a ver qué pasaba, dejando al paramédico que me untara no sé qué pomada en la cabeza.

—¿Qué pasa? -les dije.

—No quiere formular acusación formal.

—¿Es cierto mamá?

—Sí -dijo respirando con dificultad-. Ellos... ellos podrían regresar si lo hacemos, y... -iba a decir: matarnos.

—Sí señora. Con una declaración suya podríamos iniciar una investigación a nivel nacional, tarde o temprano caerán.

—Pero volverán a salir -dijo rotundamente mi mamá.

—Quizá no. Si los declaran culpables, es probable que hasta los manden al paredón, o por lo menos a cadena perpetua.

—¿Pero hay pena de muerte? -le pregunté, extrañamente excitado con la idea.

—El año pasado fusilaron a cuatro por terrorismo y secuestro.

Sí. Pronto lo recordé muy bien, incluso habíamos comentado mucho éso en nuestra casa.

El teniente de policía debería tener unos 35 años, más o menos, usaba un bigote bastante bien recortado y una barba pulcramente afeitada. Tenía el pelo un poco largo para el estilo que usaba y andaba vestido con elegancia, tanta que, sin conocerlo, uno nunca pensaría que era policía; pensé que eso debía ser la razón de que él fuera el jefe de todos ellos.

—¿Y por... y por esto? -le dije sin poder decir esa maldita palabra.

En esos momentos, una de las vecinas, vieja amiga de mi mamá, se acercó a la puerta de la sala, y mi mamá salió a recibirla, tratando de evitar que entrara, no quería que viera la sangre... la sangre de Cecil y Claudia.

—¿Qué pasó? -oí que le decía, apenada.

—Nada, unos ladrones, sólo eso.

No sabía qué pensar de mamá, desde que los hombres se fueron se había comportado con una extraña serenidad, que me hacía pensar que estaba mal.

Mi mamá fue la primera en reaccionar cuando estuvimos solos, unos cinco minutos después que esos desgraciados nos habían dejado. Se puso de pie y apagó el televisor, yo la miraba, las veía, pero sin mirarlas realmente.

Casi inmediatamente Claudia se puso de pie, tomó sus ropas y se las puso. No pude evitar sorprenderme al ver cómo se apresuraba a vestirse, como si tuviera prisa por llegar a alguna parte. Mi mamá había ido adentro y regresó con unas tijeras, rompió mis ataduras y las dejó en el suelo, ya tenía puesta una bata y se acercó a mi papá, vi cómo lo desataba sin necesidad de las tijeras, sólo jalando unas puntas.

Me puse de pie e inmediatamente Cecil salió casi corriendo al baño, que ambos odiábamos, y se encerró en él. Vi a Claudia, ahora se estaba pasando un peine por la cabeza, no acababa de comprenderlo, quizá porque aún estaba un poco atontado por los golpes recibidos.

Me dirigí a Glorita, seguía inconsciente sin moverse en el piso, me hiqué a su lado, estaba frío el piso; le puse su suéter encima.

—¿Cómo está papá? -le dije a mi mamá, que seguía hincada a su lado.

—No sé. No se mueve.

Me dirigí al teléfono y lo descolgué.

—¿Qué vas a hacer? -me preguntó mi mamá, poniéndose de pie.

—Llamar a la policía -le dije y marqué el número de las radiopatrullas, que había memorizado por si acaso...

—No -me gritó Claudia, la miré con sorpresa-. Bueno. Si querés llámalos. Pero yo me voy.

—No los llames -dijo mi mamá.

—Pero mama...

—No quiero a la policía en esto, ¿entendés?

—Pero deben saberlo, si queremos que los agarren...

—No me importa lo que querrás. Lo que yo quiero es que colgués ese teléfono -lo hice obediente.

—Pero papá, Glorita... Tú -le dije con un nudo en la garganta. Pensó unos segundos.

—Los bomberos. Llámalos rápido. Pero nada de policía.

Asentí y marqué el número. Glorita me preocupaba, así que marqué tanto el número de los bomberos voluntarios como de los municipales.

Cuando terminé de avisarles, vi cómo Claudia reunía sus libros de sobre la mesa y se dirigía apresurada hacia la puerta.

—Claudia -le grité y se detuvo, me miró.

—¿A dónde vas? -añadí.

—A mi casa.

—Pero, sería bueno que te vieran los bomberos.

—No. Y no digas a nadie que yo estaba acá, oíste.

—Pero...

—Pero nada. Si mi papá se entera...

—Pero nada puede hacerte, no tenés la culpa.

—Él no lo entendería, lo mejor es olvidarlo y tratar de seguir como que nada hubiera pasado.

—No podés hacer eso...

Me detuve, porque ella ya había salido, la seguí con la mirada, se detuvo y volteó.

—¿Vas a pasar mañana? -preguntó con extraña naturalidad.

No podía creerlo. Su pregunta me dejó estupefacto. Ella supo lo que yo pensaba, se dio la vuelta y se marchó. Tuve deseos de correr detrás de ella, pero inmediatamente Cecil vino a mi mente. Casi corrí al baño. La puerta estaba cerrada.

—¡Cecil! -le grité.

—Andate -me dijo entre sollozos. Me tranquilicé, me recosté en la puerta y cerré los ojos, tratando que todo quedara en blanco. Debí haberlo logrado, porque casi de inmediato comencé a oír sirenas.

—¿Está mejor? -me sacó de mis ensoñaciones el teniente.

—Ajá. Oiga...

—Teniente Escobedo.

—Teniente, ¿no podrían empezar una investigación y hasta después presentar los cargos?

—No tendría sentido. Yo ando tras uno de estos casos, para que me asignen mucho equipo.

—¿Y puedo yo dar parte?

—Tu papá... tal vez.

—¿Y yo?

—No. Sólo las agredidas, o...

—Yo fui agredido.

—¿Sexualmente?

—Claro que no... Me golpearon y...

—Eso no es suficiente para abrir una operación como la que desearía, pero...

—¿Pero qué?

—Pero algo es algo...

—¿Cree que serviría?

—Para empezar... tal vez. Tendré qué hablar con tu hermana, tu padre, la otra señora... -consultó una como agenda en la que había estado tomando notas- Gloria Alfonso, y a lo mejor hasta puedo convencer a tu madre.

—¿Convencerme de qué? -ella había regresado.

—Escuche señora. Esto es más importante, o mejor dicho, puede llegar a ser más importante de lo que usted piensa. Estoy casi seguro de que los podría agarrar si hubiera un despliegue de hombres como el que necesito, si ustedes declaran.

—Casi seguro. ¿Y si no? Nuestro nombre se leerá en todos los periódicos y jamás podremos vivir como antes.

—¿Usted cree que pueden volver a vivir “como antes”? -le dijo el teniente muy seriamente- Escuche señora. ¿No ha leído los periódicos? Ha habido otros casos como el que sucedió hoy aquí -yo lo había leído, casi todas las semanas un hecho nuevo, y quizá peores.

—Han sido violadas niñas de once y doce años, en reuniones de señoras; una en especial acude a mi mente: doce hombres armados, hasta con metralla, irrumpieron en una reunión de señoras que asistían a una despedida de soltera y después de tomar el lugar, fueron eligiendo a las mujeres más atractivas, y las subían a una tarima en donde las obligaban a desnudarse bailando y luego las obligaron a punta de pistola, a hacer el amor con uno de ellos. ¿Se imagina qué degeneración? A la primera que obligaron fue a la que le hacían la despedida. Y todo eso va a seguir pasando, señora, si no hay alguien que se atreva a hacer una denuncia oficial.

—Y ensuciar no sólo su nombre sino el de sus hijos también -se defendió.

—Sí. Supongo que en esta sociedad tan superficial... lo podrían tomar así.

—Mire señor, y se lo voy a decir por última vez: Yo, no voy a dar parte. Si alguna de ellas... Si una de ellas quiere hacerlo, las respaldo, pero yo no voy a hacer algo que puede afectarlas.

Y dicho esto, dio media vuelta dirigiéndose a la salida, en donde la esperaba una ambulancia.

El teniente abrió su libretita y anotó algo, luego levantó la vista.

—Su mamá dijo “alguna de ellas”, eso yo lo interpreto como que no eran sólo dos de quienes hablaba.

—Tómelo como quiera -le contesté bruscamente, no sin sorprenderme su astucia. Empecé a darme cuenta de que era bueno en eso.

—Hay alguien que no quiere que se sepa la noticia... ¿tu novia talvez? -insistió.

—¿Qué hay de mi declaración? -cambié el tema. Cerró su

cuaderno sonriendo.

—Voy a necesitarte uno de estos días, te llamaré por teléfono para que identifiques algunas fotos...

—Cómo no, con gusto -le dije, un poco enfadado por la forma como me dio la impresión de que lo tomaba; le daba satisfacción, sonreía, y yo no estaba para soportar ninguna sonrisa.

—¿Te puedo localizar por este teléfono?

—No -dije sin dudarlo-. Pruebe en el hotel Ramada Antigua. Frecuentemente nos hospedamos allí.

—De acuerdo.

—¿No sabe a dónde llevaron a mis papás?

—Al Herrera Llerandi. Pero no creo que puedas verlos aún, por lo menos, no hoy.

—Supongo que no. Y gracias -le dije bastante deprimido.

CAPÍTULO VI

EL SUBCONSCIENTE

Me encontraba arriba, en mi cuarto, preparando un maletín en el cual eché suficiente ropa para unos días, ya que estaba decidido a no regresar por lo menos en una semana. El teniente Escobedo, con quien años después el destino nos enfrentaría antagonistamente por razones “no tan ajenas” a este suceso, nos había sugerido amablemente que pasáramos unos días alejados de esa casa; juntos, pero no por mucho tiempo... cuanto más pronto enfrentáramos los hechos, más fácil sería sobreponerse a ellos. Por el momento, yo no tenía el menor deseo de enfrentarme a mi familia, ni siquiera podría verlos a los ojos; sinceramente no hubiese podido.

Estaba decidido a hacer que esa situación no durara mucho tiempo. Una vez que esos desgraciados hubiesen sido fusilados, porque no se merecían otra cosa, toda mi vida volvería a la normalidad y con ella la vida de los seres a quienes más amaba; yo me encargaría de ello. No iba a permitir que unos patanes, maniáticos, degenerados, echaran por suelo lo que a mi familia le había tomado más de veinte años construir: un hogar feliz.

Mis padres habían vivido, y así nos habían educado con mi hermana, bajo las leyes de Dios y según una ética y moral no impuesta, sino mostrada por ellos mismos. Pero entonces, ¿por qué nos había sucedido eso a nosotros? ¿Acaso a alguien, allá arriba, le molestaba ver tanta armonía en un mundo lleno de odio y perversión? ¿Acaso nos habían olvidado, confiados en que no necesitábamos cuidado? Preferí no meditar sobre ello. Bajé.

Casi sin quererlo, me quedé quieto en la sala, inmóvil, apenas si se oía el ruido de mi respiración en toda la casa; en ese lugar, en el que hacía pocas horas mi familia había sufrido tanto y había sido humillada, de tal manera que empuñaba las manos

inconscientemente sólo de recordarlo. Yo seguía empecinado, pensando que todo estaría bien en un par de días. Sólo necesitábamos amor, como siempre nos lo habíamos dado, pero más intenso. No pude quedarme allí mucho tiempo, y en cuanto vi la sangre de Cecil, ya seca en el sillón crema... Bueno, allí. Salí casi corriendo.

Me aseguré de tener suficiente efectivo en la billetera y como hacía frío, preferí la calefacción del *Mercedes* y no el rudimentario aire acondicionado, un poco estropeado ya, de mi *pick-up*. Tomé rumbo a La Antigua, a gran velocidad.

Las calles empedradas de la pequeña ciudad, antigua capital del reino centroamericano, me obligaron a bajar la velocidad, a pesar de que con un auto así, ni siquiera hay necesidad de disminuir la velocidad ante los túmulos. Había manejado como un poseído, no podía creerlo. Estaba consciente de lo peligrosa que era la carretera de la capital hacia La Antigua, y aun así no tocaba el freno en las vueltas peligrosas. Y sinceramente, debo admitir, no me hubiera importadoirme por uno de esos barrancos, quizá hubiese sido lo mejor; para todos.

Aflojé la tensión sobre el volante, me dolían las manos; realmente había sujetado ese timón con todas mis fuerzas, como queriendo dejar salir, de esa manera, todo el odio que había acumulado durante aquel infierno.

Rápidamente llegué al hotel y estacioné el auto en el parqueo. No era una época de mucho turismo, así que no había problema con la *suite*; en épocas como la Semana Santa, debíamos avisar por lo menos con quince días de anticipación. Entré hasta la recepción, en la cual atendía un viejo conocido de la familia.

—Oh, buenas noches, no los esperábamos -Habíamos estado en ese hotel la semana anterior.

—Buenas noches. Mis padres no vienen. ¿Me da las llaves por favor?

—Con mucho gusto. ¿Tenemos que esperar a alguien más?

Lo miré. Sonreía lujuriosamente. Me molesté y le dirigí una mirada fulminante que lo hizo tomar seriedad.

—Mañana... tal vez -dije mientras firmaba casi inconscientemente el libro de registro. Tomé las llaves y me perdí de vista.

No encendí las luces, las persianas estaban abiertas y la luna brillaba con gran intensidad. Tiré mi mochila al lado de la cama principal y me tendí en ella, boca abajo. Tenía ganas de romperlo todo, de golpear a alguien; traté de olvidar todo momentáneamente y dejar mi mente en blanco.

Intento vano. Esa sensación no duraba más que unos segundos, menos quizá, y volvían a mi mente esas asquerosas escenas recientemente vividas. La temperatura en el cuarto era agradable, y me dije a mí mismo que no había necesidad de desvestirme, pero la realidad era que estaba tenso; sudaba y sentía miedo. Tuve que darme vuelta. No podía evitar abrir los ojos a cada instante y mirar hacia la puerta, sintiendo que, en cualquier momento, volverían a entrar esos hombres... Tuve escalofríos, pero sudaba. Me metí bajo las sábanas.

Traté de pensar en otras cosas, como por ejemplo en la actitud de Claudia. ¿Por qué se habría comportado así? ¿Sinceramente le tenía miedo a su padre, o había sido un reflejo natural por guardar su nombre a salvo? De lo que sí estaba seguro, era que le iba a ser muy difícil conservar éso en secreto. Pobrecita. La verdad era que sentía un gran cariño por ella, siempre me había gustado, pero siempre mantuvimos sólo una amistad, y yo estaba seguro de que, por lo menos hasta que no saliera de la universidad, eso no cambiaría. Y menos ahora. Entre pensamientos e intentos de dejar de hacerlo, fui

quedándome dormido, aunque me sobresaltaba a cada instante.

Tuve otra pesadilla, pero esta vez me encontré tirado a los pies de la cama. Mi ropa estaba empapada de sudor. Necesitaría una ducha para poder dormir. Las sábanas estaban tiradas y revueltas. Me acerqué a la mesa de noche y encendí la lámpara. Mi corazón latía agitadoísimo, y sabía el porqué. Había tenido un sueño espantoso, aterrador, y yo, que siempre me había considerado valiente, ahora tenía miedo de permanecer solo en esa habitación. Había soñado de nuevo aquel infierno, solamente que, con detalles mucho más aterradores, por más difícil que parezca pensar en qué podría ser peor que lo que habíamos pasado, pero fue mucho peor. Y quizá mis deseos de ayudarlas, sin poder moverme, lo habían hecho más agónico, aunque también el hecho de vivirlo por segunda vez, y ahora en una de las habitaciones auxiliares de ese hotel, me tenía al borde del pánico. Pero como siempre he restado importancia a los sueños, y tiendo a ignorarlos, principalmente cuando son de alguien más, he decidido omitir su descripción que, de hecho, poco tiene que ver con el resto de mi relato.

Me sequé el sudor con las sábanas, tomé una chaqueta de mi valija y salí del hotel. Caminé un poco y luego regresé a buscar el auto. Me sentía más seguro en las calles que en la habitación, aunque, en verdad, no lo estaba. Había decidido que necesitaba unos somníferos y sabía en dónde encontrar una farmacia a esa hora: casi la medianoche.

Llegué rápida y fácilmente; con el paso de los años, las calles de La Antigua Guatemala se me estaban haciendo tan familiares como las de la ciudad capital. Justo frente a la farmacia vi un bar. No tuve que pensarlo mucho, salí del carro, consciente de que lo que más necesitaba era una buena bebida.

El establecimiento tenía mucho mejor aspecto por fuera que por dentro, como frecuentemente suele suceder... tanto con personas como con lugares. Tuve un mal presentimiento casi

de inmediato. La mayoría, si no todos los que se encontraban allí, voltearon a mí casi al mismo tiempo. Entré sin prestar atención a sus miradas. Había como seis mesas y cuatro de ellas estaban ocupadas. En la barra había otras tres o cuatro personas, no recuerdo bien; un par de ellas, por lo menos, estaban evidentemente borrachas.

Me senté en uno de los bancos de la barra. Ya lo había decidido, iba a comprarme unas cervezas y me iría a emborrachar al hotel.

—Buenas noches -saludé al cantinero, quien no contestó. Sólo me siguió con la mirada y dio unos pasos hacia mí. ¿Podría darme dos litros de cerveza por favor? Para llevar -añadí.

Dirigí una mirada a los que estaban en la barra, uno de ellos, aunque borracho no parecía muy contento. Se levantó y se dirigió a mí.

—¿Qué te pasa muchachito? ¿Acaso no te agrada nuestra compañía?

—Tengo qué hacer -le dije educadamente. Pero le retiré la vista.

—Olvidá las cervezas, vos Lucio -le dijo al cantinero-Aquí, con mi amigo, nos vamos a tomar una botellita. ¿Verdad? -me dijo poniéndome el brazo sobre el hombro.

Se lo retiré violentamente y le di un fuerte empujón que, en su estado, lo hizo trastrabillar y caer de espaldas.

—Oiga señor, usted está borracho, y más le vale que no me vuelva a poner la mano encima. ¿Oyó? -le grité, señalándole con el dedo.

Volví a sentarme en mi banco, pero atento a cualquier posible venganza. Escuché un murmullo e inmediatamente me paré tomando el banco entre mis manos. El hombre había

sacado una navaja y se acercaba a mí. No le di tiempo a intentar nada, porque lo recibí con un bancazo en la cabeza. Oí detrás de mí un ruido de revólver. Me volví. El cantinero había sacado una escuadra. Pero antes que me apuntara, le sujeté con el brazo izquierdo el brazo en que tenía la escuadra y le golpeé fuertemente en la cara con el brazo derecho. Se tambaleó, y cayó sobre unas botellas, rompiéndolas.

Me volví y vi que dos hombres se levantaban de sus asientos. No esperé a ver que iban a hacer; les arrojé otro de los bancos. Salí corriendo del bar. Oía como me seguían: “agárrenlo”, gritaban, pero yo fui lo suficientemente rápido como para meterme al carro justo en el momento en que salían del bar. Lo encendí y salí a toda velocidad. Oí, en la distancia, una detonación.

Me dirigí sobresaltado al hotel. Decidí esperar unos minutos en el carro. Así que encendí la radio, configuré el ecualizador, le di bastante volumen y me recosté en el sillón de atrás. Me quedé dormido.

Creo que no hace falta decir sobre qué cosas soñé.

Ya había amanecido cuando unos golpes en una de las ventanillas me despertaron. Abrí los ojos. Vi al cantinero del bar y a otro hombre. Recordé que tenía una escuadra; instintivamente salté al asiento delantero, giré la llave de encendido, listo para salir corriendo, cuando vi una placa de policía en el *windshield*.

Miré al hombre que la sostenía. En efecto, tenía apariencia de policía. Bajé el volumen a la radio y bajé un poco la ventanilla.

—Policía -me dijo- salga del auto.

Vi al cantinero. Tenía una curación en la cara, justo donde le había propinado el puñetazo. Sonreí y abrí la puerta.

CAPÍTULO VII

TONY

Eran como las nueve de la mañana cuando, a empujones, dos policías me metieron en una amplia celda; estaban molestos conmigo, y con razón, pues los estuve desafiando cada vez que pude: burlándome de las cosas que decían y del uniforme, que siempre me había parecido digno de unos *boy scouts*. La celda estaba formada por dos paredes de concreto y dos de barrotes. Evidentemente, ahí era a donde llevaban a todo recién ingresado. En la celda había unas siete personas más, separadas en tres grupos. Uno de tres y uno de dos, y dos que estaban aislados. Me dirigí a una de las esquinas posteriores y me eché en ella, dispuesto a pasar ahí, por lo menos, tres o cuatro horas.

Desde allí podía ver toda la delegación de policía, que, aunque era bastante pequeña, estaba bastante concurrida. Tres policías estaban escribiendo a máquina y siete u ocho se movilizaban apresuradamente de un lado a otro, manipulando papeles. Fijé mi vista en el oficial que estaba tomando la declaración del cantinero, como antes lo había hecho conmigo. Sentí tanto desprecio por los dos: por el cantinero, por haber dicho que yo había tratado de asaltarlo y luego asesinarlo, y también por el policía, aunque realmente no era su culpa porque estaba convencido de ello. Además, yo estaba seguro que si a él le dieran el caso de mi familia, no podría resolverlo; entonces decidí que si sólo para esto eran buenos, entonces realmente no cumplían con su misión.

No habrían pasado ni cinco minutos cuando uno de los hombres que estaban solos se me acercó. Lo vi con curiosidad, y no era para menos, estaba vestido con un traje color gris claro, tenía hasta corbata, floja pero la llevaba, zapatos negros de charol, un bigote bastante corto, como el que había visto en una película de principios de la década del sesenta; pero lo que más me extrañaba era que llevaba un sombrero negro de la misma

época; me pareció muy curioso. Él también me vio unos momentos, pero al retirarle la vista se sentó a mi lado. Me corrí unos centímetros en dirección contraria, sabiendo que se molestaría.

—Vaya. Por fin alguien con quién poder hablar. He estado aquí casi una hora preguntándome cuándo me atacarían estos ignorantes.

—¿Y a mí que me importa? -le dije cortante. Hubo una pausa.

—Vamos muchacho. Sólo quiero ser sociable -me dijo pasándome la mano por el hombro.

Yo, instintivamente, se la retiré con violencia.

—Óigame -le dije de pie y señalándole con el dedo-, no me vuelva a tocar o le rompo la cara. No me confunda...

Dicho esto, me volví a sentar un poco más lejos. Me miraba con sorpresa. De repente, se echó a reír.

—Muy bien muchacho -me sorprendió y lo miré-. A mí tampoco me gustan los *gays*. No soy homosexual.

A primera vista me había parecido exactamente éso. Pero si él mismo lo decía, asumí que debí haberme equivocado. Y además esa palabra “*gays*”, no era tan popular aún. Pensé que debería ser un criminal de categoría, talvez un traficante de drogas. Sí. Eso era, tenía toda la apariencia de serlo.

—Me llamo Antonio Linares, pero mis amigos me dicen “Tony” -dijo sonriendo, a la vez que me tendía la mano.

Se la estreché por no ofenderlo demasiado, pero casi sin pensarlo dije:

—Entonces, si alguna vez le hablo, lo llamaré Antonio.

Y dicho esto, miré para otro lado intentando no darle más

atención que la que merecía. Volvió a sonreír.

—Vaya.... ¿Qué bicho te picó, amigo?

—Yo no soy su amigo -le dije furioso-. ¿O acaso cree que yo me hago amigo del primer delincuente que me encuentro en la cárcel?

—¿Yo, delincuente? -rio- Vamos... No prejuzgues tanto. Estoy aquí porque tuve un accidente y hay un hombre herido - lo miré, tal vez lo había juzgado mal.

—Está bien. No es un delincuente. Pero dígame una cosa: ¿No puede cerrar la boca? No estoy de humor para hablar... con nadie.

—Está bien. ¿Sólo dime cómo te llamas?

—Gerardo Molina -le contesté, ya un poco fastidiado. Cerré los ojos y puse mi cabeza sobre las rodillas. No había podido dormir muy bien y tenía sueño.

—Mucho gusto Gerardo, ¿Y por qué estás aquí? -no contesté- Vamos -insistió-, creo que necesitas hablar.

—¿Ah, sí? ¿Qué es usted? ¿Un psiquiatra o algo por el estilo?

—¿Cuántos años tienes, chico? -dijo casi sin oírme.

—Los suficientes... -le dije convencido que de todos modos tendría que aguantar sus intromisiones.

—No los aparentas.

—¿Qué le parezco? -dije con el mismo tono “retador”.

—Menor de dieciocho.

—¿Ah... sí? Los cumpliré en septiembre.

—Pero no te pueden tener aquí con nosotros...

—Le rompí la cara a ese estúpido -le señalé, ya se estaba

despidiendo del oficial.

—Pero no es suficiente. Tú no puedes...

—Oiga, amigo...

—Tony -me interrumpió.

—Óigame bien -le dije fastidiado-. Le dije que no quiero hablar de nada. ¿Por qué no se echa en otro rincón y duerme la mona?

—Oye muchacho... ¿Gerardo, no? Bueno, no importa. Dime qué diablos te pasa -subió el tono.

Y todo lo que le dije fue inútil. Realmente estaba empecinado en entablar una conversación. Decidí desahogarme, tenía que hacerlo.

—Óigame. No tengo ganas de hablar de mierditas, así que, después que termine, quiero que me deje en paz. ¿Entendió? - Y sin esperar contestación, añadí:- Ayer en la tarde, a mi madre, a mi hermana de catorce años, y a una mujer a la que estimo mucho, junto con... con una amiga -estaba casi gritando, así que bajé el tono al ver que los otros volteaban hacia nosotros- las violaron -dije tragando con dificultad-. Fueron ocho hombres armados. A mi papá y a mí nos ataron y nos obligaron a ver todo su sadismo. Son unos desgraciados... -la garganta me ardía y sentía que me derrumbaba, pero algo me obligaba a seguir- Y yo, no pude hacer nada... nada -no pude más y metí mi cara entre las rodillas.

Nos quedamos en silencio unos instantes. Sentía deseos de llorar, pero por supuesto que no lo iba a hacer. De pronto volví a sentir el brazo de Tony dándome unas palmadas a la espalda. Empecé a percibirlo como un amigo.

—Bueno... -dijo cuando hube recuperado la serenidad- No creo que hubieras podido hacer nada, Gerardo. No fue tu culpa. Y créeme que, en verdad, siento que hayas vivido algo así.

Sabía que eso estaba sucediendo en la capital, ¿pero en La Antigua...? Válgame Dios.

—No. Fue en la capital.

—¿Y qué haces aquí?

—Ya se lo dije. Ese hombre es un cantinero.

—¿Querías emborracharte?

—Supongo que sí.

—Claro. Era la primera noche. Debió haber sido difícil. Mirá a ese hombre -dijo después de unos segundos, señalando al hombre que estaba solo, temblando.

—No te puedo decir si lo que necesita es alcohol o alguna droga, pero te puedo decir qué no es: cocaína. La mejor droga del mundo.

—Siguiendo siendo una droga -defendí mis creencias.

—Pero ponte a pensar -habló lentamente-, anoche fuiste a ese bar a buscar licor, ron sin duda -digería con placer las palabras-. ¿Qué te hubiera pasado si llegas a encontrarlo? ¿Eh? -medité un poco.

—Que hubiera podido dormir -le dije irónicamente.

—No hablo de eso, hablo de hoy -encogí los hombros-. Pues que estarías muy mal, descompuesto del estómago, quizá, y con dolor de cabeza.

—Talvez...

—Nada de talvez. ¿Te ha pasado o no?

—Sí, pero...

—Pero nada -me interrumpió sin perder el tono cordial-. Si, por el contrario, hubieras tenido coca a la mano, la hubieras pasado bien y muy tranquilo, tu ánimo se te hubiera subido y

hoy estarías rebién. ¿Me estás comprendiendo?

—¿A qué va todo eso? -No respondió, sólo sonrió- ¿Es usted traficante de drogas?

—No -dijo negando con la cabeza-, pero la consumo... y la distribuyo “entre amigos” -con énfasis en “entre”.

—Es lo mismo. Usted vive de eso y...

—Oh no -me volvió a interrumpir-. No vivo de eso. Pero ¿quieres saber de qué vivo?

—Sí -le dije ya un poco interesado.

—Pues ahora me vas a tener que contar un poco de tu vida -me contestó inteligentemente.

—No tenga pena, me da lo mismo. No me interesa la suya.

—Así que eres difícil, ¿eh? -dijo riendo- Está bien. Creo que lo que necesitas es una buena *esnifada*.

—¿Una qué?

—Esnifada: Un jalón de coca. Sólo para que te mejore el ánimo. Ya verás.

—No hay nada en el mundo... -pensé- excepto ver los cadáveres de esos malditos, que me pueda subir el ánimo.

—Ah... La coca es milagrosa. Y si no quieres seguir consumiéndola, no hay problema. No causa dependencia, por lo menos no física. Y te lo digo, yo que la he tomado tantos años -no pude evitar reírme de él.

—Entonces ¿por qué no la deja?

—Porque no quiero. Me gusta. Pero la he dejado a veces.

—Porque no ha tenido dinero...

—No. Simplemente quería probarme y lo hice.

—Pero vuelve a ella.

—Porque me gusta. Lo mismo que con las mujeres. ¿No?

—Sí -mentí sabiendo que a mis dieciocho años aún era virgen-. Veo su punto... -mis creencias empezaban a tambalear.

—Y te garantizo que, en el tiempo que la dejé, no me causó ningún efecto que pudiera sentir... no como si hubiera sido heroína o marihuana... o el mismo alcohol. ¿Ves? Yo podía vivir tranquilo; pero claro, la deseaba.

Siguió hablando. Le gustaba contar su vida. A grandes rasgos, era una buena persona -según él-, alguien que había tenido que luchar contra la vida; a sus treinta y tres años... -parecía más joven, pero yo nunca he sido bueno en eso de calcular edades- tenía todo lo que deseaba, excepto, pensé yo mismo, poder.

La diversión había estado íntimamente ligada a su vida. Casi desde los doce años, siempre había cargado un mazo de naipes en el bolsillo y de tal manera se había vuelto muy hábil con ellos. “Si lo que haces te divierte, estás haciendo lo correcto. ¿De qué te sirve tener éxito en la vida, ser incluso famoso, si no eres feliz?” -me dijo, y me puso a meditar.

Todas las noches organizaba partidas con “amigos”, a quienes el juego les encantaba. Y tomando en cuenta la prohibición vigente en Guatemala, muy a menudo cambiaba la sede de “su casino ambulante”. Le vendía coca a gente de dinero que no podían arriesgarse a comprarla a “cualquiera”.

—¿Por qué me cuenta todo esto?” -le pregunté en una parte del relato.

—Porque me simpatizas.

Le confesé que a mí me gustaba también mucho el juego

de azar, especialmente el *veintiuno*; igual que a él. Nunca lo habían condenado por el juego, ya que, según me dijo, “tengo algunos amigos y..” cambiaba alguna clase de información -era entonces un soplón- para que se miraran hacia otro lado. Tenía arrestos por “fomentar la prostitución”. Y ese accidente le estaba causando problemas.

Miró su reloj y continuó hablando:

—Mi abogado debe estar por llegar. ¿Y el tuyo?

—¿Fue grave el accidente? -traté de cambiar el tema.

—No. ¿Y tu abogado?

—No tengo.

—Ah. Yo te puedo ayudar si quieres. ¿A quién llamaste?, ¿A tu papá?

—¿A mi papá...? -me burlé- No creo que le podré hablar en mucho tiempo...

—Escucha, Gerardo. Tienen que empezar a hablar pronto. Entre más tiempo transcurra, en vez de cerrarse la herida, se abrirá una franja cada vez más grande entre todos ustedes. No deben huirle -quizá tenía razón-. Entonces... -cambió el tema- ¿A quién llamaste?

Reí para mis adentros, recordándolo.

—No me lo va a creer

—¿Qué? ¿No te dieron una llamada? Es su obligación...

—No, No. Sí me la dieron. Lo que pasa es que estaba tan enojado que, burlándome de ellos, marqué el 126 -Reímos juntos. Ése era el número de la hora oficial en Guatemala.

En ese momento se acercaron un policía y un señor que parecía abogado. En efecto, Tony, al verlo, se puso de pie inmediatamente.

—Escucha, muchacho, ya me voy. Si quieres, puedo hacer algo por ti. Podría...

—No. La verdad es que no tengo nada que hacer; gracias.

Un par de horas después llegó el teniente Escobedo, acompañado por unos de los guardias. Hacía ya cuatro horas que yo estaba ahí, debieron ser como las dos de la tarde, talvez la una. Se acercaron a la celda. Ya sólo quedábamos en ella cuatro personas, uno de ellos recién ingresado.

—Qué tal teniente, ¿qué le trae por aquí? -le pregunté poniéndome de pie- Creo que anda fuera de su jurisdicción -se lo dije con ironía. Me miró duramente.

—Te equivocas. Toda Guatemala es mi jurisdicción.

—¿Ah sí?... -sacudí el dedo índice de la mano derecha con el anular, varias veces, como burlándome.

—Me ha costado mucho, pero estás libre. Retiraron los cargos -la noticia no me alegró-. Me contaron de tu llamadita... ¿Qué diablos te pasa? ¿Querés arruinar tu vida?

Le devolví la mirada.

—Ábrala por favor -le dijo al guardia, que nos había estado observando.

—Sí, teniente -le contestó respetuosamente.

—Lo siento -continuó-. Estuve tratando de localizarte desde las ocho de la mañana. Tengo unas fotos que quiero que veas.

CAPÍTULO VIII

ESPERANZAS

—Hablé con tu hermana.

Estábamos entrando a la carretera entre San Lucas y la capital. No habíamos hablado en el trayecto anterior pues yo seguía molesto y él tuvo tacto como para dejarme tranquilo.

—¿Y? -lo presioné.

—No está bien. Creo que deberías verla...

—No. Aún no. Por cierto -cambié el tema-: ¿cómo me sacó de allá? Se supone que traté de matar a ese idiota.

—Por lo general me hacen caso...

—Ah... -dije burlándome- No sabía que estaba tratando con el teniente Kojak -él sonrió.

—No, pero lo admiro. Nos parecemos mucho.

—¿A usted también le gusta chupar paletas? -no me contestó y me arrepentí de provocarlo.

—Este caso... -dijo después de una pausa- pasó hoy, a las 11:50, a ser prioridad 1 de la policía. Además, tu hermana dijo que identificaría a los... a los sospechosos si se le garantizaba completo "anonimato".

—¿Se lo puede garantizar?

—Sí. Ahora sí. Con los tribunales de Fuero Especial son anónimos los testigos y los jueces. Y recuerda que Ríos Montt tiene censura sobre la prensa. Me agrada ese tío.

—Sí. A mí también -nunca supe realmente porqué.

Llegamos como a las cuatro al centro de la ciudad.

—¿Dónde está mi hermana?

—A esta hora debe estar en el Hotel Sheraton.

—¿De veras está tan mal?

—Físicamente, no. Pero estaba muy nerviosa. Lloraba.

Se me hizo un nudo la garganta. “Pobrecita” pensé. Y caminando a su derecha, entramos en la estación.

Esperé sentado frente a un escritorio durante unos dos minutos; cuando Escobedo regresó con un fólder en las manos lo lanzó frente a mí, lo abrió y se quedó esperando.

Yo no lo podía creer. Tenía ante mí la ficha de uno de ellos. Hice lo posible porque no notara mi reacción y me descubriera. Léí su nombre: Antonio Marroquín, era el más fornido. Miré al teniente mientras sostenía las fichas en mis manos, debían ser unas 200.

—¿Se va a quedar ahí parado? Me pone nervioso -mentí.

—Regresaré en unos quince minutos. Si reconoces a alguno, sólo avísale a cualquiera de aquí. Él me llamará.

Cuando se hubo ido, sostuve la ficha en mi poder. Y me esforcé en memorizar su dirección. Fue muy fácil. Tenía antecedentes, pero sin condenas. Seguí hojeando e identifiqué a otro, e hice lo mismo.

Este se llamaba Abelino Castillo Reynaldo. Antiguo oficial del ejército, dado de baja por conducta inapropiada. Varios arrestos por sospecha de asalto, violación y agresión. Sin condenas. Yo me aseguraría que eso no volviera a suceder.

Aún tenía la ficha en mi mano, memorizando la dirección, cuando Escobedo regresó. La metí nerviosamente entre las otras y cerré el fólder poniéndome de pie.

—¿Terminaste?

—Sí -le dije entregándoselo-, no vi a ninguno.

No me lo recibió. Se quedó inmóvil, viéndome fijamente a los ojos. Me puso nervioso.

Puse el fólder sobre el escritorio, dándole la espalda y mirando al resto de policías en la habitación.

—No quiero que intentes una locura, Gerardo. Esos tipos son peligrosos.

—¿De qué está hablando? -lo miré duramente.

—Marroquín. Identificaste a Marroquín, ¿verdad?

—No recuerdo haber visto a ningún Marroquín allí.

—De nada te va a servir buscarlos tú solo. Nosotros andamos tras ellos y esas direcciones son antiguas. Lo único que puedes hacer es entorpecer nuestras investigaciones, atándonos las manos. Piénsalo.

Lo hice. Al fin y al cabo: ¿Qué demonios esperaba hacer yo, que la policía no pudiera hacer mejor?

—Arnoldo Marroquín -afirmé-... y un tal Abelino.

—Abelino Castillo. Lo sabía. Andamos tras su pista y ya una vez lo tuvimos que soltar. Necesitas firmar unos papeles para poder asignar personal al caso.

CAPÍTULO IX

EL ENCUENTRO

Después de haber hablado con el teniente Escobedo, me dirigí a casa, convencido que lo más correcto era dejar todo el asunto en manos de la policía, ya que Escobedo, además de inspirarme confianza, me parecía muy competente. Sí, él sabría dar con esos malditos y les daría lo que se merecen; al fin y al cabo, ya andaba con una buena pista; sabía la identidad de dos de ellos. Si los rastreaba bien, daría con el resto pronto.

En el momento en que vi sus fotos, había sido cegado por el sentimiento de la venganza. La escena de Cecil en el sillón se había grabado en mi mente. Pero ya no deseaba tanto su sangre, me bastaba con que los pusieran en prisión para siempre. Yo sólo tenía ya una meta: llegar a casa, luego buscar a mi familia y luchar porque todo volviera ser lo mismo otra vez. Oh sí. Ningún desgraciado psicópata iba a deshacer mi hogar.

Tardé como veinte minutos en llegar. Tuve que tomar un taxi; ya no recordaba cuándo fue la última vez que los utilicé.

Llegué a casa. Para mi sorpresa, estaba abierta.

Vacíé en entrar; podría saber quiénes estaban dentro, pero nunca lo que me esperaba. Entré caminando lentamente. Vi que en la palangana del *Pony* habían unas maletas y me pregunté qué estaba pasando.

Entré en la sala. Oí ruidos en el cuarto de baño. Tuve miedo de seguir. Me quedé esperando.

No oí voces y ningún otro ruido provenía del resto de la casa. Por un momento sentí miedo de que, quien estuviese adentro, o quienes estuvieran, fueran ladrones. Esperé unos instantes, inmóvil, a que alguien saliera de la habitación. Estaba a punto de ir a la cocina por un cuchillo, cuando vi salir a mi padre.

Se quedó estático, ni parpadeaba, viéndome. Tenía una valija pequeña en la mano derecha y un maletín en la otra. Esperó unos segundos y comenzó a caminar. “Hola” iba a decirle, pero las palabras no pasaron más allá de mi garganta. Se acercó a mí, vaciló en continuar, pero salió. Depositó lo que llevaba en el carro, yo lo seguí.

—¿A dónde vas? -le pregunté con una voz que me pareció casi desconocida. Puso una mano en el auto, se apoyó en ella y me dijo con una voz similar:

—Me voy -pausa-. Creo que será mejor para todos que no nos veamos por un tiempo -lo miré extrañado- no sé, quizá unas semanas, un mes... no sé.

—¿A dónde vas? -insistí, imitando un tono familiar.

—Todavía no sé -sabía que mentía- tal vez a La Antigua.

—Yo estoy en La Antigua.

—¿Te llevaste el Mercedes? -Asentí- ¡Uff...! -respiró aliviado- ¡Creí que se lo habían robado!

Yo no podía creerlo: ¿A quién podía importarle un automóvil en tales circunstancias?

—Bueno, ya me voy -abrió la puerta, parecía que llevaba prisa-. Cuando podás, localizame por *telescucha* y luego a buscar el carro.

Entró en el auto. Esa era una señal de que no pensaba abandonar el país -la del *telescucha*-. Me acerqué a la ventanilla. Él tenía un morete bajo el ojo izquierdo y señales de una cortada bajo el labio.

—¿Cómo están? -le pregunté.

—¿Quiénes? -dijo torpemente, lo miré con dureza-. Yo no sé. No he podido verlas...

—Me dijeron que ya salieron del hospital. ¿En dónde pasaste la noche? -lo veía desvelado, con barba.

—Ya tengo que irme...

—Estás huyendo -lo acusé-. Papá, tenemos que hablar de éso.

—Creo que hay que dejar que se cierren las heridas...

—¿Y que se abra una zanja infranqueable? -pensé en Tony.

—Oíme -dijo bajando del auto, me miró a los ojos-, Gerardo... la verdad es que... no sé si voy a poder volver a mirar a tu madre, a Cecil, a Glorita...

Vi lágrimas en sus ojos rojos.

—No fue culpa de ellas.

—No. Fue culpa mía. Se supone que yo los cuido a todos y fallé... -sentí húmedos mis ojos y ardiente la garganta, pero no iba a llorar, no.

—¿Cuándo vas a regresar?

—No sé. Tal vez... nunca. No te preocupés, ya sos un hombre... -dijo palmeándome el hombro- y todo lo del dinero está arreglado, yo...

—A la mierda con el dinero -le dije haciéndome para atrás, su mano cayó del hombro- ¿Qué clase de hombre sos? No creés que vaya a ser más difícil para ellas recuperarse, ¿si no estás? -le estaba gritando, nunca antes lo había hecho, pero aún hoy creo que se lo merecía. Tenía ganas de llorar, pero no lo iba a hacer. Quería demostrarle lo hombre que era.

De repente se metió al carro, lo encendió. No iba a llorar.

—Creo que sería más difícil -dijo desde la ventanilla, al mismo tiempo que echaba a andar el carro.

No lloré. Me pasé el brazo derecho por los ojos. Tragué saliva y sentí una gran molestia en la garganta. Pienso en qué hubiera hecho él si me hubiese visto flaquear, llorar, necesitarlo...

Pero yo no lo necesitaba; ya no, al diablo con él. Eran ellas quienes lo necesitaban, no yo. Por eso, yo las iba a ayudar. Iba a ser su apoyo. El apoyo que acababa de salir corriendo de nuestras vidas.

El auto de mamá estaba en casa. Entré y busqué las llaves. Las encontré. Ya me iba, pero dudé en salir. Sentía un nudo en el estómago. Decidí, o inventé, que debía darme un baño antes de enfrentarme a ellas.

Iba a entrar en la ducha cuando sonó el teléfono. Lo dejé que sonara las veinte veces. Me puse mi bata y volvió a sonar. Tomé el auricular y tragué con dificultad.

—¿Aló?

—¿Gerardo? -era Carlos, suspiré aliviado sin saber porqué.

—Sí. Soy yo.

—¿Qué tal vos? ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Qué pasó? -le pregunté cortante.

—Eso te iba a preguntar yo -dijo casi riendo-. No fuiste hoy al colegio, te llamé por la tarde.

—Estuve ocupado -no mentía.

—Te perdiste la prueba de mate... -me comenzaba a desesperar.

—No importa. Mirá Carlos, estoy ocupado. Te llamo mañana o pasado. No sé.

—¿Otro día? Querés decir que mañana...

—Te cuento otro día.

Y colgué el auricular. Lo volví a levantar y lo dejé a un lado del teléfono. Me metí a la ducha.

CAPÍTULO X

EXTRAÑOS

Me encontraba en el parqueo del hotel Guatemala Fiesta desde hacía unos cinco minutos, sin atreverme a salir del auto. Me había costado dar con ellas, pero finalmente averigüé su paradero. Estuve “loqueando” en diferentes hoteles y hospitales, hasta que decidí llamar al teniente Escobedo, quien me informó que se habían decidido a última hora por este hotel, donde, curiosamente, mi padre no tenía acciones.

Al fin bajé y entré al *lobby*, estaba cerquísima. Me dirigí a la recepción y, después de unos minutos, me dieron el número de las habitaciones; porque habían alquilado dos, yo supuse que una debería ser de Glorita y la otra de mamá y Cecil. Estaban en el 6° nivel. Subí nerviosamente. Me pareció el elevador más rápido del mundo cuando se abrió. No me moví y se cerró. Presioné el botón que decía “*open*” y salí.

Tenía una sensación muy molesta en el estómago. Llegué y pude comprobar que eran habitaciones contiguas, a pesar de no ser números consecutivos. Toqué en la primera. Nada. Volví a tocar. Pasos. La puerta se abrió, pero con la cadena puesta. Era mamá. Se me quedó viendo.

—Mama... -articulé estúpidamente.

Cerró la puerta y pude oír cómo quitaba la cadena. No se volvió a abrir. La empujé y cedió. Mamá estaba como a dos metros de distancia, la vi, ella me vio. Yo le sonreí tímidamente, sin respuesta. Di un par de pasos hacia ella y, sin pensarlo, me arrojé a sus brazos.

Sentí como lloraba. Yo ya no sentía deseos de llorar y además, no debía sentirlos. ¿En quién más se podían ellas apoyar de ahora en adelante? Nos separamos.

—¿Cómo estás? -dije casi automáticamente. Se encogió

de hombros- ¿Y Cecil?

—En la otra habitación -dijo señalándola.

—¿Y Glorita?

—No sé -dijo encogiéndose de hombros-. No la he visto desde... desde ayer -me extrañé bastante.

—¿Cómo esta Cecil?

—No para de llorar, pero no quiere ver a nadie, ni deja que me le acerque.

—Voy a verla -dije dando media vuelta.

—Gerardo -me volví-, creo que sería mejor que no lo hicieras. Estoy segura de que ella no querría que la vieras así. Te quiere mucho para... -casi llora.

—Yo necesito verla. Quiero que sepa... -¿qué?, me pregunté yo mismo- que la... que las seguiré queriendo como siempre -tragué dificultosamente.

Salí del cuarto y llegué frente a su puerta. Traté de escuchar algo; no oí nada. Toqué suavemente. Nada. Toqué más fuerte. Silencio. Esperé unos segundos, oí movimiento dentro. Toqué dos veces más.

—Cecil... soy yo -seguía el silencio-, Gerardo.

Insistí con los golpes.

—¿Qué querés? -oí y me sorprendió, no sabía qué contestarle. Al final le dije:

—Abrime. Quiero hablarte.

—¿Para qué? -dijo fuertemente, sabía que estaba pegada a la puerta.

—Quiero verte.

Oí que quitaba la cadena. La puerta se abrió y oí pasos. La

vi lejos, cerca de su cama, con una gruesa bata corinta. Me le acerqué después de cerrar.

—No te acerqués -me dijo y me dejó inmóvil.

—Cecil... este... yo...

—Bueno, ya me viste. ¿Te querés ir por favor?

Sabía que necesitaba a alguien. Tenía el pelo revuelto, pero no parecía haber estado durmiendo, respiraba dificultosamente. Di unos pasos hacia ella.

—No te acerqués. No quiero que me toques.

—Pero... Cecil... ¿Qué te hice yo?

Ella me vio y sonrió con ironía. Me hizo sentir mal. Quizá mamá tenía razón. Hubiera sido mejor no verla.

—Supe que vas a dar parte a la policía -le dije.

—Sí. Quiero que los maten.

Me dejó frío. No sólo nunca la había oído decir algo como éso, era tan dulce, sino que el tono de voz que usó no era de ella, estaba impregnado de odio.

—Cecil. Tenés que calmarte... -¿Cómo le pude pedir eso?

—¿Calmarme? -me interrumpió- ¡Ja! Debe ser muy fácil para ti decirlo, ¿no? Ah sí, claro. Pero porque no estabas en mi pellejo. Me imagino que debiste haberlo disfrutado mucho, ¿No? Igual que tus cochinas revistas.

¿De qué estaba hablando? Ah sí. Una vez había llevado un par de Play-boy a la casa, debió verlas. Claro.

—No podés hablar así. Yo... Yo te quiero Cecil.

—¿Quererme? -dijo con amargura- Nadie puede sentir nada por mí que no sea lástima... o asco.

—Hermanita... -le dije tratando de quitarle el pelo de la

cara.

—No me hablés así. No te soporto, por favor... andate -y señaló la puerta-. No quiero ver a nadie.

—Cecil -me defendí-. De nada servirá que los agarren y hasta que los maten, si nosotros no nos seguimos queriendo como antes. Tenemos que comenzar otra vez...

—¿Cómo antes...? -hizo una mueca de burla.

Me daba miedo, no sabía de qué podría ser capaz, tenía tanto odio en su mirada. Pero... ¿Podía culparla?-.

—Nada podrá volver a ser “como antes”. ¿Sabés lo que dice mamá? Que sería bueno que nosotras nos fuéramos unos meses, hasta que hayamos olvidado -rió, hizo una pausa-. Y papá. ¡Ja! Ni siquiera nos pudo ver.

Pobrecita. Estaba seguro de que necesitaba llorar más, así que me le acerqué y la atraje hacia mí.

—No -gritó-, no me toqués -se alejó y se dirigió a la puerta, abriéndola; me invitó a salir.

No tenía nada que decirle. Ella no era mi hermana, me la habían robado. Salí y cerró de un portazo. Me dirigí a la salida, pero las palabras de Cecil me rebotaban en la cabeza. Regresé a la habitación de mi mamá.

—Sí -me dijo, incapaz de mirarme directamente a los ojos-, he estado pensándolo. Y creo que sería lo mejor para todos. Inclusive para tu padre -lo dijo mirándome directamente y me obligó a bajar la mirada.

—Papá salió... de negocios.

—¿A dónde?

—No sé -se lo dije francamente, luego añadí:- Mama. No podés huir de lo que pasó. No habrá tiempo... ni distancia, que

pueda borrar lo que sucedió. Lo tenemos que afrontar; pasó y pasó, punto. No fue culpa nuestra.

Pero todo lo que le dije o le hubiera podido decir, resultaba inútil. Abandoné precipitadamente el hotel. Llegué a casa. No podía dejar de pensar en Glorita. Quizás le había afectado mucho; ella era tan buena. Pensé que podría haberse ido con su madre, así que busqué la dirección en la agenda de la casa y me marché para verla. Sin duda necesitaba nuestra solidaridad; por lo menos la mía.

—Buenas noches, señora -le dije a la anciana que abrió la puerta de su humilde casa en la zona 21; la conocía desde años atrás, era la madre-. Soy Gerardo Molina. ¿Me recuerda?

—Oh claro -dijo después de unos segundos de vacilación-. Buenas noches; disculpe, pero me sorprende verlo aquí, Glorita me dijo que se iban del país.

—¿Ah sí? -traté de ocultar mi sorpresa- ¿Cuándo se lo dijo? -le pregunté sonriendo hipócritamente.

—¿Por qué? -dijo llevándose la mano a la boca- ¿Era una sorpresa o un secreto, acaso?

—No. Nada de eso -seguí sonriendo.

Oía voces desde el interior de la pequeña casa. Sabía que en ella vivían dos hombres y tres mujeres, incluyendo a la anciana y tres niños pequeños.

—Ah, menos mal. ¿Y usted cuándo se vas?

—Pronto, pronto.

—¿Quiere pasar adelante?

—Oh, no gracias, pero... ¿podría decirle a Glorita que estoy aquí por favor? -puso una cara de sorpresa.

—Pero... Ella... Ella ya se fue.

—¿A dónde?

—Pues con tus papás, me imagino. Me dijo que todos se iban y entonces...

—¿Cuándo se lo dijo? -la interrumpí ya un poco alarmado.

—Hoy en la mañana. Me dijo que todo había sido muy rápido. Vino a despedirse de todos nosotros... Pero... -debió haber visto algo en mi expresión- ¿Pasa algo malo? -meforcé en sonreír.

—No, señora. No se preocupe. Es que... Yo estaba pasando unos días en La Antigua y no estaba muy bien enterado. Pero no se apene, por favor -pareció tranquilizarse. Sonrió.

—Bueno. ¿Pero no quiere pasar?

—No gracias, señora. Es usted muy amable -y me fui.

No pude dejar de pensar, durante en todo el camino, porque ella había dicho algo así. Sentí un escalofrío en todo el cuerpo. Tenía ganas de tomarme una cerveza. Sabía que había en mi casa, así que me apresure.

Entré en la sala, el teléfono estaba sonando. No podía dejar de sentir una molesta sensación. Descolgué el aparato, llevándolo al oído.

—¿Sí?

—¿Gerardo?

—Ajá.

—Soy el teniente Escobedo. Estuve tratando de localizarte en La Antigua, me dijeron que no regresaste.

—No teniente -le dije-. Fui a ver a mi mamá y... y ¿qué quiere? -añadí cortante.

—Tengo malas noticias -dijo cambiando el tono de voz.

—¿Qué? No me diga que todavía no los ha agarrado, *Kojak* -se lo dije preguntándome por qué me burlaba de él.

—Es mucho más serio...

—¿Qué pasó?

—Acabo de recibir un informe. Un suicidio... - mi corazón se detuvo- Rescataron el cadáver de Gloria Alfonso en el fondo del puente El Incienso. Lo siento mucho -me quedé paralizado, frío-, tal parece que...

No pude escuchar. Estaba colgando ya. Me quedé con el teléfono en la mano, no lo quería soltar. Sabía que tenía que llamar a alguien... ¿pero a quién? Pronto lo supe.

Comencé a marcar un número de seis dígitos, muy conocidos.

—¿Aló? -oí que contestaba Carlos.

—Habla Gerardo...

—¿Qué te pasa? -me preguntó muy preocupado.

—Mirá Carlos. Han pasado muchas cosas que no te puedo contar ahora. Y te voy a pedir un favor: no quiero que me hagas preguntas. No ahorita.

—Vaya... -oí que dijo, pero no esperé más.

—¿Recordás que me contaste que tenés un amigo que vende armas?

—Sí. ¿Por qué? ¿Para qué?

—Quiero su número, tengo que hablarle.

—No puedo dártelo. ¿Para qué lo querés? Se oía realmente preocupado, pero yo no estaba de humor como para contarle todo.

—Acordamos que sin preguntas. ¿Cuál es el número?

—Oíme, Gerardo. No te lo puedo dar. Es confidencial. Él confía en mí y yo...

—Entonces... -le interrumpí- Comprásela vos. Yo te doy el dinero.

—Bueno, tal vez sí... pero... son caras y...

—No me importa. Tengo suficiente. Quiero la mejor. La necesito.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

POR GLORITA

Llevaba ya casi tres horas en ese bar de la zona 5. Era un bar bastante pobre y, por lo tanto, sucio. Lo miré una vez más de reojo, para cerciorarme que aún seguía allí. Había llegado solo, hacía como media hora tal vez, y casi inmediatamente una de las mujeres del bar se le arrojó a los brazos; estaban celebrando no sé qué, junto con otros dos hombres que se les había unido.

Él era Abelino Castillo. Me llevó una semana dar con él, pero finalmente lo había logrado. Después de muchas entrevistas y sobornos, al fin tenía a uno de esos malditos a mi alcance. A los otros dos no los conocía, pero si se sentaban a beber con un hombre así, debían ser de su misma calaña. También merecían morir.

Me palpé debajo de la axila derecha con la mano izquierda. Sentí el peso de la escuadra y no pude evitar que se me dibujara una sonrisa.

—¿Qué te pasa? -me dijo la mujer que me acompañaba en la mesa.

—Nada -seguí sonriendo y le llené su vaso-. Recordé un viejo chiste, nada más.

—¿Te han dicho que eres algo raro?

No le contesté. Volví a ver a Castillo. Seguía celebrando con sus amigos. Tendría que actuar pronto, ya que no quería que fuera a emborracharse. Lo necesitaba completamente consciente de lo que le estaba pasando. Tomé un trago del vaso y le sonreí a la mujer; Jenny, me dijo que se llamaba. Por supuesto, no le creí. Y aunque no era tan corriente para estar en

un lugar como ése, sí lo era para llevar un nombre así. Por lo menos verdadero. Habíamos intercambiado apenas unas cuantas frases de cortesía y no pareció importarle mucho mi indiferencia, ya que estaba comprándole licor casi sin pausa, y ése era su trabajo: hacer que los clientes compraran licor. Yo, apenas si había tomado medio octavo de ron y muchas boquitas. Esperaba que me ayudara bastante, para darme el valor que necesitaba. Era martes y recordé cómo había llegado hasta ese momento, comenzando todo con una llamada el miércoles de la semana anterior.

Eran como las seis de la tarde y Carlos estaba del otro lado de la línea. Había concertado una cita con su “amigo”, el traficante de armas. Me había dicho que con 600 quetzales me conseguiría una muy buena y con suficientes municiones.

Pasé a las nueve y media de la noche por la casa de Carlos, con el dinero en un sobre café. Su casa era típica de la clase media, quizá media-baja; pero nunca parecía desear más. Se conformaba con lo que tenía. Al menos, esa impresión tenía yo de él. Tanto su padre como su madre trabajaban casi todo el día. Lo contrario del mío, que había sido muy afortunado con su primer negocio y uno tras otro la vida le había sonreído siempre. En realidad, no trabajaba tanto, pero sí producía fuentes de trabajo; incluso la madre de Carlos trabajaba para nosotros.

Estuvimos con el auto estacionado, durante casi una hora, detrás del diamante de béisbol Enrique Torrebiarte, antes de que el hombre apareciera. Aunque el lugar era bastante desolado a esas horas, tenía una iluminación más o menos aceptable. Se podía ver con claridad a 50 metros de distancia. Por fin llegó. Estacionó su auto, un *pick-up* blanco bastante viejo, como a diez metros de nosotros.

—Hacé la señal -me dijo Carlos, y me apresuré a encender las luces del auto dos veces rápidamente y otra más prolongada. Luego las apagué.

El hombre, quien le había dado las instrucciones a Carlos, encendió sus luces y bajó del auto. Pude ver que otro quedaba dentro, al volante. Como nos había indicado, bajamos ambos del auto llevando el sobre con nosotros. Dejamos las puertas abiertas. Era una noche bastante fría, pero no llevábamos nada encima de las playeras, por recomendación de Carlos. Nos encontramos a mitad de camino entre ambos autos. Cuando el hombre reconoció a Carlos, esbozó una amplia sonrisa.

—¿Qué tal vos? Tanto tiempo sin vernos... -le tendió la mano.

—Sí, hombre. Como dos años. Te presento a un amigo: Gerardo Molina -lo miré sorprendido, hubiera preferido no ser identificado. El hombre debió interpretar mi expresión.

—No hay pena Gerardo -nos estrechamos la mano-. Yo soy Andrés Gramajo -sonrió-; así estamos a mano.

—Mucho gusto -le dije tendiéndole el sobre con el dinero. No pesaba casi nada. Había cambiado en el banco los seis billetes de a cien que tenía en casa, por billetes de veinte, siguiendo las instrucciones. Sólo eran veinticuatro billetes nuevos.

Me miró sonriendo y lo tomó. Hizo una señal al del auto, y éste salió llevando una bolsa de papel. Llegó, se la entregó a Andrés y se retiró de nuevo sin decir palabra. Fue entonces cuando noté que nunca apagó el motor.

—Aquí está -me tendió la bolsa y la tomé-. Una preciosa escuadra de repetición “ex-propiedad” del gobierno de los Estados Unidos -y río. Lo miré sorprendido y añadió:- Es prácticamente irrastreable.

La saqué de la bolsa. Vi que había algo más adentro.

—Como regalo de la casa... -dijo bromeando- una finísima cartuchera de tórax.

La saqué. Era para zurdo, Carlos debió habérselo dicho. Sentía aún pesada la bolsa. Vi en su interior y en ella había dos cajitas que debían contener las balas.

—Bueno, gracias -le dije tendiéndole la mano. Me miró sorprendido y la retiré-. ¿Qué pasa?

—¿Sólo así? ¿No la revisas?

—Me parece que está bien -le dije titubeando.

—¿Sabés cómo usarla? -negué con la cabeza y rio- Espero que Carlos te enseñe. ¿Cuidado eh? -me alargó la mano, no se la tomé- ¿Qué pasa ahora?

—¿Sólo así? -traté de burlarme de él- ¿No va a contar el dinero?

—No hay necesidad. A mí podés traicionarme, pero a Carlos no. Sos su amigo, confía en vos, él es mi amigo; confío en vos.

Me había agradado. Me despedí pensando que quizá nunca lo volvería a ver. ¡Cómo me equivocaba! En el futuro haríamos muchos negocios juntos.

—Sigo pensando que estás actuando mal -me dijo Carlos, ya acercándonos a su casa. No le contesté-. Si yo estuviera en tu lugar, le dejaría todo a la policía.

—Tardarían mucho, y quizá ni siquiera los agarrarían.

—Ya sabés que siento mucho lo que pasó, pero te podés meter en inmensos problemas.

—No me importa.

—Pero a mí sí.

—Entonces, en vez de hablar así, deberías ayudarme.

—¿De veras querés ayuda? -me dijo después de unos segundos de reflexión.

—No -le dije sonriendo-. Es algo que debo hacer yo solo, y que quizá nunca podás comprender.

Guardamos silencio unos segundos. Carlos sacó la escuadra y después de examinarla dijo:

—Es buena, y fácil de usar.

—¿Cómo aprendiste? -le pregunté con verdadera curiosidad.

—Él me enseñó hace años. ¿Nunca te conté?

—No recuerdo. Tal vez sí y lo olvidé -ahora recuerdo que sí lo había hecho. Llegamos a su casa.

—Te comprendo -me dijo y lo miré extrañado-. Del porqué haces esto, y aunque no estoy seguro que sea lo mejor, contá conmigo.

—Gracias. Si para algo te necesito, te llamaré.

—Hacelo -me dijo.

Me fui sabiendo que nunca le pediría ayuda a nadie para algo como lo que debía hacer.

Al día siguiente, jueves salí a buscar la dirección que había tomado de la policía. La familia de Arnoldo Marroquín ya no vivía allí. Después de dar como cien quetzales en sobornos, conseguí el nombre de un amigo íntimo, quien a cambio de setenta quetzales me dijo que hacía tres meses lo había visto por última vez. Así que desistí de su búsqueda y me lancé tras el otro nombre. Pero hasta el día siguiente.

El viernes, hice lo mismo con Abelino Castillo; uno de sus vecinos, por doscientos quetzales, ya que se arriesgaba mucho -según él mismo dijo-, me dio la dirección de un enemigo del

maldito. Era todo lo que podía hacer “por esa pequeña cantidad”. Lo encontré, y por otros doscientos más, ya que era enemigo de Castillo, pero amigo de quien me había dado su dirección, me indicó el nombre de un bar de la zona 5, al que tarde o temprano iría, ya que tenía una novia trabajando allí.

Ese mismo viernes fui por la noche al bar, pero no entré. El sábado hice lo mismo y también el lunes. Decidí que era muy difícil encontrarlo en domingo allí, y, de todos modos, no sería capaz de matarlo en ese día, que con mi familia, compartíamos tan a menudo en la Iglesia.

No me había afeitado y ya lucía barba, no tan espesa, pero barba al fin.

Pero hoy, martes, estaba a sólo pocos metros de mí y de mis balas. Durante la semana llamé varias veces a Cecil, pero ella rechazó las llamadas. No había intentado verla. Recibí una llamada del teniente Escobedo para decirme que tenía una pista, y casi no pude resistir la tentación de contarle lo que estaba haciendo. Además, me sentía seguro de que estaba haciendo justicia. Si se lo decía, y lo agarraban, no me iban a dejar rastrear a los otros; y la policía no podría hacerlo como lo hacía yo: despilfarrando cientos de quetzales en pistas que quizá resultarían falsas. Afortunadamente para mí, aunque aún tenía en mi cuenta personal más de dos mil quetzales, esas pistas me habían llevado a él.

El sábado llamé a Claudia. Su padre me contestó y cuando me preguntó “de parte de quién” sólo le dije: de un amigo.

—¿Aló? -me dijo ella.

—¿Claudia? Habla Gerardo -guardó silencio unos segundos.

—Sí -dijo.

—¿Cómo estás?

—Bueno. Sí. Entonces mañana nos vemos. Bueno. Adiós. Y colgó.

Sin duda, sus padres la escuchaban y no quiso hablarme. Lo que más me había incentivado fue el sepelio de Glorita, el jueves por la mañana. En él, sólo conocía a su madre entre las quince o dieciséis personas que asistieron, todas adultas. El Padre dijo un sermón muy apropiado sobre ella, pero me fui de allí con la sensación de que se había quedado corto. Glorita había sido casi una santa y mi sed de venganza estaba haciéndose insoportable.

La estridente música no me permitía oír lo que esos hombres estaban diciendo, pero debían ser sólo patanadas, ya que se reían como tales. De pronto, Abelino Castillo tomó entre sus brazos a la mujer y la besó largamente en la boca, casi con violencia, mientras sus compañeros lo celebraban a carcajadas. La imagen de él encima de Cecil vino a mi mente, y casi automáticamente me puse de pie y me dirigí a su mesa. Me paré frente a él con los brazos cruzados para evitar que viera que ya sostenía el arma.

Soltó a la mujer y me miró sin reconocermé, obviamente.

—Deberías haberte conformado con esas putas -le grité.

Se puso de pie. Yo aumenté la presión del dedo sobre el gatillo de la pistola.

—¿Quién sos? -evidentemente estaba furioso. Los otros tipos permanecían sentados, viéndome como anticipando lo que iba a pasarme.

—Así que no me recuerda, ¿eh? Dígame, sólo por curiosidad, ¿a cuántas mujeres ha violado esta semana? ¿Dos? ¿Tres?

—¿Quién putas sos?

—Alguien que sólo quiere presentarle a alguien.

—¿Ah sí? -dijo sentándose, tranquilizado por mi declaración- ¿A quién?

—¡A Dios, hijo de la gran puta!

Disparé dos veces en su pecho en el preciso momento en que sacaba una escuadra de la cintura.

Comencé a oír gritos. Uno de los que estaban con él, a su izquierda, sacó un cuchillo de no sé dónde y se abalanzó contra mí. Lo mandé al suelo con una bala en el cuello. Quedó tendido con la mano en la herida. Apunté al otro, quien no se movió. Sonrió alzando los hombros.

—¿Quieres irse con sus amigos? -La gente huía del local.

El hombre negó con la cabeza sin poder hablar, sudando. Iba a dispararle, pero me arrepentí. Guardé la escuadra y me perdí en el tumulto.

El teléfono me despertó. Lo descolgué con dificultad y lo pequé a mi oreja. Me avisaban que eran las siete y media de la mañana; yo lo había pedido así.

Me levanté y sufrí un gran dolor de cabeza. Casi de inmediato recordé que había necesitado cuatro tabletas de *Nervessa* para poder dormir. Estaba demasiado excitado y sufrí pesadillas. Pero no me sentía angustiado ni arrepentido, sólo emocionado. Tenía deseos de comenzar otra investigación, pero no sabía por dónde. Además, decidí que era mejor esperar un poco para ver si me asociaban con la muerte de Castillo.

Caminé hasta la puerta con los ojos medio abiertos y recogí el periódico que estaba afuera. Lo abrí tratando de encontrar algo sobre lo de la noche anterior pero no había nada. Y era natural, había ocurrido muy tarde; tendría que esperar hasta la noche para leer alguna nota sobre lo ocurrido. Me entusiasmaba la idea de que le había dado su merecido.

Me dirigí al baño pensando que tenía que deshacerme de la escuadra, ya que podían rastrearla, pero ¿cómo? En las películas gringas podían rastrearlas, pero creo que solamente si las encontraban, así que, si me iba a deshacer de ella, más valía que lo pensara bien. La idea siguió dando vueltas en mi cabeza mucho tiempo.

Vi mi rostro en el espejo. Me había rasurado en la madrugada, al regresar. Mi cabello había crecido poco, pero ya era más de lo que estaba acostumbrado a usar; también en eso me había fijado ayer.

Seguí pensando qué hacer con la pistola mientras me duchaba. Cuando salí, había decidido no deshacerme de ella, pero aún no estaba muy seguro. Quizá debería esconderla, por si Escobedo sospechaba de mí. Él era muy suspicaz.

Almorcé abundantemente, en el hotel, y me di tiempo para bañarme en la piscina. Como a las tres de la tarde me arreglé y decidí que llevaría la pistola conmigo, ya que era poco probable que me rastrearán tan pronto. En fin, qué me importaba si me agarraban, no creía que ningún tribunal pudiera condenarme por matar a una basura como ésa.

Compré el periódico vespertino en el lobby del hotel y lo leí con interés. Sólo decía más o menos: “anoche, a altas horas, en el bar Concepción, de la 22 Calle de la zona 5, un hombre murió y otro más resultó herido en una balacera protagonizada por desconocidos que se dieron a la fuga. El muerto fue identificado como Abelino Castillo, a quien la policía buscaba por múltiples delitos, y el herido como Rocael Figueroa, conocido traficante de drogas con un kilométrico expediente, que también tiene cuentas pendientes con la justicia. A ambos se les incautó marihuana y armas que estaban siendo rastreadas por las autoridades, a fin de resolver hechos delictivos”. Era todo lo que decía. Ni siquiera se daba a entender que habían sido asesinados. Me tranquilicé. Un poco.

Abordé el *Mercedes Benz*; había decidido no devolvérselo a mi papá. Que se comprara otro si quería. Al fin y al cabo, él tenía recursos suficientes. Me dirigí, muy contento, hacia la ciudad capital.

Sin embargo, mi alegría desapareció a medida que me acercaba al hotel donde estaban Cecil y mamá. Cuando llegué, estaba demasiado nervioso. Llevaba una chaqueta gruesa, sin mangas. Me sentía confortable con la escuadra en contacto con mi cuerpo. Antes de subir, decidí que necesitaba una cerveza y me dirigí al bar del hotel. Me senté frente a la barra y ordené *whisky*. Ordené otro antes de tener el valor de subir. No portaba efectivo, así que pagué con una tarjeta de crédito, adicional a la que mi padre usaba. En el lobby me detuve en una tiendecita y compré unas pastillas que, sabía, desaparecían el olor a licor. Subí.

Toqué de primero en el cuarto de mamá. No estaba. Me dirigí al cuarto de Cecil. Tampoco me abrió. Salí del hotel y me dirigí hacia el lago de Amatitlán. Llegué hasta el pueblo y, antes de alquilar una lancha, entré en una abarrotería. Allí compré dos pliegos de papel aluminio. Luego fui al carro, metí la pistola y las balas en un bulto, no sin antes limpiarla perfectamente. Arrojé el paquete en medio lago. ¡Estaba a salvo!

Siguiendo otro impulso, fui a casa de Carlos. Me detuve frente a ella y toqué la bocina varias veces antes que saliera.

—¿Qué tal estás? -me preguntó sin ninguna emoción. No podía sentirla después de lo que sabía.

—Bien... mirá, necesito otra pistola. Pero ahora no una tan pesada como aquella prefiero...

—¿Qué pasó con la otra? -me interrumpió preocupado.

—Nada... Sólo que se me cayó en medio del lago -reí, pero él no.

—¿La usaste?

—Por supuesto ¿creías que era sólo para cargarla de adorno?

—¿Mataste a alguien? -me preguntó asustado.

Comprendí que sería mejor que no lo supiera.

—Casi -mentí-. Pero se salvó.

—¿Y vas a rematarlo?

—¿No. Sólo la quiero para andar seguro. No voy a permitir que me vuelva a pasar algo similar. Jamás. Él pareció creermelo. Asintió y me dijo que, cuando la tuviera, me avisaría.

Una vez más me dirigí al Hotel Ramada. Me hospedé de nuevo y dormí una siesta. Me desperté al sufrir pesadillas. Iba a tomar más somnífero, cuando decidí que ya no tenía ganas de dormir y, que al fin y al cabo, sufriría esas pesadillas otra vez. Así que me puse a ver una película y entonces tuve un impulso: buscar a Tony Linares.

Busqué su número en la guía telefónica pero no estaba. Decidí que trataría de dar con él, igual que cómo había dado con Castillo.

Me dirigí al primer bar que encontré. Teniendo cuidado de no entrar al de aquella noche que lo conocí. Me dirigí a la barra; era el mejor lugar si se deseaba entablar conversación con alguien.

—Buenas noches -dije a uno que me pareció buena persona; eran como las ocho de la noche y el bar estaba poco concurrido.

Él sólo asintió con la cabeza, medio sonriendo.

—¿Me deja invitarle a una copa? -dije amablemente.

—Claro... -sonrió ampliamente.

Yo cargaba doscientos quetzales que había sacado del banco y los llevaba divididos en mis bolsillos, en grupos de cincuenta, de billetes de a diez. En ese entonces, eso era mucho dinero; hubiera alcanzado para cuatro meses de colegiatura en mi colegio.

—Me llamo Gerardo -dije tendiéndole la mano.

—Carlos Arellano -me la estrechó-. No te había visto por aquí antes.

—Soy de la capital, vine a buscar diversión.

—Pues aquí, mujeres no hay -y seriamente añadió:- Y yo no soy homosexual.

Reí y, después de unos segundos, él también.

—No esa clase de diversión.

—Ah... ¿entonces?

—Cantinero -dije llamándole la atención-. Una cerveza para mí y otra copa de lo que está tomando el caballero.

—Gracias. ¿Entonces? -insistió.

—Quiero decir que me gustaría ganar unos centavos. Usted sabe... -hice un gesto con las manos, como repartiendo naipes- Póker, veintiuno. De esos no se encuentran en la capital...

—¿Ah no? Yo te podría dar un par de direcciones, de allá.

—Bueno. La verdad es que tenía que venir a La Antigua y decidí salir. ¿comprende?

Nos sirvieron nuestras bebidas. Tomé unos buenos tragos de cerveza.

—¿No sabe dónde podría yo...

—Tal vez... Depende de cuánto tengas en mente apostar,

por no decir perder -trataba de convencerme de no jugar.

—No creo que pierda. Tengo mucha suerte.

—Muchas veces la suerte no cuenta. Hay gente que hace trampa, hijo- ¿Hijo? Debería tener unos siete años más que yo y ya se sentía muy sabio. Sonreí.

—Tal vez, pero hay gente que nace para eso.

—Puede ser; yo he pescado a varios haciendo trampa. Yo mismo la he hecho -rio y yo también, por cortesía.

—Entonces... ¿podría llevarme?

—Claro. ¿De cuánta plata dispones? -me pareció raro.

—Antonio Linares -dije-. Me aconsejaron que preguntara por Antonio Linares.

—¿Tony? Vaya, con ese nadie gana. ¿No te dijeron lo bueno que es?

—No. Pero no me importa. Confío en mí mismo.

—Bueno. Permíteme -se dirigió a una pareja que estaba en otra mesa y después de unos minutos regresó.

—Ya lo tengo. Ese Tony cambia de direcciones cada poco, por seguridad, aunque conoce a muchos policías; incluso algunos de ellos juegan con él. Y las veces que lo han atrapado, ha salido casi de inmediato. No conozco a nadie que haya ganado demasiado después de una velada con él.

—Debe tener suerte -dije como retándolo.

—Puede ser. Y aunque muchos dicen que hace trampa, jamás nadie lo ha pescado. Puede ser...

—¿Y la dirección? -dije, tratando ya de deshacerme de él.

—Pues... -vaciló.

—Está bien... ¿Cuánto quiere?

—No sé. Lo que creas conveniente.

—¿Diez? -inclinó la cabeza- Bien, veinte; es todo.

—De acuerdo. ¿Nos vamos?

—¡Nos vamos! -le entregué dos billetes de a diez y dejé otro en la barra.

CAPÍTULO II

MI CAÍDA

Llegamos en cosa de cinco minutos. El vecindario estaba prácticamente en la falda del Cerro de La Cruz. El tipo pareció molestarse cuando vio que yo cargaba un *Mercedes*, y estuvo haciendo comentarios durante todo el camino, como dándome a entender que le había dado muy poco. Quizá.

—Es ésa casa, la de la bulla. Solamente diles que buscas a Tony y entrarás sin problemas.

—Bien, gracias -le dije-. Pero no bajó.

Saqué otro billete y se lo di.

—Gracias -se alejó sonriendo.

Cerré el auto y me dirigí a la casa. No parecía casa antigüeña, de estilo colonial, sino más bien una de tantas que hay en la ciudad capital. Vi varios autos aparcados en la calle y de la casa escapaba un rumor de risas. Legué a la entrada y vi a muchas personas de pie, con bebidas en las manos. La casa estaba poco amueblada.

—Buenas noches -le dije a un individuo que estaba junto a la entrada. Tenía aspecto humilde, pensé que era un guardia.

—Busco a Tony -insistí al no obtener respuesta.

Hizo un gesto con la mano, señalando al fondo, lo cual me molestó; siguiendo la dirección de su índice me abrí paso entre unos veinte hombres que casi ni se percataron de mi presencia. Legué al fondo y vi que había una puerta abierta, que daba a una especie de sótano. Deduje que el juego era abajo y los que querían descansar, subían. Y en efecto, así era. Sin pensarlo dos veces, comencé a descender las angostas gradas de cemento, que daban un giro de ochenta grados y se abrían hacia un sótano exactamente debajo del salón donde los hombres bebían, en el

primer nivel.

Reconocí de inmediato a Tony. Estaba sentado, dándome la espalda, ante una mesa con ocho hombres que también estaban sentados, apostando. Había otra mesa con personas que jugaban póker.

Decidí echar un vistazo, antes de hablar o jugar en la mesa de Tony. Debieron haber sido más o menos las nueve de la noche.

Calculé que había unas veinticinco personas, incluyendo aquellas que sólo se dedicaban a ver, fumar o a beber. De vez en cuando alguien bajaba o subía, quizás con el fin de desahogarse un poco del pesado ambiente.

En otra mesa, dos hombres, uno de ellos armado, cambiaban dinero por monedas plásticas para jugar. Las mesas estaban regularmente iluminadas, pero había poca ventilación.

Como a las nueve y treinta decidí unirme al grupo de Tony -de veintiuno-, ya que habían quedado un par de lugares desocupados. Para ello, me dirigí primero al “banco” y cambié doscientos quetzales. Nadie había cambiado tanto.

—Buenas noches, ¿puedo unirme al grupo?

Tony me miró sorprendido.

—Claro, muchacho. Me alegra verte. Pensé que aún no habías salido -ambos reímos. Me señaló uno de los bancos vacíos y me senté.

—Gracias -dije. No noté ninguna reacción en los demás jugadores.

—El mínimo es cinco y el tope cien -me dijo Tony; no me pareció mucho, ya que iba preparado.

Puse una moneda de diez quetzales frente a mí, y Tony me repartió mis cartas, al igual que a los otros seis que jugaban. Yo

era el que recibía primero. Tony me había dado la primera cerrada y la segunda abierta. La cerrada era un diez y otro diez abierto. Tony tenía 10, también abierto. No pedí más. Después que todos jugaron, Tony abrió su otra carta, era un ocho; yo había ganado. Recibí otra ficha de diez. Decidí dejar ambas. Me llegó un Diez... y una Reina. No podía creerlo, Tony tenía un Nueve. Decidí pasar, claro. Al final, Tony abrió su otra carta, un tres, pidió otra y le llegó un Rey: volví a ganar.

Jugué casi dos horas sin darme cuenta; podía ver fácilmente que había ganado no menos de trescientos quetzales.

—Tienes mucha suerte, muchacho -dijo Tony.

—Sí -dijo la voz de alguien que me dio una palmada en la espalda.

—Gracias. Sí. Yo también pienso que es mucha suerte.

Tony volvió a dar cartas de un recipiente especial con una entrada por arriba y una debajo. Tony tenía varios mazos juntos, que unía después de doce o quince manos. Los separaba y los revolvía de manera que todos participáramos escogiendo uno de los volcancitos que él mismo separaba, y escogiendo el orden en que entrarían al recipiente, en donde los ponía boca abajo, lo tapaba y así solamente podría salir una carta a la vez y siempre sería la de arriba. Empezó de nuevo.

Me llegó un Diez y un Ocho. Decidí pasar, aunque Tony tenía un Diez a la vista. Al final abrió su carta: otro diez, había perdido. La siguiente tuve un Seis, un Tres y un Nueve. Tony tenía 21. Había perdido otra vez.

Evidentemente, yo era el único de la mesa con un balance positivo, y recordé las palabras del hombre del bar: “no conozco a nadie que le haya ganado después de una velada”, y pensé que si salía como iba, posiblemente impresionaría a Tony.

Jugué hasta la una menos cuarto, cuando, totalmente

decepcionado, con apenas cuarenta quetzales en fichas, me retiré a tomar un descanso. Me serví, arriba un buen trago de *whisky* y pronto estaba de regreso en el sótano.

Me paré detrás de Tony. En verdad sabía en qué momento pasar y cuándo pedir otra. Debía estudiar, pensé, los rostros de los contrincantes. Traté de hacer eso. Así que cuando Tony volvió a repartirles cartas a todos, me fijé en el primero. Tenía un siete visto, y en el momento en que miró la cerrada, borró la expresión de su rostro, pero se pasó la lengua sobre el labio superior. Pensé que quizás tenía un diez o un nueve. Pasó. Tenía un seis y Tony lo sospechó porque decidió pagarle al dieciocho.

La siguiente mano, apostando fuerte, tuvo un Diez y volvió a hacer el movimiento de la lengua. Cuando terminó la mano perdió, pero tenía menos de siete.

Me pregunté si Tony haría algo parecido. Me coloqué del otro lado de la mesa y estuve observándolo detenidamente, durante unos veinte o treinta minutos.

Al fin Tony levantó la vista y me vio. Después de unos segundos, sonrió. Evidentemente se daba cuenta de lo que yo pretendía y también se dio cuenta de mi fracaso. Tony sonreía, lo mismo si tenía un Dos o un As. Me pareció que ésa era la base del éxito tan rotundo que tenía. Increíble.

Decidí ir a probar suerte en la mesa de póker. Me senté con un lote de cien quetzales enfrente y comencé a jugar.

—Bien, muchachos -dijo Tony-, es todo por hoy. Nos veremos mañana de nuevo. ¿Les parece?

Miré mi reloj: eran las dos y cuarto de la mañana. Miré mis fichas con orgullo, calculaba haber recuperado lo que perdí en la mesa de veintiuno. Todos los que aún quedaban se dirigieron a cambiar. Yo comencé a ordenar las mías; después de unos instantes había contado trescientos sesenta quetzales. Casi salí

“tablas” en la noche, contando las bebidas y demás gastos.

—Veo que no te fue mal -me dijo desde atrás, mientras me ponía la mano en el hombro.

—Tony... casi me despellejas en el veintiuno.

—Eres bueno, muchacho; tuvimos un duelo allá, pero me alegra que no hayas perdido. Por lo general no permito que eso suceda la primera noche, aunque sé que no eres nuevo en esto... ¿o me equivoco?

—No. Juego bastante con mis amigos...

—Has aprendido. Podrías llegar a vivir de esto. Ve a cambiar tus fichas, hijo. Nos vamos.

Ya afuera, Tony despidió a sus amigos después de presentármelos y me preguntó si le podía dar un aventón. Sus muchachos se llevaron la Volkswagen, que era de Tony, y se marcharon. Tony y yo abordamos el auto. Antes, habían contado el dinero: cinco mil cuatrocientos ochenta quetzales.

—¿Cómo cuánto les queda de ganancia? -pregunté.

—Como tres mil quinientos -dijo sin vacilaciones. Dejó ir un chiflido.

—No está mal.

—Deberías ver los viernes. Una vez, para diciembre, ganamos casi diez mil en una sola noche.

—Muchas familias debieron pasar apuros...

—Agarrá para el banco por favor. Voy a hacer un depósito nocturno.

Iba muy bien preparado y como quien cumple una rutina, depositó todo el dinero.

—Eres rico, ¿eh? -él encogió los hombros.

—Veo que a ti no te va mal... -dijo dándole una palmada al tablero del Mercedes, encogí los hombros-. ¿Cómo va el asunto de tu familia... Gerardo?

—No sé aún... lo veo difícil. A todos nos ha afectado muchísimo. Mi hermana...

—La deberían llevar con un psicólogo. Me dijeron que eso puede ayudar, a veces -la idea me pareció buena.

—No lo había pensado... voy a proponérselo a mamá.

—Y ella, ¿qué tal está?

—Más o menos. Creo que lo superará.

—¿Y tu padre?

—No sé. Se marchó y no dijo a dónde.

—Lo siento...

—¿A dónde vamos ahora?

—¿En dónde estás viviendo?

—En el Ramada. Mi familia tiene acciones.

—Oh... -dijo impresionado.

—Sí. Creo que se puede decir que somos ricos...

—¿Y qué pasó con tu colegio?

—No sé. No le he pensado. Creo que no podré...

—Pensalo bien, hijo. No te vayás a arrepentir.

—Sí -le di la razón-. A lo mejor hasta podría dedicarme a administrar alguna empresa de mi papá.

—Supongo que no me buscaste sólo para jugar, ¿verdad?

—Sí. Quería probar mi suerte. ¿Por qué piensa que no?

—No sé. Te mirás bastante decaído, aunque sonrías; tenés

ojos muy tristes.

—¿De qué habla?

—Pues... como la última vez te interesaste un poco en lo de la cocaína... yo creí que...

—No. No creo que me gustaría llegar a volverme adicto.

—No tenés por qué serlo. Ya te lo dije. Solamente la tomás cuando estés decaído... Y creo que ahora la necesitás. Por lo menos durante algún tiempo.

—No sé. La verdad es que no creo que alguien que prueba una droga la pueda dejar como si nada...

—Es lo mismo que las mujeres. No te vas a morir si dejás de usarlas... -me molestó esa palabra- Y, sin embargo, volvés y volvés. Y creeme: al final van saliendo igual de caras que la coca.

—Pues... quizá una vez, sólo para probar...

—Así me gusta muchacho, no hay que tenerle miedo a nada en esta vida. Y hay que probar de todo. No dejés que te lo cuenten, cerciorate. Te voy a dar unos gramos para ver cómo reaccionas...

Llegamos a una calle de la misma colonia en la que habíamos estado jugando. Pude distinguir, a la distancia, el panel Volkswagen en que se habían ido sus socios. A excepción del alumbrado público, bastante deficiente, por cierto, no había ninguna otra fuente de luz. Aparqué el auto detrás de la panel y Tony bajó rápidamente.

—Aquí es -me dijo señalando la casa frente a la que estábamos-. Ellos viven en la vecindad.

—Ah -dije por decir algo.

Bajé también y lo seguí al interior de la casa. Encendió un

par de luces y me dijo que lo esperara en la sala, mientras se perdía por un estrecho corredor.

Aunque Tony me había dado confianza, aún me sentía nervioso y no sabía si iba a ser un gran error el probar esa droga, pero poco me importaba.

En menos de un minuto regresó con una caja de madera, de unos treinta centímetros de lado por diez de alto. Se sentó en un sillón y yo a su derecha. Sacó una pequeña llave de su bolsillo y abrió la caja. Levantó la tapa y pude ver el interior. Había varias bolsitas de plástico, con un polvo blanco y unas cucharillas doradas y plateadas muy pequeñas. También unas como pajillas y, debajo de las bolsas, cuando Tony las retiró, pude ver una especie de cajetilla de fósforo de metal, dorada, de unos 4 cm. Tony la tomó y la abrió como si fueran fósforos, ¡en realidad era cocaína!

—Bien muchacho. Llegó el momento. Primero mírame.

Tomó coca con una de las cucharillas y se la llevó las ventanillas de la nariz. Aspiró. Tuvo un estremecimiento que lo obligó a cerrar los ojos. Luego sonrió y repitió la operación con la otra narina. Suspiró hondo. Se le miraba tan bien entonces, que, pensé, era imposible que sentirse así fuera malo.

Me tendió la cajetilla y la cucharilla, sin abrir los ojos ni dejar de sonreír. Yo las tomé y me quedé viéndolo. El debió haber sentido mi mirada porque abrió los ojos y rió.

—¿Qué esperas? -Miré lo que tenía en las manos- Sólo de un lado, ¿eh?

Repetí exactamente los pasos que él hizo, pero me detuve con la cucharilla frente a la narina derecha.

—Aspirá con fuerza -me dijo.

Saqué todo el aire por la boca y, después de un par de segundos, aspiré profundamente.

En el primer instante experimenté un cosquilleo en la nariz, pero, casi inmediatamente, sentí cómo si el cerebro me hubiera estallado sin dolor. Fue en realidad una sensación agradable. Y de pronto me encontré respirando profundamente. No podía evitar el deseo de sonreír. Me sentía lleno de energías, como si acabara de recibir energía para un año y no hubiese nada en el mundo que no fuese capaz de hacer.

Me puse de pie. Me sentía extrañamente despejado y sobrio, a pesar de todos los tragos que había tomado. Aparte de sentir comezón en la nariz, estaba estupendamente. No me había sentido así desde hacía mucho tiempo. Traté de recordar. Sí. Quizá era la misma sensación que sentía después de anotar un gol. O al besar a una chica.

—Probá un poco con la lengua -me dijo Tony.

Me humedecí el dedo y lo posé ligeramente en la cajetilla. Lo acerqué, totalmente confiado, hacia mi boca. Toqué la punta de mi lengua. Tenía un sabor ligeramente salado y me dejó una sensación de hormigueo.

—Es de primera -añadió.

—¿Ah sí?

—En efecto. Mirá este sobrecito -tomó una de las bolsitas de la caja-. Calculá su valor.

Me lo tiró. Lo tomé en el aire. Puse la cajetilla y la cucharilla junto a la caja y pulseé. Debería tener unos cinco centímetros por tres, tal vez, y, si mucho, unos ocho milímetros de espesor.

—¿Cuarenta quetzales? -calculé. Se echó a reír.

—Cuarenta quetzales... -dijo aún riendo- Ah, muchacho.

Contigo no se podría hacer negocio. Ese paquetío que tenés ahí no vale menos de dos grandes.

—¿Doscientos? -dije realmente sorprendido- ¿Y como cuánto dura uno de éstos?

—Depende... depende. Por ejemplo, a mí, bien podría durarme un mes, pero regalo muchas *esnifadas*. Por lo general, abro tres de esos en un mes.

—Guau... -calculé.

—Antes los llevaba a las partidas, pero hubo un tiempo en que casi no obtenía ganancias -hizo una pausa-. Esos tipos que te presenté -dijo señalando a la vecindad-, se bajan, fácil, tres de estas al mes... por cabeza. Por eso es que tienen que compartir una casa; no pueden pagar una cada uno. En cambio, ya me ves a mí, no sólo tengo una casa... muy bonita, sino que es propia. Y deberías ver adentro. En mi cuarto tengo videograbadora, equipo de sonido, accesorios y muchas cosas caras. Además, cada noche hay una mujer linda esperándome. ¿Qué te parece?

—Interesante... -impresionante era la palabra.

—Dime, muchacho: ¿no te gustaría vivir así?

Encogí los hombros, en realidad no lo sabía. Aunque un mes atrás hubiera dicho que no, sin vacilar. El sexo fuera del matrimonio, el juego y la droga siempre me habían producido repulsión. Pero parece que desde el momento en que Dios permitió que mi familia atravesara ese infierno, todos mis criterios habían cambiado. Era injusto. Según yo, la violación se equipara con el asesinato.

—Pues... he estado pensando en poner una mesa de dados. Ya muchos me lo han pedido y creo que con tres mesas podríamos ganar bastante. ¿Qué te parece?

—Yo de dados, no sé nada.

—No. Los dados los tomaría yo. Pero si tú te encargaras del veintiuno, y no dudo que lo harías bien, pues te podrías echar no menos de mil al mes. Y además, te divertirías -me estaba tentando.

—Pues, no sé... Siempre me ha costado el desvelo. Y estar despierto a estas horas, no sé si podría soportarlo mucho tiempo.

—No hay problema, una esnifada de coca, antes de empezar, te tendrá despierto por horas... y estarás muy vivo, además.

Estuvo convenciéndome como quince minutos. Yo le ponía toda clase de pretextos, como que qué iban a decir sus socios, que mi familia, que la policía... pero a todo contestaba con un “no hay problema”. Y a continuación me daba una explicación irrefutable.

No tenía nada que objetar, y la verdad es que ya me había decidido, pero...

—No sé. La verdad es que, si mi familia vuelve a casa, yo debería volver con ellas. Ahora mi padre no está y necesitarán a un hombre que las cuide.

—Pues no hay problema, en cuanto quieras hacerlo, te vas y ya. Siempre podré encontrar a alguien más. Sabrás que mil mensuales, por lo menos... -dijo con énfasis- No es algo que haya que pensarlo mucho.

—Pues, aun así, es una vida de mucho riesgo y...

—Siempre podrás estar libre al día siguiente, si sabes muy bien qué pitas mover. Y yo lo sé.

—Antes me gustaría saber cómo anda mi hermana. Si está mejor, tal vez acepte, pero si veo que necesita mi ayuda, yo debo estar con ella.

—Está bien, muchacho. Pero no puedo esperarte mucho.

Tenés qué decidirte inmediatamente.

Miré a la calle. Pronto amanecería. Serían tal vez las cinco menos cuarto de la mañana.

—Hoy mismo quiero ir a verlas, y por la noche le doy una respuesta definitiva. Puedo anticiparle que hay un ochenta por ciento de seguridad de que diga *sí*. Espero que una semana le haya hecho mucho bien a Cecil.

—Eso espero muchacho. Creeme que sí, por el bien de tu familia. Me simpatizas.

—Pues, gracias -le di la mano y el sobre que aún tenía en mi poder.

—No -dijo-. Es un regalo.

—Pero es muy cara...

—Por favor, ya me pagarás algún día.

—La verdad -dije sinceramente-, es que no estoy seguro de volver a necesitarla.

—La necesitarás -me dijo muy seguro-. La necesitarás.

Horas más tarde, me dirigía a Guatemala para hablar con Cecil. Debían ser como las siete de la mañana apenas, pero efectivamente, la cocaína quitaba el sueño. El efecto iba pasando rápidamente y, a medida que me acercaba al hotel, me iba sintiendo más y más deprimido. Tuve un mal presentimiento.

Subí al piso y toqué la puerta de mi hermana. Ella la abrió inmediatamente. Estaba vestida con una camiseta de *Los Dodgers* y un pantalón vaquero bastante desteñido. Me pareció un buen presagio.

—Sabía que eras tú -me dijo-. Siempre tocás igual.

Traté de recordar cómo lo había hecho, pero no pude, no me importó. Era evidente que tenía buen humor. Casi sonreí, pero percibí un olor extraño desde el interior.

—¿Qué estás cocinando? -le pregunté, en son de burla.

—Qué bueno que estás aquí —me dijo haciéndose a un lado para que yo pudiera pasar.

—Yo me alegro, también.

Entré y cerré la puerta detrás de mí. De pronto me sobresalté al notar que no estaba sola. Dos mujeres jóvenes y dos hombres adultos estaban sentados en la sala, fumando lo que obviamente no eran simples cigarrillos.

Giré enfrentando a mi hermana y la interrogué con un gesto. Ella se echó a reír.

—¿Qué está pasando aquí? —le dije implorando.

Ella pasó junto a mí y, sin poder dejar de reír, se tumbó junto a uno de los hombres, quien inmediatamente le tendió el porro del que estaba inhalando.

—Cecil...

—Callate, Gerardo. Sentate y probá esto. No vas a creer lo bueno que es.

Iracundo, mientras lanzaba una mirada de odio a los otros presentes, me acerqué a ella y la levanté bruscamente tomándole de la muñeca.

—¿Qué estás haciendo? —le dije.

Instantáneamente, un manto de seriedad oscureció su rostro.

—¿Qué parece que estoy haciendo? Estoy divirtiéndome. ¿Algún problema con eso?

—¡Estás fumando marihuana...!

—¿Y qué?

—¡Cecil!

Acercó el humeante objeto a mi boca.

—Dale, probá. Profundamente...

Me alejé escandalizado, soltando su brazo.

—Vámonos de aquí —le dije mientras intenté sujetarla de nuevo.

Ella esquivó fácilmente mi mano y dio un paso hacia atrás, trastrabillando mientras empezaba de nuevo a reír. Esta vez, las otras personas también lo hicieron. Me enfurecí. Iba a insistirle, pero mi hermana me habló sumamente molesta.

—Si no querés, no lo hagás. Pero no te metás en mi vida. Dejame vivir como yo quiera. Y si no estás a gusto, pues lárgate de aquí.

Dicho esto, paso junto a mí nuevamente, dirigiéndose a la entrada. Abrió la puerta y la sostuvo así hasta que me vio salir caminando, incrédulo. Volteé hacia ella y sólo permanecí allí, de pie; viéndola, sin poder expresar otro argumento. Deseo despertar de esa nueva pesadilla; no podía ser realidad, así no era mi hermana.

No sé cuánto tiempo transcurrió, pero me cerró la puerta en la cara. Salí caminando en dirección al ascensor, sin poder dar crédito a lo que acababa de presenciar.

CAPÍTULO III

LA GOTA QUE DERRAMO DEL VASO: MAS ABAJO

Había regresado al hotel casi en media hora. Conduje una vez más, a excesivas velocidades. No me hubiera importado embarrancarme. Realmente lo deseaba, pero no tuve el valor necesario para desafiar a Dios, dando un giro al volante para irme en un barranco; sabía que ése pecado, Dios no me lo perdonaría nunca. Pero más que eso, lo que me permitió seguir fue Cecil. Yo no podía permitir que ella viviera así. Tenía que cambiarla; no sabía de qué manera, pero tenía que ayudarla.

Me recosté en la cama y así permanecí, por espacio de varias horas. No quise tocar la cocaína, aunque la tenía a mi lado, a pesar de que sabía que la coca haría insignificante el acontecimiento que acababa de vivir. Y no lo quería ver así. Lo quería ver tal como era: mi hermana estaba drogándose. Me estremecí una vez más.

Hubiera querido no tener que pensar en ello, pero sabía que debía hacerlo. Debería haber alguna explicación y, una y otra vez, me contestaba que era el resultado de un trauma causado por... por aquello. Tenía que matarlos. No había otra alternativa. Sabía que no ayudaría a Cecil, pero me ayudaría a mí. Al final de cuentas: ¿tenían derecho a vivir esos desgraciados?

Tomé el teléfono para llamar a Carlos. Necesitaba otra arma inmediatamente. Me arrepentí por haberme desecho de la otra. Ni siquiera había vuelto a ver al teniente. Marqué y esperé contestación. No la hubo. Miré la hora. Eran más de las tres. Me sorprendí de haber pasado tanto tiempo sin hacer nada. Pero luego recapacité: no, claro que había hecho algo. Había decidido matar a esos malditos. Uno por uno. Y no lo iba a hacer como lo de Castillo. Lo haría lentamente. Que supieran porqué estaban muriendo. Éso era, la escena empezaba a tomar

forma en mi mente: los inmovilizaría, les rebanaría el pene, lo cocinaría frente a ellos y verían cómo alimentaba con eso a unos perros callejeros. Cerré los ojos sonriendo. Tenía frente a mí al más joven. El mismo que había dicho “a tu hermanita le gusta que se la mamen...” Sin duda por eso, Cecil reaccionaba así... Estábamos en un desierto. No. En la sala de la casa. Estábamos solos los dos. Yo le decía por qué estaba haciendo eso y le disparaba en una pierna. Le hablaba y le disparaba en la otra. Le decía algo y le disparaba en el estómago. Él no podría moverse. Lo había crucificado en el piso. Se agitaba de dolor. Un disparo en un brazo. Le apuntaba a los testículos y... y de repente toda la escena desapareció. Me encontraba en el cuarto y el teléfono estaba sonando. Lo descolgué.

—Aló.

Oí una respiración agitada. Luego unos sollozos y un *click*. Había colgado.

Sabía que era Cecil. Sabía que había llamado para pedirme perdón. ¿Y yo la perdonaría? Claro. Le rogaría que olvidáramos todo. Tomé el teléfono y llamé al hotel donde se hospedaban.

—Buenas noches... -no oí el resto. Me había despegado el auricular para mirar la hora: 18:30. Me asusté. Algo me estaba pasando a mí también.

—Buenas noches -dije al fin-. Podría comunicarme con... -en el último instante cambié de idea- Con la habitación de la Señora de Molina.

Decidí que debía hablar antes con mi mamá. No le contaría lo que pasó, pero tenía que hablarle.

—¿Aló? -era la voz de mamá.

—Mamá. Soy yo...

—¿Qué tal Gerardo? ¿Qué te has hecho? No te he visto en más de...

—He estado ocupado -le interrumpí impaciente.

—¿Estudiando?

—¡Mamá...! -cambié el tema- Te llamaba para preguntarte cómo estás.

—Pues... más o menos. La que me preocupa es Cecil. Casi no come nada y no quiere regresar a la casa, así que he pensado que deberíamos venderla... sería mejor.

—Sí, tal vez. Pero primero tiene que verla otra vez.

—¿No sería eso peor?

—No. Creo que lo malo sería huirle. Hacer como si nada hubiera pasado. La casa no tiene la culpa. Pasamos buenos momentos en ella y creo que ayudaría...

—Tal vez... yo ya he ido.

—¿Ah sí?

—Sí. Ya más o menos la arreglé. ¿Supiste lo de Glorita, verdad?

—Sí. Fui al entierro -la tranquilicé.

—Me alegro. No me hubiera gustado que se fuera solita.

Recordé lo que pensaba del suicidio.

—¿Por qué habrá hecho algo así? -le pregunté- Quiero decir... ¿por qué le habrá afectado tanto?

—Gerardo... -suspiró profundamente- Esto jamás se lo dijo a muchos, pero... a ella le hubiera gustado ser monja, ¿sabés? Siempre fue tan buena. Debido a ciertas situaciones, la rechazaron de un convento. Desde ese día juró entregarle su vida a Dios, dedicándose a educar a dos niños en el camino del

Señor... A ustedes -oí que sollozaba.

Tragué saliva dificultosamente y apreté los puños. Tenía que matarlos.

—Espero que Dios la tenga en su reino -dijo, y yo así lo deseé también.

—Mamá, yo creo que sería bueno que Cecil mirara a un Psicólogo. La visité y me da miedo cómo habla. Parece que no fuera ella. Parece... otra persona.

—¿Verdad que sí? Yo ya me estaba dando cuenta. Pero cuando su amiga comenzó a visitarla, pensé que no tardaría mucho en volver a ser la misma.

Vaya amiga, pensé.

—¿Mamá, has visto a mi papá? -Vi la hora, recordé que tenía que darle una respuesta a Tony.

—Sí. Bueno, no. Me llamó anoche y estuvimos hablando... Gerardo, por favor, quiero que lo tomés como todo un hombre...

Esperaba lo peor. No necesitaba seguir oyendo para saber lo que venía.

—¿De qué estás hablando? -dije mecánicamente.

—Gerardo, tu padre y yo, pues... pues hemos decidido que lo mejor para todos es... es...

—¿Qué? -casi grité.

—En separarnos. Vamos a comenzar los trámites.

—Mamá. Ustedes no pueden hacer eso. Sólo porque esos hijos de puta son... unos desgraciados. Ustedes no tienen porqué arruinar su matrimonio. Deben de... deben de ver a un Psicólogo. Eso es. Todos debemos verlo -casi soltaba a llorar; la garganta me ardía.

—¿Estás bien?

—Mamá, pero...

—Oíme, Gerardo, yo jamás podría volver a verlo. Jamás podría volver a vivir con él, ni él conmigo... no sin recordar todo. Estoy segura. Y el pobre... se siente tan culpable. Tan...

—Esperame un segundo -dije y solté el teléfono.

Abrí la bolsita de coca, regué un poco en la mesita del teléfono, la junté y la eché en la palma de mi mano izquierda; la llevé a mi nariz y aspiré profundamente, varias veces, hasta que estuve seguro que no quedaba nada en mi mano. Algo explotó dentro de mi cabeza.

Me sentí extrañamente despejado. Tomé de nuevo el teléfono.

—¿Mama? -dije. Ya no me ardía la garganta.

—¿Gerardo, estás bien?

—¿Ya hablaste con Cecil?

—No. No de esto.

—Haceme un favor, ¿le vas a buscar ayuda?

—Voy a hablar con el Padre Muñoz... tal vez él...

—Un Psicólogo -grité-. Éso es lo que necesita.

—Ya veremos...

—Bueno, de todos modos, quiero que no le digás nada de esto hasta que esté mejor, ¿oíste? -casi le volví a gritar, exigiéndole.

—Gerardo... yo...

—No lo hagás. Te volveré a llamar.

Y colgué. Esperé línea y marqué el número que Tony me

había dado. Él contestó.

—¿Tony? -lo saludé- ¿Cuándo empezamos?

TERCERA PARTE
CAPÍTULO I
DESDE... ¿ARRIBA?

Lo miraba y no podía creerlo. Hacía sólo dos semanas que había recibido una llamada del teniente Escobedo, pidiéndome que me presentara a identificar a unos sospechosos. Estaba un poco bebido, y todo lo que se me ocurrió fue decirle “métase el dedo entre el culo”.

Ese día, a eso de las once de la mañana, recibí otra llamada de él y solamente dijo: “¿Gerardo? Le aconsejo que no deje de leer, por nada del mundo, el periódico de hoy por la tarde”.

Yo me levanté de inmediato, cogí el periódico que estaba tendido del otro lado de la puerta y lo hojeé. No había nada extraño. Así que regresé a la cama e hice el amor con... ya no recuerdo como se llamaba esa chica en particular.

Pero por la tarde, bastante intrigado, compré un ejemplar del diario vespertino, lo llevé a la habitación y rápidamente, en primera plana, pude leer la noticia que presentía: cinco hombres habían sido sentenciados a muerte por un tribunal de fuero especial. Leí sus nombres y vi sus fotografías. Reconocí a tres de ellos. Entre sus antecedentes había violación, robo y asalto. Los otros dos fueron condenados por terrorismo, secuestro y extorsión. Leí todo el artículo. Lo único que podía salvarlos era un recurso de apelación, que ya habían presentado, alegando prevaricato: una resolución contra la ley. Tenían una semana de plazo para esperar el fallo final. Me sentí como drogado, feliz.

Ya entrada la noche, me dirigí a casa de Tony, di un par de esnifadas antes de salir; estaba entusiasmadísimo, aunque el efecto comenzaba a pasar cuando llegué.

—¿Leíste el periódico de la tarde? -le pregunté.

—No, ¿qué pasó? -me dijo asombrado por mi entusiasmo.

Estaba acompañado por dos mujeres, una de ellas ya había pasado por mi cama.

—¡Los agarraron! ¡Los van a fusilar!

—¿A quiénes? Ah... -comprendió- esos eran.

—Sí. Ojalá los mataran mañana mismo.

—No creás. Los agarraron en el peor momento. Aunque les negaran la apelación, pueden pedir el indulto del presidente, y...

—¿De Ríos Montt?... -no había pensado en eso. Ríos era un fanático religioso, y si la Biblia decía perdonar... él sin duda los perdonaría.

—Y además... está el Papa. Mañana sale de Roma y pasa la noche en Costa Rica. No creo que los mate, ya que podría ofenderlo. Flota un ambiente religioso en el aire. Es como la Navidad. ¿No lo has sentido? -asentí. ¿Tendría razón o no?- Los corazones se ablandan.

Pensé rápido. No. Ríos Montt era evangélico y no tendría ninguna consideración por la visita del Papa. Los conocía. Ellos pensaban que el Papa era el anticristo, y yo, en su lugar, no le tendría ninguna consideración. Los fusilarían, seguro. Y tal vez ni siquiera pidieran el indulto.

Me sentía tan alegre por la noticia, que ni siquiera usé la coca, como acostumbraba a hacer antes de cada noche. Estábamos en un nuevo local, para mayor seguridad. Los muchachos, con quienes nunca pude entablar una verdadera amistad, ya que ellos sentían envidia del cariño que Tony me demostraba, estaban atendiendo el banco y la mesa de póker. Yo oía a Tony gritar desde la mesa de dados: era tan feliz con ese vasito en la mano. Y aunque no ganábamos mucho dinero en ella... -la mía era la verdadera mina de oro- a él le gustaba y

a la gente le gustaba verlo en acción.

Me estaba costando concentrarme. Después de tres horas de juego, comencé a arrepentirme de no haber usado la cocaína. La tenía en mi bolsillo sabiendo que, en cualquier momento, podía detenerme e ir al baño a usarla -jamás pensé “drogarme”-. Pero me dije a mí mismo: “vamos. Sé fuerte. Puedes terminar sin usarla”. Y seguí. Aun como estaba, estaba ganando; y eso era lo importante. Sin querer, tratando de no hacerlo, me puse a recordar todo lo que había pasado desde aquella noche en que mamá me dijo que se iban a separar...

Me costaba trabajo creer que sólo habían pasado 25 días desde que fui la primera noche a jugar. Tony me dijo, por teléfono, que me les uniera inmediatamente; que él ya estaba listo. Y así lo hice. Me marché a su casa y luego al local elegido. Tuve suerte. Tuve mucha suerte. Me había ido muy bien, esa noche y las siguientes; generé mucho dinero. Tanto, que cuando el administrador del hotel llegó a preguntarme en dónde podía localizar a mi “señor padre” para enviarle la cuenta de los gastos, la cancelé yo mismo.

Además, en un arrebato de furia, tomé las tarjetas de crédito y las quemé. Se derritieron arruinando la alfombra, que también tuve que pagar. Me estaba yendo mejor de lo que Tony había imaginado. Ya había ganado cerca de cuatro mil quetzales en los veinticinco días de actividad; incluyendo los lunes, que no jugábamos.

Después de las veladas, ya como a las dos de la mañana, o más tarde a veces, me marchaba al hotel; pero antes pasaba a recoger a una prostituta en las calles de La Antigua, casi fuera de la ciudad. La llevaba conmigo y copulaba varias veces durante el día. Me divertía en grande con ellas. Muchas veces nos emborrachábamos y hacíamos las cosas más locas que se puedan imaginar. Y cuando ya estábamos cansados, nos drogábamos y volvíamos a empezar.

Al principio tuve problemas con la limpieza del hotel, hasta que les dije que la limpieza, si querían, que la hicieran de nueve de la noche en adelante. Tuve temor de volverme adicto a la coca, pero Tony tenía razón: era como con las mujeres. Había días, incluso, en que sólo era levantarme de la cama para ir a jugar y regresar. También me alarmó lo mucho que gastaba en coca. Por supuesto, Tony ya no me la regalaba, pero “me la daba al costo”, aunque yo no estaba tan seguro de eso. Ya comenzaba a desconfiar de él. La primera impresión estaba rápidamente desapareciendo.

Una mañana recibí una llamada de Cecil. Fue muy extraña, sólo dijo: “¿Gerardo? Habla Cecil. Quiero que me perdonés por lo de aquel día. No debí hacerlo”. Y colgó. Pensé en llamarla, pero tenía a dos mujeres en mi cama y no creí conveniente que ellas me oyeran hablándole. Así que pensé: “la llamo después”; pero después de hacer el amor me quedé dormido y, cuando desperté, ya era hora de irnos.

Me pasaba días enteros sin comer. A veces sólo tomaba una gaseosa o cervezas. A pesar de ello, no bajaba de peso. Me sorprendía mucho más al darme cuenta de todo el tiempo que pasaba retozando en la cama.

Un barullo me sacó de mis pensamientos. Volví a la realidad. Me di cuenta de lo que estaba pasando. Había estado actuando como un autómata. Jugando mecánicamente, sin fijarme. Uno de los tipos que estaban frente a mí ya había acumulado una bonita torre de fichas: yo estaba perdiendo. Decidí que debía “ponerme las pilas”.

—Con permiso -dije y me levanté, haciéndole una señal a los del banco; uno de ellos fue a cubrirme mientras yo iba al baño.

Nunca, en todo el tiempo que llevaba, alguien me había ganado. La emoción de ganar no les permitía alejarse de la mesa cuando deberían hacerlo.

Llegué al baño. Oriné y fui al lavamanos. Estaba sudando. Tenía un leve dolor de cabeza y me dolía la espalda. Me sequé el sudor y luego me eché agua en la cara. Estaba cansado. Vi mi reloj: 12:30. No quedaba mucho tiempo. Tenía que salir y arrebatárles ese dinero: mi dinero.

Saqué mi cajetilla de cocaína; también mi cucharita dorada. Ya no quedaba mucha, tendría qué comprarle más a Tony. Me hubiera gustado no tomarla porque deseaba alcanzar el orgasmo esa noche. Eso tenía de malo la coca: me producía una erección muy duradera, pero casi nunca conseguía el clímax.

Tomé un poco de lo que quedaba y di una esnifada en cada ventana de la nariz. Era buena. Me pegó de inmediato. Sentí cómo se me aclaraba la cabeza y se me despejaban los ojos. Ya no me ardían. Saqué mi pañuelo, tenía que llevar uno conmigo siempre, y me limpié las secreciones nasales que la coca siempre me provocaba; era otra cosa que no me gustaba: parecía como si anduviera con un catarro permanentemente.

Salí de nuevo y recuperé todo. Incluso gané más.

Al día siguiente, otra vez, el teléfono fue mi mejor despertador. Abrí los ojos. Miré la hora: 11:25. Había dormido desde las ocho de la mañana, apenas.

—¿Aló?

—Aló, Gerardo. Te habla Claudia.

—¿Quién? - pregunté sorprendido.

—Claudia. Claudia Andrade.

—Claudia -me obligué a despertar, sentándome en la cama-. ¿Cómo estás?

—Gerardo, quisiera verte...

-
- ¿Por qué? -me arrepentí de ser tan cortante.
- Necesito hablarte.
- Bueno. Hablemos... -no la había visto desde aquel día y me preguntaba cómo habría tomado el suceso.
- No. No por teléfono. Quiero verte.
- De acuerdo. ¿Cuándo quieres que nos veamos?
- ¿Puede ser hoy?
- Sí -le dije después de meditarlo-. ¿En dónde estás?
- En mi casa.
- ¿Quieres que vaya? -la mujer que estaba a mi lado se puso de pie. Tenía un buen cuerpo y lo habíamos pasado muy bien.
- Sí, por favor
- Bueno. Sólo me baño y...
- No -me interrumpió-. Mejor por la noche.
- Bueno... -lo pensé- La verdad es que para mí sería mejor por la tarde. Por las noches estoy ocupado...
- ¿Trabajas?
- Sí. Se puede decir -y no mentía-. ¿Pasa algo malo?
- No. Estoy bien, sólo que... que tengo ganas de verte. Quiero hablar contigo. ¿A qué hora podrías? Quiero decir: ¿a qué hora terminas?
- Pues bastante tarde, para serte sincero.
- No importa. Podés venir a la hora que querrás. Voy a estar sola. Mis papás están en Puerto Barrios.
- Esperá. Oíme, Claudia: haré una llamada para ver si me es posible llegar a tu casa como a las siete. ¿De acuerdo? Si no
-

puedo, te llamo. Pero si no te llamo, espérame a las siete.

—De acuerdo.

—¿Claudia?

—¿Sí?

—¿Estás bien? -ella colgó.

Me preocupó. Claudia... No había pensado en ella durante varios días. Quizá la alejé de mi mente inconscientemente.

De repente sentí un extraño olor. Me volteé.

—¿Qué es eso? -le pregunté a Karina, así se llamaba.

—¿Quieres guapo? -y me tendió un cigarrillo.

—¿Qué es?

—Vamos, -rio- no me digas que nunca la has probado.

—¿Mariguana?

—Claro, Pero... Me vas a decir que tú, todo un adicto a la coca, ¿no sabes...?

No le presté atención a su “adicto”, entonces. Mi corazón palpitaba de entusiasmo. Cecil vino a mi mente, de inmediato. Y pronto me preocupé de cómo podría haber Claudia manejado su situación.

Marqué el número de Tony y esperé.

—Diga...

—¿Tony? Soy Gerardo.

—Hola, muchacho. ¿En qué puedo servirte?

—Tony. Quería pedirte un favor.

—Sí. ¿Estás en la cárcel?

—No -reí-. Sólo quería saber si te importa que no vaya hoy

por la noche a jugar. Pero si me necesitas, podría regresar como a las nueve y media, tal vez.

—¡Pero muchacho! ¿Por qué diablos no me lo dijiste anoche? -estaba gritando, enfadado- ¿No sabes que no voy a poder conseguir a nadie que cuide los dados? ¿No sabes lo que nos costará? -Estuve a punto de decirle: “a lo mejor y lo que pasa es que ya no les seguís robando clientes al veintiuno”, pero no dije nada-. ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—No -respiré profundamente-. Tengo que ver a alguien.

—¿Una mujer? -dijo con tono despectivo.

—Sí. Pero...

—Pero ¿qué? ¿Es bonita? ¿Ah? -no dije nada-. Dinero es lo más importante. No tengas dudas que, cuando ya tengas bastante pisto, vas a poder comprarte muchas...

—No es nada de eso Tony -comenzaba a molestarme -
¿Recordarás a Claudia?

—¿Claudia? ¿La... la amiga de tu hermana?

—Sí. Claudia Andrade. Ella...

—Y... ¿Qué le pasa? -comenzaba a interesarse.

—No sé. Me llamó y dijo que quería verme hoy.

—¿Cómo la oíste?

—No sé decírtelo. No estaba muy preocupada que se diga. Es la primera vez que sé de ella desde aquel día.

—Bueno Gerardo. Disculpá todo lo que te dije. No sabía que fuera importante. A pesar de ser una mujer... -Comenzó a reír, pero paró casi de inmediato- Espero que todo esté bien.

Y colgamos. Era buena gente el Tony, a pesar de tener esa idea fija de que las mujeres sólo deben estar en la cocina o en la cama.

—¿Qué dices, nene? ¿Vamos a hacerlo otra vez? ¿O quieres que me vaya? -la miré, estaba desnuda a mi lado. Tenía un seductor cabello castaño; pintado, tal vez.

—¿Cómo voy a dejar ir al caramelito que me hará tocar el Cielo...

—¿De qué estás hablando?

—De tu cigarrito, nena.

—¿De mi porro? -rio- ¿Quieres probarlo?

—Claro -y a pesar de que me había propuesto no hacerlo nunca, le di tres jalones profundos, que casi consumieron la mitad del cigarrillo.

Sentí un horrible malestar y náuseas. Pero al cabo de unos minutos, comencé a recuperarme. Karina se reía. No me molestó.

—Así que de verdad era la primera vez, ¿eh?

—Claro. Nunca miento.

—Eso merece un premio -dijo y se lanzó sobre mí.

Nos quedamos en la cama hasta las cuatro de la tarde. Karina me dejó con malestar al terminar el tercer porro del día. Parece que le caí bien, porque me dijo que iba a regresar más tarde y me esperaría con una sorpresita. Me duché y, cuando salí, estaba como nuevo. Tenía ganas de llamar a Cecil para decirle que comprendía porqué ella había actuado como lo hizo, pero pensé que primero vería a Claudia. Comí algo en el restaurante, como no lo había hecho en mucho tiempo, y a las seis y diez partí rumbo a la capital.

Me había arreglado bastante bien, e incluso compré una loción; no usaba ninguna desde aquel día. Únicamente desodorante. Pero esa noche estaba dispuesto a hacer olvidar a Claudia cualquier posible conexión con aquello... ¡La pobrecita!

¿Cómo habría sufrido aquellas noches que siguieron? No podía hablar ni con sus padres y tenía que tratar de no despertar sospechas. Como si nada hubiera pasado. Tendría que haber sido duro. Me conmovió. ¿Pero podía culparla por ocultar la verdad?

A las siete menos cinco estacionaba el *Mercedes* frente a su casa. Pude ver luz en la mía y pensé en ir luego de dejar a Claudia. No esperaba estar mucho tiempo con ella, y tal vez la llevaría con ellas; esperaba que Cecil también estuviera allí.

Toqué el timbre de su casa. Apenas se miraba alguna luz.

Después de unos instantes, salió. Estaba sensacional. Tenía un vestido azul marino precioso, algo escotado y zapatos altos; la percibí perfumada. Tenía rastros de pintura en la cara. Se miraba linda, pero de ninguna forma se parecía a la chica que yo iba a visitar. La esperaba decaída, descuidada y quizá buscando consuelo.

—Buenas noches. Me alegro de que hayas podido venir.

—Hola -yo estaba boquiabierto. Vi que esperaba que le dijera algo cerca de su aspecto-. Te ves fantástica.

—Gracias -dijo sonriendo-. Pasá.

Y entramos. Me tomó del brazo para caminar el último trecho. Comencé a pensar que quería seducirme. Quise irme rápidamente. Nos acomodamos en la sala.

—¿Cenaste? —me dijo.

—Sí, gracias. Precisamente, me levanté de la mesa para venir.

—Ah -parecía un poco desilusionada, sin duda tenía algo preparado- ¿Y cómo has estado?

—Defendiéndome. Veo que tú has sabido sobreponerte. Hablé con Cecil -trataba de cambiar el tema, pero Cecil y

aquello eran lo mismo-. Parece que está mejor.

—¿Mejor? ¿Mejor que quién?

—Mejor de como estaba. Le pregunté cómo se sentía.

—¿Tú la llamaste?

—No. Ella me llamó. Ya regresaron a tu casa.

—¿De veras? -me sentí contento.

—Sí. Parece que todo vuelve a ser como antes...

Le quité la vista. Me costaba muchísimo mirarla a los ojos sin recordar aquello. La imagen del hombre penetrándola a mis pies, era imborrable. ¿Cómo podía ella entonces hablar de normalidad? Decidí que no era yo el que tenía que quitarle sus ansias de desintegrar ese recuerdo.

—Pues me alegro.

—Y yo también, claro. Por los dos -sentí llegar el ataque, y me defendí:

—¿Cómo están tus papás?

Cambió de lugar y se sentó a mi lado, tomándome la mano. La imagen aquella volvió a mi mente. Ella quitándose la ropa, sin resistencia, ella siendo violada, ella peinándose y preguntándose al marcharse: “¿vas a pasar mañana?”

—¿Y qué les dijiste a tus papás del jalón de las mañanas? -le pregunté serio y verdaderamente interesado. No me atrevía a retirarle la mano, no quería que sospechara en qué pensaba y se sintiera rechazada.

—Que se fueron a vivir a La Antigua unos días.

—¡Ah... bien, -dije viendo la hora- creo que...

Había tratado de pararme, pero ella me detuvo.

—No te vayas... por favor -suplicó.

—Claudia. De veras me alegro de verte tan bien, pero tengo un trabajo, tengo...

—Cecil me dijo que quiere volver al colegio. Después de que se vaya el Papa.

—¿Ah sí? -tenía grandes deseos de ver cómo estaba Cecil.

—Sí. ¿Y tú? ¿Cuándo regresas? -no había pensado en esa posibilidad, así que no contesté- ¿En qué estás trabajando? -cada vez me apretaba más la mano. Sentía cuán nerviosa ella estaba.

—Pues... Trabajo en un hotel -mentí-, en la administración.

—Gerardo... -dijo tomando un aire de seriedad, se había decidido- No sé si te habrás dado cuenta, pero siempre estuve enamorada de ti.

Me tenía acorralado, ¿qué podía decir? Siempre estuve consciente que le gustaba, y claro: ella también me gustaba.

—Yo... yo también te quiero. Te tengo cariño.

—¿Me amas?

—No sé. Nunca he amado a nadie -dije sinceramente-, a excepción de mi familia.

—¿Te gusto?

—Claro. Eres muy bonita.

—Bésame, entonces.

—Pero...

—¿Me tienes asco? -la imagen regresó.

—¡Claro que no! -No podía mirarla, así que pensé en terminar eso lo más rápido posible. La tomé en mis brazos y la besé. Había aprendido bien cómo hacerlo.

Traté de soltarme, pero ella no lo hacía. Estaba comenzando a excitarme. La solté al fin.

—Gerardo, por favor.

—Tengo que irme.

—Gerardo. Quiero hacer el amor contigo.

—Oh vamos, Claudia. Yo... Yo...

—Por favor, Gerardo, aunque sea por lástima. Yo lo necesito. Quiero borrar esos horribles momentos... con sexo hermoso. Contigo.

Comencé a comprenderla. ¿No era eso, acaso, lo que yo había estado tratando de hacer? ¿Lo que Cecil había tratado de hacer?

Bueno, si había venido a ayudarla, lo mejor era que lo hiciera como ella me pedía.

Volví a besarla. Largamente. Sentí crecer mi excitación. No podía más. Me puse de pie.

—Vamos -le dije. Se puso de pie y me siguió. Yo sabía dónde estaba su habitación y la guie allá muy lentamente. Sentía cómo crecía su deseo.

Nos quedamos parados uno frente a otro, a un lado de su cama. La besé en la cara y comencé a quitarle el vestido. No llevaba nada debajo. Tenía un cuerpo hermoso. Me desnudé y entré en la cama con ella. Resultó ser una amante estupenda. Se dejó guiar como un león mansito. Recorrí cada centímetro de su cuerpo con mis labios, sintiendo como se estremecía y vibraba. Alcanzamos juntos el clímax. Nos quedamos profundamente dormidos, uno en brazos del otro.

Fue ella quien me despertó. Ya había amanecido y se había bañado. Me llevó a la cama un par de huevos con dos rodajas de pan y un vaso de jugo de naranja. Ella permaneció a mi lado viéndome comer. Feliz. Me sentí satisfecho de haberla hecho olvidar. ¡Pero qué digo! Yo también había olvidado. Sentía

algo por ella, pero quería ignorarlo. Sin embargo, no reconocíamos que nuestra relación no podría ser la misma a partir de ese día. Engullí hasta el último bocado. ¿Era realmente la primera vez que ella hacía el amor?

—¿Te gustó?

—Oh, sí -hacía mucho que no desayunaba-. Estaba delicioso.

—No me refiero a eso... -me pegó suavemente en el brazo mientras sonreía abiertamente; la miré: fingía molestia.

—Eso fue estupendo. Fantástico.

—¿Me amas? -No sabía qué decirle. Le dije la verdad:

—Sí. Creo que sí, Claudia -y se lanzó en mis brazos.

Empezábamos a acariciarnos y a girar sobre la cama cuando recordé el auto. Mi mamá podría verlo si salía. Me senté asustado. No me diría nada, pero preferiría que no lo supiera.

—El carro -le dije- está...

—Está en el garaje -me dijo besándome-. Yo lo entré mientras dormías.

—Oh -dije y nos amamos unas horas más. Sus padres no regresarían hasta el día siguiente. Sí, creo que, por primera vez, me sentía enamorado. Aquellas escenas no encontraron lugar dentro de nosotros.

CAPÍTULO II

UNA ALARMA

Almorcé con Claudia, en su casa. Ella ordenó una pizza por teléfono y brindamos con cerveza. Aun cuando se esforzaba en sonreír, yo sabía que algo le preocupaba. Pero en cambio yo, cuando estaba viviendo momentos así, ni siquiera me recordaba de la cocaína.

Nos despedimos pasadas las doce y media y me dirigí a mi casa. No había nadie, pero si Cecil ya estaba viviendo otra vez en la casa, podía ser por dos razones: una, que mi papá hubiera necesitado los apartamentos para recibir a clientes del extranjero, o la otra, que definitivamente se hubiese recuperado. Un poco defraudado, y confiando en la segunda alternativa, regresé a La Antigua. Quería dormir un poco ya que había estado retozando por bastante tiempo.

Traté de pensar en Claudia como alguien a quien acababa de conocer, pero, una y otra vez, recordaba aquella tarde en mi casa. A ella la recordaba sonriendo, amable, pero luego aquellas escenas volvían a mi mente. De verdad odiaba a esos hombres. Fue entonces cuando me di cuenta de que no lo habíamos mencionado con Claudia. No sé si a ella, pero a mí no me pasó por la mente. ¿No habría sido eso lo que la impulsó a llamarme y a iniciar relaciones? ¿El sentimiento de la venganza?

Sin embargo, sabía que ella y yo nunca podríamos olvidar completamente esos hechos. Los podríamos esconder, no hablar de ellos, o intentar no recordarlos, pero siempre estarían allí. Eso lo sabía. ¿Qué clase de relación podríamos llevar? A mí me estaba gustando la vida que llevaba y, aunque sabía que no era muy decente que digamos, también es cierto que siempre había planeado dedicarme a una actividad en la que, antes de hacer mucho dinero, fuera feliz. Y esta me tenía agarrado porque no sólo me divertía, sino que estaba manteniéndome

económicamente; aunque, confieso, eran veladas agotadoras.

Sabía que Claudia estaba soñando con casarse conmigo algún día. ¿Pero lo deseaba yo? Sentí un escalofrío en todo el cuerpo.

Había llegado al hotel. Estacioné el auto y me dirigí a mi habitación. Al pasar junto a la piscina sentí unos grandes deseos de darme un chapuzón. Sí. Ya estaba haciendo calor; había llegado marzo. Al acercarme a mi habitación, comencé a oír risas en el interior. Me sobresalté. Me acerqué cuidadosamente a la puerta y lo pude escuchar mejor. Pensé en ir a traer mi pistola al auto, una *Smith & Wesson* calibre 38, recortada, que le había comprado en casi quinientos quetzales al amigo de Carlos, pero comencé a oír una voz conocida, aunque no diferenciaba lo que estaba diciendo. No era mi mamá ni Cecil.

Siguiendo un impulso, metí mi llave en el picaporte y lo giré. Miré por una abertura. Respiré tranquilo.

Saltando de un lado a otro estaba Karina, con su cabellera rubia alborotada y usándola como única vestimenta. Pero sentada en la cama, con un porro en la mano, había otra jovencita. De unos quince años, si mucho, y de cabellera roja. ¿Era esa la sorpresa que me prometió llevar? También estaba desnuda. Muy blanquita.

Abrí la puerta y pasaron unos momentos antes que me notaran. Evidentemente, ambas andaban en un viaje.

—Hola, muñeco -me dijo Karina-. Te hemos estado esperando todo el día.

—Y veo que no se han aburrido -sonreí.

—Ella es Laly -señaló a la pequeña, que tendría quizás catorce años vista de cerca. Me saludó con la mano.

—Hola Laly -me acerqué-. ¿Cuántos años tienes?

—¿Cuántos quieres que tenga?

—Los suficientes para...

—Los tengo -se colgó de mi cuello-. Y ahora, ¿nos pasamos la tarde hablando o entramos en acción?

No estaba seguro de querer hacer el amor con una niña, así que la solté y entré en el baño. Me quité la ropa y me metí mi calzoneta. Iba a proseguir con lo que tenía planeado.

—Oh, ¿hay para mí? -preguntó Karina.

—No -le dije sonriendo-, me temo que no.

—No importa. Me gusta bañarme desnuda.

Yo no podía permitir que salieran así al patio. Me comprometerían con la gerencia. Así que, aun cansado como estaba, y si quería darles un poco de acción, comprendí que necesitaba una buena esnifada.

Me acerqué a mi mesita y saqué mi cajetilla. La abrí y comencé con el ritual. De repente sentí a Laly a mis pies. Me había bajado la pantaloneta. Estaba impaciente, sin duda andaba volando muy alto. Un par de esnifadas y estuve listo para entrar en acción.

—¿Me das un poco? -me dijo Laly, casi rogando.

—Claro -le contesté, admirando su hermosura.

Tenía un cuerpo precioso. Karina estaba sentada en una silla en medio del cuarto, terminando su porro. Jamás me agradó el olor de la mariguana.

De pronto alguien llamó a la puerta. Ojalá hubiera podido saber quién era antes de abrirla. Me subí rápidamente el traje de baño y me dirigí a la puerta, dispuesto a deshacerme, de quien fuera, lo más pronto posible. La abrí.

—¿Sí...?

No pude decir más. Levanté la vista maldiciendo en silencio. Era Cecil. Estaba parada frente a mí, muy bien arreglada y con un periódico en la mano. Podía ver perfectamente hacia adentro. Me llené de vergüenza.

—Este... Cecil... -comencé torpemente a decir.

—Regresaré -dijo esbozando una medio sonrisa y se fue. Cerré la puerta. ¡Qué desgraciado me sentí! Pero qué diablos. Ya nos arregláramos, ella comprendería. Mientras tanto, había alguien esperándome adentro.

Ya entrada la noche, estaba reposando con las dos mujercitas en mi cama cuando acudió a mi mente la imagen de Cecil esa tarde. Estaba vestida con una falda que siempre me había gustado, y ella lo sabía. Me sonreí y me di cuenta de que no me preocupaba que me hubiera encontrado así. Debía ser el efecto de la coca. Además, tenía una blusa bastante sencilla y... y tenía un periódico en la mano.

Recordé que dentro de dos días iban a ejecutar a aquellos desgraciados, y sin duda eso quería enseñarme. Aun así, me levanté de la cama a buscar el periódico. Me sentí un poco mareado. Sin duda atontado por tanto humo de mariguana que había inhalado, ya que no había fumado directamente. Pero acertadamente pensé que era casi lo mismo. Tomé el periódico y encendí la ventilación del cuarto. Casi de inmediato sentí cómo comenzaba a refrescarse. Y lo leí.

Me quedé allí, de pie, sin poder moverme.

En grandes titulares pude enterarme de una noticia que no podía creer: El Papa había solicitado, desde Costa Rica, el indulto del presidente Ríos Montt para los condenados.

Arrojé el periódico. No quería creerlo. ¿Cómo podía

permitir eso Ríos Montt? Lo tomé de nuevo y comencé a buscar alguna noticia que dijera que Ríos Montt lo había otorgado. El Papa estaría en Guatemala en unos días y, sin duda, él trataría de complacerlo. Pero no encontré nada.

Quizá en el periódico de la tarde, pensé. Comencé a despertar a las chicas. Les dije que tenían que irse, y yo también. Se vistieron inmediatamente y me preguntaron si podía llevarlas a su casa. Sabía que no estaba lejos, pero pensé mejor en darme una ducha.

—Lo siento. Espero visitas -mentí tratando de no ofenderlas. Rápidamente reunieron sus cosas por todo el cuarto y se pasaron un cepillo por la cabeza.

—¿Cuándo nos veremos otra vez? -me dijo Laly, muy sensualmente. La verdad, era que me había gustado bastante. Me había confesado que cumpliría quince años en dos meses. Fue cuando recordé que Cecil los había cumplido hacía una semana, y me maldecí por haberlo olvidado ¿Cómo lo habría pasado? Yo debí haber estado con ella.

—Yo te busco -le dije y cerré la puerta después de darles su dinero.

Me metí en la ducha. Me pregunté si no debería sentir remordimiento después de acostarme con una putilla de quince años. Me dije que no. Al fin y al cabo, también Claudia tenía quince años. Y Laly había tomado libremente la decisión de ofrecerse, eso lo liberaba a él de responsabilidad.

Salí de la ducha. Me vestí para ir a donde Tony, pero antes debería comprar La Hora. Entré al auto. Saqué la pistola de la guantera y la cartuchera de debajo del asiento. Me la coloqué debajo del brazo derecho y me marché. Ese periódico tampoco decía nada de un indulto.

CAPÍTULO III

EL ODIO

A la mañana siguiente, a eso de las nueve, me despertó el repiqueteo del teléfono. Curiosamente, la noche anterior me había sentido tan preocupado con la cuestión del indulto, que no había sentido deseos de dormir con nadie. Después de reflexionar mucho, pensé que no había ningún problema si Ríos Montt daba su perdón: yo mismo los mataría.

—¿Aló? -dije aún somnoliento.

—¿Gerardo? Habla Cecil.

—¡Cecil!

—¿Cómo estás?

—Yo bien, ¿Cómo estás tú? -éso era lo importante.

—Quiero hablarte.

—¿Pasa algo malo?

—Tal vez...

—¿Qué tenés?

—No. Yo estoy bien. Pero tú...

—¿Yo? -recordé el día anterior- Cecil, con respecto a lo de ayer...

—Por eso te llamo -me sorprendió, no sabía que mi hermana, no drogada por supuesto, fuera capaz de hablar de esas cosas.

—¿Qué?

—Sí -río-, para ver si estás solo.

—Sí, claro que estoy solo.

—¿Entonces, puedo ir? Estoy en el hotel.

Le dije que me esperara diez minutos. Que me iba a bañar. Evidentemente, por su tono, pensó que iba a deshacerme de alguna visita. Ya estaba listo cuando, quince minutos después, ella tocó la puerta de la habitación.

—Hola -le dije. No podía creer lo que veía. Estaba preciosa. Lucía radiante.

—¿Puedo pasar?

—Claro. Adelante.

Cerré la puerta. Se quedó frente a mí y permanecimos unos instantes en silencio, viéndonos y pensando. No pude esperar más y le di un fuerte abrazo. Ella me correspondió.

—Hermanita... -le dije al oído. Oí cómo comenzaba a sollozar-. Eh, eh, nada de lágrimas, ¿ok?

—Ok... -dijo sonriendo.

Nos separamos. Fue a sentarse en el sofá, yo la seguí. Callamos unos segundos y de repente los dos dijimos algo al mismo tiempo. Reímos. “Habla tú” volvimos a decir al unísono. Levanté la mano como pidiendo la palabra.

—Cecil -me puse serio-, siento mucho que hayas venido ayer en tan mal momento... yo...

—No tenés que disculparte conmigo. Pero éso que estabas haciendo es malo, Gerardo, yo... -pensé en cómo podía ella estar hablándome con tanta serenidad- Aquella vez que fuiste tampoco me estaba portando muy bien que digamos...

—Está bien, está bien. Yo ya lo he olvidado.

—¿Me perdonas? -preguntó asombrada.

—Claro. Sé por qué lo hiciste.

—¿Por qué? -no salía de su asombro.

—Para olvidar... -dije tranquilamente- y no te vayas a disculpar conmigo por algo que yo mismo he hecho.

—Lo sé. Ayer sentí el olor.

—Oh... No hablaba de mariguana. Eso fueron ellas, yo sólo la probé. Pero no me gustó. Sólo me hace sentir como si estuviera borracho.

—¿Entonces?

—Cocaína.

—¿Cocaína? Pero eso es aun peor.

—No creo -le dije sinceramente-. En mí, no produce ningún efecto feo.

—Pero es que...

—Bueno, no vamos a hablar de eso, ¿Ok? -le dije molesto. Inmediatamente me arrepentí de haber usado ese tono con ella. Lo siento, pero... ¿para qué viniste ayer? Vi que traías un periódico.

—Sí. Te venía a enseñar lo del Papa...

—Lo leí. Ojalá que “El Pastor” no le haga caso.

—Pero Gerardo...

—Quiero que se pudran en el infierno...

—No podés hablar así.

—Pero... -la miré incrédulo- ¿Querés que los perdonen? -asintió dos veces- ¿No fuiste tú la que los identificó?

—Sí, pero no quiero que los maten.

—O los matan o algún día volverán a hacer lo mismo.

—Tal vez no. En la cárcel se pueden regenerar.

—Pero... ¿qué te pasa? Ya olvidaste... -me callé.

Evidentemente no lo habría podido olvidar.

—Hay que perdonar, Gerardo, Jesús dice...

—¿Con quién has estado hablando? ¿Con el Padre Muñoz?

—Sí, pero eso no tiene nada que ver. Yo no quiero cargar con esas muertes para...

—¿Cargar con esas muertes? -me levanté haciendo ademanes de burla- Pero te aseguro que no va a ser una carga muy pesada, esos no valen nada -reí, pero ella no, así que me detuve-. Además, no es tu culpa. Ellos mismos eligieron su destino al hacer algo como eso. Ellos solos se llevaron al paredón. ¡Merecen morir! -terminé exaltándome, sin poder evitarlo.

—Gerardo, el Papa ya va a venir.

—¡El Papa! -me burlé de nuevo- Escuhá bien, Cecil. Te voy a decir una cosa, y quiero que se te quede bien grabada: sí Ríos Montt no los mata, te juro por Dios que los mato yo.

—Tú no serías capaz...

—¿Ah, no? -e iba a decirle lo de Abelino Castillo- Ya veremos...

—Pero Gerardo, ¿no podés olvidar?

—¿Puedes tú?

—Eso trato.

—Pues... pues yo también. Pero no puedo.

—Gerardo -se paró tomándome la mano y hablándome tiernamente-, regresemos a casa, ¿sí?

La solté bruscamente. Sentí como si intentara tratarme como a un demente al que se quiere llevar con engaños al manicomio.

—¿Eso es todo? -le pregunté seriamente.

—Gerardo. ¿Pero el colegio?

—Al diablo con el colegio. Yo ya estoy viviendo mi propia vida. Tengo que trabajar.

—Papá ya arregló todo para que sigamos recibiendo lo suficiente.

—No quiero volver a recibir nada de él -recordé el *Mercedes*-. Y si lo ves, decile que puede venir por su mugroso carro cuando quiera.

—Gerardo... -me suplicó- Gerardo, esta vida te va a hacer mal. Las drogas...

—Al diablo con las drogas. Mientras tenga dinero, no me va a hacer daño tomarla.

—¿Cómo conseguís dinero? -me dijo después de un momento. Iba a decírselo, pero me calmé.

—Tal vez algún día regrese con ustedes. Quiero que sepas que siempre las querré. Yo. Es sólo que no quiero vivir con lo de papá. Él es un cobarde que...

—Y tú, ¿qué creés que estás haciendo? -me dijo. Me quedé callado meditando su pregunta.

Así que me comparaba con... con *ese*. Caminé a la puerta y la abrí.

—Hasta pronto -le dije.

Vi lágrimas en sus mejillas, pero no se fue; di un par de esnifadas.

—Gerardo, por favor, no hagas éso -sentí que iba a llorar.

—Pero Cecil, por favor -le dije sonriendo y tratando de contagiarle mi estado de ánimo-. Es sólo cocaína. Deberías leer algo sobre esto.

—He leído. Sé muy bien que esa droga causa más hábito que ninguna.

—Te equivocas.

—No me equivoco -casi me gritó-. Al que la toma, le gusta tanto sentirse así... así como estás ahora, escapando de los problemas, de la realidad... que la toma, la toma una y otra vez. Y cuesta mucho dinero, Gerardo. ¡Mucho!

No sabía qué decir. Hasta hace unos meses, hubiera jurado que esas eran mis líneas.

—Me voy -terminó diciendo y se dio vuelta, llegó a la puerta, se detuvo y dijo-: acabo de enterarme que les denegaron el recurso de amparo a los condenados. Sólo Ríos Montt puede salvarlos ahora.

Esa noche casi nada me salía bien. Decidí que debería usar un poco mi habilidad. Comencé a tirar las cartas, que debía dar cerradas, con cierto ángulo, suficiente para ver qué era lo que representaban. Y así lo hice. Memorizaba cuál era la carta que cada uno de los siete tenía. Entonces me las arreglaba para que sólo ganaran los que apostaban menos.

Cerca de la décima mano creo que actué demasiado precipitado, porque me delaté.

Yo tenía un ocho visto y un diez. Pero había alguien que estaba jugando cuarenta y cinco quetzales y que tenía un seis y un tres, vistos. Yo ya sabía que su otra carta era un diez. De esa manera, y considerando las otras apuestas -la más alta era de veinte quetzales- e inclusive una tenía veinte, decidí sacar otra carta. Lo hice y, como verificando mi buena suerte, me salió un dos.

Cuando canté mi juego, resultó lo imprevisto; justo cuando uno de los ayudantes recogía el dinero.

—Un momento -dijo el de la apuesta de veinte quetzales.

—Si quiere se puede retirar y regresar -le dije fríamente. Y bebí un buen trago de la Gallo en lata que tenía, esperando no fuera lo que yo sospechaba. Era éso.

—He estado viendo cómo das las cartas. Las estás viendo. Y además... nadie pide otra carta teniendo dieciocho.

—Yo sí -dije y continué- ¿Apuestas?

—Nada de apuestas -volvió a decir; miré a los demás: no apostaban: ¡estaban con él!- Me has robado más de cien quetzales en las últimas cuatro manos, y ningún hijo de puta me hace eso. Tony se levantó y se acercó a la mesa.

—¿Qué pasa? -dijo.

—Este desgraciado, Tony, -vi cómo se llevaba la mano a la espalda.

Instintivamente me llevé la mano a mi revólver y le apunté a la cabeza con gran rapidez. Se la pegué en la frente sin escuchar lo que decía, hubo un gran rumor y todos se hicieron a un lado.

—Nadie vaya a hacer una estupidez -dije, sabiendo que muchos de ellos iban armados.

—Por favor, Gerardo -dijo Tony, tartamudeando-. No quiero pistolas en mi casino -¿Su casino? ¡Ja!

—Este desgraciado está acariciando algo parecido en su espalda -le dije.

Tony se le acercó de tal modo que no pudiera darse vuelta. El hombre no se movía, comenzó a sudar abundantemente.

—¿Es cierto, Rodolfo? -le preguntó. Le vi asentir levemente con mi 38 aún frente a su rostro.

Tony le metió las manos, siguiendo la dirección de las suyas y sacó una escuadra grandísima.

—Eso no está bien, Rodolfo. ¿Qué le querías hacer a mi muchacho?

—Nada. Yo sólo... -tartamudeaba.

—¿Ya no quieres que tus amigos jueguen *veintiuno*? - preguntó Tony, y todos rieron. Yo no le quitaba la pistola de encima.

—Vamos, Gerardo. Eso ya no es necesario -me calmó Tony. Se la retiré, pero no la guarde.

—Estaba haciendo trampa -gritó, sintiéndose libre de amenaza. No sabía que yo seguía blandiendo el revólver a la vista de todos. Siguió un gran silencio. Comenzaron a bajar personas del primer piso.

—¿Tenés alguna prueba? ¿Alguno de ustedes la tiene? - les pregunté a los demás, señalándolos con la 38. Nadie dijo nada.

—Está bien -dijo Tony-. Entonces todo pasó. Voy a guardar tu juguetero hasta la salida.

Yo guardé mi revólver en mi cartuchera. A pesar de que hacía calor, yo nunca me quité la chaqueta. No quería que nadie viera ni la pistola ni el puñal.

—Está bien, pero quiero que me devuelvan mi dinero.

—Ahora -dije-, yo quiero una disculpa.

—¿Disculpá? ¡Ja! -se burló escupiendo al suelo- Antes muerto. Sos un ladrón hijo de la gran...

No pudo terminar. Le metí un zurdazo en la boca. Sentí cómo se hundían un par de dientes en mis nudillos. Aun así, el hombre no cayó. Entonces le lancé otro al estómago, que esquivó con habilidad.

Se hizo a un lado de la mesa de *veintiuno*, invitándome a

seguirlo con sus puños. Lo imité.

Con el paso de los años en secundaria, aprendí que lo mejor es atacar primero. Pero no sólo por atacar. Sabía que, si de entrada podía darle un puntapié bien dado en los testículos, casi seguro la pelea estaba inclinada a mi favor.

Nos rodeamos como estudiándonos. Ya se comenzaban a oír gritos como: “dale, dale, mátalo, enséñale”. No les presté atención. También aprendí que eso es un arma de dos filos. O te subían el ánimo o te lo bajaban, pero siempre te distraían.

Le lancé un derechazo en dirección a la cara, pero lo detuve a medio camino, al mismo tiempo que mi pierna izquierda se abalanzaba contra la ingle. Lo paró con el pie derecho y me sacudió la cara con la pierna izquierda. Caí de bruces. Evidentemente, era un karateka. Yo no lo era y sabía lo que me esperaba. Yo era un peleador nato. Me basaba en la fuerza y siempre me disgustaba conmigo mismo por no haber aprendido artes marciales. Sabía que ningún peleador callejero podría con un karateka cinta negra, y yo no tenía idea de cómo diferenciarlos.

Instintivamente alcé mi 38 y se la apunté justamente entre los ojos. Se quedó inmóvil.

—Muy bien hijo de puta -dije casi escupiendo-, te llegó tu hora -sabía que no iba a disparar, pero quería darle una lección.

—Más te vale: si crees en Dios, pedile perdón por haberme llamado tramposo.

Él sudaba mucho. Yo no podía dejar de sonreír al verle la cara. Me gustaba esa sensación. Contra una bala no hay rival, ni siquiera un ninja. Así deberían sentirse ellos contra alguien que no conoce artes marciales.

—No Gerardo, por Dios, guardá éso.

—No, Tony -le dije sin poder dejar de sonreír, sin embargo,

no trataba de evitarlo. Sabía que esa sonrisa le produciría más miedo-. ¡De rodillas! -le dije amartillando el gatillo. Se arrodilló.

—No, por favor -oí que salía apenas de su garganta.

—¿Por favor? Eso no me basta.

—Perdón -dijo tragando saliva dificultosamente, se le veían las venas de la cara-. Perdón, no eres un tramposo. Yo soy un mal perdedor. Lo juro.

—¿Y mi mamá? -le guiñé el ojo. Se quedó mirándome, tratando de entenderme; vi en su rostro que me había entendido.

—No. Tú mamá es una santa. La mía es una puta.

—¿Te la has cogido?

—Sí. Sí. Muchas veces -dijo esforzándose por sonreír.

—Okey. Te has ganado mi perdón. De pie le dije sin dejar de apuntarle.

—Gracias. Gracias.

—No quiero volver a verte por aquí jamás. ¿De acuerdo?

—Sí. Jamás me verás en ninguna parte -y salió corriendo sin recoger su arma, la cual yo guardo desde ese día como un trofeo.

Y por si acaso, antes de reanudar el juego con quienes me miraban con cara de admiración, le di vuelta a la mesa, de modo que me quedara la entrada al sótano completamente de frente.

No lo volví a ver sino hasta un par de años después.

CAPÍTULO IV

EL AMOR

A la mañana siguiente me desperté muy temprano. Como cosa rara, fue la música de mi radio, aquel con el cuál tanto había soñado, el que me sacó “de brazos de Morfeo”. Y de brazos de Laly también. Había ido a recogerla a su casa, entrada la madrugada. Estaba encantada en acompañarme. Su hermana, Karina, no se molestó por la invitación.

En vez de apagarlo le di más volumen a la radio. Estaba sonando en la metro-estéreo un éxito de Juice Newton: *Queen of Hearts*.

—Buenos días -le murmuré al oído. Comenzó a despertarse lentamente. Abrió los ojos. Era una criatura preciosa. Procuraba no pensar en su edad, pero había llegado a la conclusión equivocada que, por ser yo también menor de edad, no había delito que perseguir.

—Hola -me sonrió, y no pude evitar besarle la boca. Sólo habíamos hecho el amor una vez durante la noche.

Me levanté y fui a ver el buzón del periódico. No decía nada de un perdón, pero muchas personas y entidades le recomendaban al presidente que “por el bien de las relaciones con el Vaticano” no los matara. No le decían que, por respeto a Dios, ni al Papa. Sabían cómo pensaban los evangélicos en Guatemala con respecto al Papa.

Lo arrojé lejos, esperando que a Ríos Montt no se le ocurriera el ardid publicitario de perdonarlos en el último momento. Volví a la cama con Laly.

Como a las once de la mañana estaba rasurándome cuando llamaron a la puerta. Dejé que Laly fuera a abrir. Pensaba llevarla a almorzar al restaurante del hotel. Era jueves y la velada no pintaba para ser muy animada. Los jugadores se

esperarían hasta el viernes. Igual que para fusilar a esos desgraciados. Laly entró muy nerviosa al baño. Se puso una playera mía.

—Es... es un Padre -dijo asustada.

—¿Qué?

—Un Padre. Con sotana y todo.

—¿Ya entró? -yo sabía quién era.

—No. Está esperando afuera.

—¿Qué dijo?

—Preguntó por ti.

—Bueno, vestite rápido -y salió.

Cuando terminé de rasurarme, a pesar de haberlo hecho lentamente, ella todavía no terminaba de cambiarse.

—Rápido -le dije.

—Sí. Sí. Ya terminé -y se quedó mirándome.

—Te vas -le dije urgiéndola-. No puedo hablar con él si estás aquí -tomó su bolso y se dirigió a la puerta. La abrí.

—Padre Muñoz, qué sorpresa... -traté de atraer su atención para que no se fijara en la niña que salía corriendo.

—Gerardo -dijo santiguándose. No sabía si bromeaba o no. Tenía un gran sentido del humor; presumí que no lo hacía.

—Adelante, por favor.

—Gracias -entró cautelosamente y se detuvo. Miró en todas direcciones antes de dar otro paso. Cerré la puerta detrás de él.

—Ella, ella, vino a... a...

—No mientas, hijo -me miró solemnemente. Yo jamás le

habría mentido. Me bautizó, me dio la primera comunión, me confirmó y según él siempre decía, sólo esperaba la hora de casarme. Siempre se mostraba muy agradable conmigo y con mi familia; íbamos a su iglesia todos los domingos que permanecíamos en Guatemala, y cancelamos varios viajes a Izabal sólo por verlo y oírlo por lo menos una vez al mes, en Misa.

—Qué sorpresa verlo...

—Sí. Hace mucho que no te veo en la iglesia. ¿Cuándo fue la última vez, a ver...? -y se rascó los grisáceos cabellos. Se mantenía en buena forma a pesar de su edad. Unos sesenta, calculaba.

—Por favor, Padre, usted ya sabe porqué no fui.

—¿Ah sí? Vamos a ver... -se rascó de nuevo la cabeza, haciendo como que pensaba. No pude evitar sonreír- No me digas que la razón fue porque pasaron malos momentos...

—¿Malos momentos? -le miré admirado. Me desagradó que llamara así a aquel infierno.

—Bueno... fueron durísimos, Gerardo, pero esa no es razón para alejarse de Dios -recobré mi seriedad; él, aunque bromeaba a menudo, parecía no perderla jamás.

—Aun así... hubo un tiempo en que no quise ver a nadie.

—Pero hasta Cecilia ha regresado a la vida, ¿Por qué tú no? Jugando con drogas... Dios te perdone -y miró de reojo la coca-. Cecil le había hablado. Seguro.

—Pero, Padre... usted no se imagina lo que esos malditos hicieron. Son unos animales. Espero que mañana los maten a todos.

—Gerardo, no hay que desearle la muerte a nadie. Ninguna persona debe morir a manos de otros.

—Esos no son personas, usted no vio cómo trataron a Cecil, Padre. Tan pequeña y... -tragué dificultosamente. Odiaba recordar eso.

—¡Ah...! -dijo llevándose la mano a la boca- Así que la edad cuenta, ¿eh?

—Claro que sí...

—Dime Gerardo -me interrumpió-, ¿cuántos años tenía esa niña que acaba de salir? ¿Trece, catorce, acaso era mayor que Cecilia? ¿Tú crees que lo que le estás haciendo, pagándole por entregarte su cuerpo, está bien?

—No le pago, Padre, ella me gusta y...

—¿Y tú crees que Cecilia no les gustaba a ellos?

—Yo le gusto también y por favor, no hable más de eso.

—¡Oh! ¿Pero no eras tú el que le dijo a tu mamá que tenían que hablar de eso? ¿Qué no tenían qué ocultarlo?

—Padre, ya cálese. Eso fue antes... antes de...

—¿Antes que Cecil se desviara del camino de Dios?

Lo miré asustado. No creía que Cecil fuera capaz de contarle eso a alguien.

—¿Eso, no es un secreto de Confesión? -le pregunté tratando de cambiar el tema y me senté en el sillón. Él se me acercó.

—No. Me lo contó como amigo. Como el amigo que espero tú me consideres después de tanto tiempo, Gerardo.

—Aun así, creo que no debería mencionarlo.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que te diga lo que ella hacía con la muchacha que le vendía la mariguana en su cuarto?

—Padre... -sabía de qué estaba hablando. Yo mismo lo

había presentado.

—Hijo: reconcílate con Dios. No hay ningún psicólogo que te pueda hacer sentir mejor. ¿Por qué no te olvidas de las mujeres, la droga y del revólver? -vi hacia mi chaqueta. La 38 estaba a la vista. Metí mi cara entre las manos.

—Padre, váyase por favor.

—Vamos, hijo, ¿por qué no lloras un poco? A todos les hace bien. Hasta a los hombres.

—No -dije mirándolo. Sentía cómo me ardían los ojos y la garganta. Los hombres no lloran, pensé rápidamente-. ¿Acaso... acaso Jesucristo lloró en la cruz? -no me dijo nada.

—No, padre. Yo jamás lloraré. Jamás.

—Está bien. Si quieres que me vaya, me voy. Pero te digo que lo que estás haciendo no está bien -le abrí abusivamente la puerta-. Creo que deberías regresar a tu casa; olvidar todo lo malo que estás haciendo, ponerte a estudiar, y pedirle a Dios que te perdone -pasó frente a mí, y salió. Se volteó y esperó una respuesta mía. Se la di.

—Sí Padre. Voy a rezar. ¡Claro que lo voy a hacer! ¿Y sabe qué voy a pedir? -no se inmutó- Le voy a pedir a Dios que le calle la boca al Papa, para que deje de decir idioteces.

—Gerardo...

Le somaté la puerta violentamente. Encendí la radio y le di todo el volumen. Estuve unos momentos entre arrepintiéndome por lo que había hecho y tratando de no llorar, hasta que me pregunté por qué me obligaba a pasar por todo eso. No tenía por qué hacerlo. Di un par de buenas esnifadas en cada venta de la nariz, y casi de inmediato me reí interiormente de lo que había pasado. ¡Pero, si era algo tan insignificante...!

Me pasé totalmente en éxtasis, casi desde que se había marchado el Padre hasta las siete de la noche, cuando sin perder la noción de mis obligaciones, me dirigí a la casa de Tony.

Había dado hasta cinco esnifadas juntas, y me acabé tres cajetillas de fósforos. Al contrario de cómo pensé que me sentiría, un *superman*, estaba medio borracho, trastornado. Me costaba hasta hablar. No tenía la vista clara.

—¿Qué te pasa muchacho? -no esperó respuesta. Me apretó las mejillas- Maldición, te excediste. Maldito muchacho. ¡Eso es peligroso!

—Tú no me dijiste, Tony...

—¡No hay que usar mucho, Gerardo! ¡Por Dios!

—Ah, callate y vámonos ya.

—Oh, no. No amiguito, ni hablar. Hoy no nos acompañas. Tenés qué quedarte, y sin coca. ¿Ok?

Sin esperar respuesta, me empujó gentilmente hacia el baño. Me metió en él y cerró la puerta. Oí que hacía algo por fuera. Sin duda lo estaba atrancando. Era inútil, yo no quería moverme. Sólo dormir. Y me quedé dormido.

De repente dejé de oír los ruidos y vi que empezaban de nuevo. Se abrió la puerta.

—Arriba, muchacho. Hoy es un día de fiesta -vi el tragaluz: ¡había amanecido!

Me lanzó un periódico. Ya me sentía mejor, aunque me pregunté qué habría pasado con el tiempo. Leí el titular: “Cuatro habrían sido fusilados hoy”. Sonreí.

A grandes rasgos, los periódicos decían que, hasta el cierre de sus ediciones, más de media noche, el presidente permanecía

firme en su decisión de permitir el fusilamiento. ¡Bravo por él! Sólo un periódico decía “ajusticiamiento” de los sentenciados.

Otros artículos parecían confirmar una idea: Guatemala estaba de luto. Todos los guatemaltecos parecían tenerles lástima a esos degenerados, a esos animales.

¿Sería posible que sólo yo estuviera contento?

Por la noche pude estar seguro de todo. Estaba confirmado: los cuatro habían muerto a primeras horas de la mañana, fusilados en el Cementerio General.

Nadie parecía celebrarlo. Sólo yo y Tony. No había hablado con Claudia. Sí. Seguro, ella también pensaba igual que yo. Lo iba averiguar. Marqué su número...

—¿Aló? -era su padre.

—Buenas noches, señor, disculpe. ¿Podría comunicarme con Claudia?

—Un momentito, por favor. ¿De parte de quién?

—De Mauricio -dije preguntándome por qué mentía.

—¿Sí? -me contestó después de unos segundos.

—Claudia, habla Gerardo.

—Ah... hola.

—¿Cómo estás?

—Bien ¿y tú?

—Extrañándote... -le dije sinceramente. Mi cama había estado vacía todo el día, pero no era sólo por eso.

—Ah... yo también -oí que reía.

—Me gustaría verte.

—A mí también... -hizo una pausa- Pero creo que por ahora

va a ser difícil. Verás... tengo que estar en el colegio en un evento por lo del Papa y con mis papás el resto del día. Así que se va a poder hasta después que se vaya el Papa.

—¿Y cuándo será eso? -fingí no saberlo.

—El miércoles.

—¿Entonces? -la presioné para que me diera una fecha.

—Nnn... -dijo pensando- El miércoles por la tarde, yo creo que me les voy a escapar a mis papás. Aunque tal vez no salgan... Bueno. ¿Qué te parece el miércoles por la tarde, en... McDonald's?

—¿Qué te parece *Kloster*? -era un lugar bastante tranquilo, caro, pero tranquilo.

—¿A qué horas? -me dijo.

—Por la tarde sería lo mejor.

—¿A las cuatro?

—¿Tres y Media?

—De acuerdo -no la notaba muy feliz.

—Claudia...

—¿Sí?

—¿Te enteraste? -los dos sabíamos perfectamente de qué estaba hablando.

—Sí -dijo cortadamente, y terminó la comunicación.

Comencé a marcar su número para hablarle de nuevo, pero decidí mejor no hacerlo. Tal vez le había afectado un poco. Aunque debería hacerla feliz. Colgué el teléfono y entonces la puerta comenzó a sonar.

Estaban golpeándola con el pie, evidentemente. Pensé que podría ser la orden de pizza que había pedido. Corrí a abrir.

Efectivamente, era la orden de pizza, pero ¿quién la traía? No era el de reparto de pizza. ¡Era el teniente Escobedo!

—Hola, me debe... -hablaba dificultosamente, tenía la factura de la pizza en la boca- cinco cuarenta y cinco.

No pude evitar sonreír. Le abrí totalmente la puerta y tomé la factura de su boca. Cogí los seis quetzales que había apartado, y se los puse sobre las pizzas.

—Puede quedarse con el vuelto -le dije, y reímos.

Dejó las pizzas sobre la cama y me dio la mano.

—Debo felicitarlo -le dije estrechándosela-, hizo un buen trabajo con esos malditos.

—No lo hubiera logrado sin su cooperación... -me acusó.

—¿Qué tal se portó mi hermana? -le pregunté con curiosidad.

—Muy valiente. Es toda una mujercita.

—Lo es... -dije sonriendo mientras él me aceptaba la porción de pizza que le ofrecí.

—Bueno, es evidente que, si no fuera por usted, aún nos faltarían cuatro, ¿verdad?

Sentí que me tragaba la tierra. Recordé la 38 y volteeé a verla.

Escobedo siguió mi vista y la miró. Caminó hacia ella. La desenfundó y le miró el cañón, la acercó a su nariz y aspiró:

—No ha sido disparada. Me alegro -la dejó en su lugar- ¿En dónde escondiste la otra?

—De.... ¿de qué está hablando?

—Ah... -dijo riendo- Si no hubiera estado seguro, tu cara me lo confirma.

—Vamos, teniente, ¿quiere beber algo?

—No gracias.

—¿Guardando la línea?

—No te culpo por lo que hiciste, muchacho. Yo mismo no sé qué habría hecho de estar en tu lugar...

—¡Teniente! No creerá que yo maté al otro, ¿verdad?

—No, yo no lo creo, pero tengo, o mejor dicho tuve una botella con huellas que decían que sí; por supuesto, con el revuelo que hubo, no podíamos probar que eran del asesino. Pero qué más podrías haber estado haciendo allí.

—¿Sólo eso? Pero si yo no tengo huellas registradas en la policía.

—Eso pensé... así que decidí hacerme de un juego y las corroboré... personalmente -me tranquilizó-. En el manubrio de tu auto, y en el de la chapa de esta puerta -dijo señalando a la puerta del cuarto. Eso estuve haciendo todo este tiempo.

—Oh... -dije burlándome, aunque estaba nervioso- Lo felicito teniente *Kojak*, me ha impresionado. Pero no creo que pueda venir a arrestarme sólo con eso.

—Te equivocas, no he venido a arrestarte, porque si quisiera hacerlo, eso sería suficiente para condenarte... Además, tengo una muy buena descripción dada por una prostituta y un delincuente, quienes, según dijeron: “lo reconocerían si volvieran a verlo”. “Era tan joven”. Claro que no estoy seguro si te reconocerían sin barba, pero lo harían si se los pidiéramos por un trato, como el que se perdiera la mitad de su expediente, o algo así.

Lo miraba realmente impresionado.

—Y entonces, ¿por qué...

—Pues porque sé que ya no eras peligroso. Hiciste exactamente lo que otros hubieran hecho hoy por la mañana, si lo hubieras identificado en su momento, y por cierto que hiciste un buen trabajo comprando a los amigos de Castillo, lástima que la policía no tenga tanto dinero.

—¿Qué quiere? -le pregunté a la defensiva.

—En cuanto apareció el nombre del sospechoso, buscado ya por nosotros desde hacía mucho, y el caso vino a mi jurisdicción... y oí las descripciones, te vi a ti tirando del gatillo. “Te voy a presentar a Dios, hijo de puta” -rio-. ¿De dónde sacaste eso? ¿De una película de John Wayne?

—Óigame: si lo que quiere es chantajearme, le advierto que...

—Calma. Vamos por partes.

—A lo que vino, teniente, a lo que vino -le apresuré.

—Está bien. Quería asegurarme que no eres peligroso; vine a cerciorarme que la pistola que le sacaste a aquel fulano la otra noche, en la mesa de veintiuno, no ha sido disparada.

—Pero...

—Te preguntas por qué dejamos que siga operando, ¿verdad? Pues no te lo voy a decir: sólo quiero que sepas que voy a estar siempre tras de ti, para que no volvás a intentar algo así. ¿De acuerdo?

Alguien más llamó a la puerta.

—Me voy. Eso es todo; no quiero que esa pistola sea disparada, ¿de acuerdo? Porque la vamos a rastrear hasta vos.

Se dirigió a la puerta, corrí a abrísela y lo despedí. De verdad que le debía mucho a ese teniente. Al salir quedó sorprendido de ver quiénes estaban buscándome. Los saludó respetuosamente y se marchó volteando a ver cada instante.

—Buenos noches -dije a los dos curas que estaban frente a mi puerta. Evidentemente, no eran simples curas. Tenían unos adornitos rojos, me imaginé que eran amigos del Padre Muñoz. El más anciano habló:

—Buenos noches -vio sobre mis hombros y codeó al joven de menor estatura y de lentes gruesos.

—¿Es usted Gerardo Molina? -dijo el joven.

—Sí, ¿qué pasó... Padre?

—Descuide, no es nada malo -volvió a decir el joven. El viejo me miraba a los ojos con una expresión como si me conociera, como si fuéramos viejos amigos.

Después volvió a ver al joven que lo miraba y asintió.

—Disculpen que no los invite a pasar...

—No se preocupe, nos marchamos inmediatamente. Sólo vinimos a dejarle, en nombre de la Iglesia Católica, esta invitación, buenas noches.

—Buenas noches -dijo el viejo y me tendió un sobre. Tenía mi nombre con una caligrafía estupenda. Me les quedé mirando y se dieron vuelta. Se fueron.

Yo sabía que el Papa planeaba reunirse con cientos de universitarios reunidos al azar, y pensé que también lo haría con... con los de los colegios. Cerré la puerta y leí sin poder dar crédito a mis ojos:

“Guatemala, 4 de marzo de 1983. La Iglesia Católica de Guatemala, en nombre de Su Santidad el Papa Juan Pablo II, se permite informarle que será un placer para su Santidad recibirle personalmente, y para tal ocasión le concede audiencia el día 7 de marzo de 1983, a las 22:00 horas en punto, en la sede de la Nunciatura. Presentar invitación”.

La volvía a meter en el sobre. No tenía la menor idea de porqué tenía eso en la mano. Pero pensé que sería interesante conocerlo, a pesar de lo que él había intentado hacer.

CAPÍTULO V

LA BIENVENIDA

Al día siguiente, 6 de marzo, me levanté como a las nueve de la mañana. Inmediatamente me dirigí al televisor y lo sintonicé en el canal que estaba transmitiendo la llegada del Papa a El Salvador. Regresé a la cama y me quedé viendo todo durante un par de horas, fascinado.

Mi cama estaba vacía. La noche anterior había estado meditando mucho acerca de la invitación y aunque sabía que el Papa no quería hablar “conmigo”: Gerardo Molina, sí quería reunirse con varios jóvenes guatemaltecos, y por una razón desconocida me había elegido. ¡Si supieran lo que le había dicho al Padre Muñoz...! La cuestión es que, de una manera que no alcanzaba a comprender aún, fue como si mi corazón se ablandara. No pasé por Karina como había quedado: sólo esperaba el momento de estrechar entre mis brazos otra vez a Claudia. Incluso había permitido que dos hombres, que habían estado perdiendo por dos o tres días, se retiraran esa noche con casi quinientos quetzales cada uno: ¡los dejé ganar!

Era increíble la recepción que le estaban dando al Papa en el vecino país. Las multitudes se habían lanzado a las calles, convirtiendo ese día en una gran fiesta. Creo que, como yo, muchos esperaban que, en cualquier momento, se atentara contra la vida del Pontífice en el país más convulsionado por las guerrillas de Centro América.

Las cámaras captaron, durante unos segundos, un cartel que me impresionó mucho: “Santo Padre”, -decía- “...perdona a nuestros hermanos nicaragüenses por su comportamiento, no fue su culpa”. El gobierno de Nicaragua había manejado a la masa que acudió al aeropuerto y, con altavoces, gritaron consignas a favor de la revolución sandinista; y los gritaron tanto, que el Papa tuvo que guardar silencio durante varios

minutos. Yo me estremecía ante el televisor cada vez que lo interrumpían.

No lo hubiera creído, quince días atrás, si alguien me hubiese dicho que iba a vivir esos momentos con tanta emoción, hubiese reído. En ese entonces me causaba gracia leer en los periódicos los preparativos en Guatemala y cómo decían: “Hagamos que nuestra patria brille de limpieza: Escobas Santa Lucía...”; anunciaban discos, libros, diplomas, fotos, gorras, playeras, en fin... todo con motivos papales o cristianos. Un artículo en especial, que recuerdo bien, decía que, en Panamá, primera escala del Papa, había 600 hombres para cuidarlo, y ya habían donado, once personas, el tipo de sangre del Papa, diez más estaban en lista por si sufría un atentado o si se presentaba alguna emergencia. Cuando leí todo eso, me dieron ganas de reír: ¿por qué le daban tanta importancia a la visita del Papa? ¡Al fin y al cabo, planeaba recorrer, tarde o temprano, todos los países del mundo! Pero ahora, sabiendo que estaba tan cerca de Guatemala, de verdad, ya estaba comenzando a emocionarme.

Sin apagar el televisor, me levanté por el periódico y comencé a hojearlo. Quería enterarme qué opinaban con respecto a los fusilamientos.

En primera plana había un encabezado en azul:

“El Papa no anulará visita a Guatemala” y un subtítular explicaba: “Fuentes cercanas al Pontífice, aseguran que no existe cambio de planes”.

En letras negras, más pequeñas:

“Sentencia cumplida: 6 fusilados”. Y aparecía una foto de los familiares de los sentenciados frente a las tumbas.

En la página dos se repetía el titular:

“El Papa no anulará visita a Guatemala... las

ejecuciones, si bien plantearon repercusiones en el séquito pontificio, no evidencian un cambio en los planes de Juan Pablo II”.

En pocas palabras, decían que, indignado por los fusilamientos del mes de septiembre anterior, el Papa había encargado que se redactara un pedido de conmutación, pero ya no le fue posible enviarlo porque aquella sentencia estaba cumplida.

“Informe de la Corte Suprema: No fue violado el derecho de defensa. Sí hubo algunos vicios en el proceso, pero no fueron determinantes”.

Presidente Ríos Montt:

“Se actuó con apego a la ley, no soy superior a ella, sino sujeto de ella”.

Todo daba la impresión de que habían tenido un proceso justo, y además, había algo más importante: nadie pidió la gracia basándose en que fuesen inocentes, jamás dijeron eso. Lo que pidieron fue el perdón, mencionando la próxima visita papal, citando el inciso 13 artículo 26 del Estatuto Fundamental de Gobierno; o acogiéndose a la Asociación Internacional y Latinoamericana Pro-Derechos Humanos. ¿En dónde habían dejado los derechos de mi hermana, de mi madre, de Claudia y de Glorita? Se ganaron cada bala que recibieron.

Uno de los abogados dijo que otro de los vicios había consistido en que no se les cobraron los costos judiciales. ¡Ja! Yo mismo los hubiera pagado con gusto.

En otra página se decía que alguien hizo un anillo especial para regalárselo al Papa y, además, se le iban a entregar la Llave de la Ciudad.

En otra página aparecía una foto del camión en que los hombres habían sido transportados, en la madrugada del día

anterior, al Cementerio General para ser ejecutados. Se podía ver, a la entrada del cementerio, un póster gigante con la foto del Papa sobre un mapa de Guatemala.

También se decía que todos habían necesitado el tiro de gracia. Me estremecí al pensar en ello. Ninguno de los fusilados quiso taparse los ojos. Murieron aproximadamente a las 5:05.

Dejé el periódico y vi mucho tiempo el techo.

Llegué a la conclusión de que, si bien era cierto que merecían morir, también es cierto que el presidente, por respeto al Papa, podía haber, al menos, aplazado la ejecución hasta que él abandonara suelos centroamericanos. Pero sí, definitivamente tenían que ser fusilados.

Tomé de nuevo el periódico y seguí leyendo. Había una página entera del Tribunal de Fuero Especial, en donde daban a explicar los hechos que motivaron la sentencia. Se mencionaba el caso de mi familia, pero no sólo se usaban nombres falsos, sino que inventaron 2 testigos más. Se daban datos de los otros ejecutados y abajo, al pie de la página, con grandes letras, decía, de una manera impresionante: “La ley es dura, pero es la ley”.

En la página dedicada a la visita del Papa a Nicaragua, un titular decía:

“Papa: “Eliminemos el odio”.

Y se repetía parte del discurso que ya había oído por la televisión, un día antes, desde Nicaragua.

En otra sección se decía que ya estaba instalada la plaqueta que conmemoraría el momento en que el Papa “besaré tierras chapinas”. Me molestó ese detalle ya que, si el Papa besaba el suelo en cada país que visitaba, exigirle de esa manera que lo hiciera, era irrespetuoso hasta cierto punto. Me pregunté: ¿cómo quedaría el autor de esa idea si el Papa, antes de besar el

suelo, viera la placa y para dar una lección ante Ríos Montt, decidiera no besarlo, al menos en ese lugar?

Había también un artículo en el que aparecía una foto de los organizadores de “la campaña de preparación de la visita del Papa a Guatemala”, dando una conferencia de prensa en el hotel en que habían estado mamá y Cecil. Entre ellos, estaba el padre Muñoz, con un micrófono en la mano y agitando un folleto conmemorativo con la otra.

En fin, el 90% del periódico estaba enfocado, directa o indirectamente, con la próxima venida del Pontífice. Se le daba la bienvenida, ya que llegaría esa misma noche, alrededor de las ocho, en vuelo directo desde El Salvador. No debería hacer más de treinta minutos de vuelo. Había toda clase de anuncios publicitarios acogiéndolo, toda clase de recomendaciones, un mapa de cómo alinearse en el Campo Marte -dónde daría la Misa al día siguiente- y más recomendaciones. Había también una nota especial: el ministro de la Defensa, General Mejía Vítores, anunciaba que estaba prohibida la venta de licores durante la estadía del Papa y dijo que no pensaba en la posibilidad de una guerra religiosa.

Se anunciaba también que iban a construirse varias Plazas de la Paz en Guatemala, una de ellas en la capital y que iba a ser inaugurada por el propio Papa. Se ratificaba su programa de actividades y, en un suplemento especial, se le daba la bienvenida por infinidad de patrocinadores.

Volví a dejar el periódico a un lado, un tanto fastidiado por tanto Papa, pero sin poder dejar de estar, hasta cierto punto, hipnotizado por el asunto. La única noticia deportiva era que el entrenador argentino Cavagnaro, había decidido formar la Selección Pre-Olímpica de fútbol y una Selección de Sólo Promesas. Me pregunté si llegaría al colegio a ver algún juego de mi Selección. Entonces quizá valiera la pena regresar a estudiar.

Estuve meditando unos minutos en mi cama, con la mirada perdida en el techo y con eventuales ojeadas al televisor, cuando el locutor me llamaba la atención. No tenía nada que hacer durante todo el día. Había convencido a Tony que no era bueno para el negocio abrir, ya fuera ese día o los dos días siguientes, ya que pensaba que no habría mucha asistencia: los padres querían estar con sus familias presenciando la visita papal.

Tuve un impulso: llamar a Claudia para reunirnos e ir a las cercanías del aeropuerto, para recibir al famoso visitante; tenía ganas de ver de cerca, además, el Papamóvil.

Marqué su número, pero nadie contestó. Deseaba verla también a ella. Cada vez que la recordaba acudía a mi mente el aroma de su perfume...

Llamé a mi casa para ver la posibilidad de ir con ellos, pero me contestó una nueva empleada: ellas no estaban. Desistí completamente del asunto.

¡Por fin llegó la hora! El Papa Juan Pablo II, sumo Pontífice de la Iglesia Católica, había dejado tierras salvadoreñas. Ahora, en ese preciso instante, su avión de la línea *Alitalia*, se estaba dirigiendo a gran velocidad al aeropuerto internacional La Aurora, en Guatemala.

Había pasado las dos últimas horas frente al televisor, sin entender el porqué de esa extraña excitación en mi corazón. Tanto así, que estuve tentado de tomar el auto y dirigirme a toda velocidad a la ciudad capital y observarlo el papamóvil a su paso desde el aeropuerto a la nunciatura apostólica. Ahora me arrepentía de no haberlo hecho.

Los minutos transcurrieron lentamente. El aeropuerto había sido cerrado desde hacía horas, de modo que el único avión sobre Guatemala debería ser el de Juan Pablo II. Me invadía una extraña emoción. Realmente me había alegrado que el Papa no cancelara su visita a Guatemala después del

fusilamiento, y esperaba que el pueblo supiera comportarse a la altura.

Los locutores de televisión se habían unido para la transmisión de la llegada y desde hacía unos minutos tenían realmente emocionado al pueblo guatemalteco. Me parecía imposible que los evangélicos no pudieran emocionarse un poquito ante el suceso. Y más que nunca, las notas de las marimbas que estaban en el aeropuerto estaban llegando al corazón y haciéndome sentir muy orgulloso de ser chapín.

También me sorprendió mucho la cordialidad con que los locutores, prácticamente enemigos en el aire, estaban tratándose unos a otros. Todos eran un solo equipo, un histórico equipo de transmisión y como tal, se estaban portando a la altura.

El locutor en turno anunció que el avión estaba sobrevolando la ciudad capital. Sentí un fuerte escalofrío por todo el cuerpo. Me levanté corriendo al pequeño refrigerador y saqué una gaseosa de uva. La bebí sin pausa. Me senté, presionado, ante el televisor. Sólo era cuestión de minutos antes que el visitante terminara de llegar.

De repente, una toma. Unas luces se movían en el aire. Sí. Era el avión que ya enfilaba rumbo a la pista de aterrizaje. Se vieron fuegos pirotécnicos a los costados del avión. Era realmente emocionante.

De pronto me di cuenta de que me costaba mantener la respiración a un ritmo constante. Era increíble. Maldije por encontrarme tan lejos y tan cerca de ese acontecimiento. Vi cómo el avión se acercaba al aeropuerto, aunque realmente sólo miraba sus luces lo conocía perfectamente, después de haberlo visto posarse en los aeropuertos principales de Centro América.

Observé conteniendo la respiración, el momento preciso en que se posaba al extremo de la pista. Lo vi acercarse al as cámaras y pasar frente a ellas a gran velocidad; lo vi perderse

por el otro extremo. Por unos momentos, el avión estuvo fuera de vista y entonces un locutor tomó su lugar en la pantalla. Maldije, pero me agradó comprobar que estaba tanto o más emocionado que yo. De repente, otra toma: la aeronave se acercaba, a vuelta de rueda, al lugar señalado para detenerse, completamente iluminado por gran cantidad de reflectores colocados estratégicamente. Me costaba tragar. Sentía de nuevo la boca seca.

Por fin se detuvo justo frente a la escalinata mecánica, colocada al final de una gran alfombra roja, a la par de donde habían colocado la plaqueta que tanto me indignó. Hubo un momento de gran expectación. Todos esperaban que la puerta se abriera y el Papa apareciera saludando. Pero no. Un locutor explicó que el Cardenal Mario Casariego debería subir a invitarlo formalmente a descender: puro protocolo; que en otras circunstancias me hubiera parecido hasta ridículo. Al fin se abrió la compuerta y el Cardenal, uno de los que había elegido al Pontífice, subió la escalera acompañado por otros sacerdotes, incluyendo al Padre Muñoz; yo no estaba seguro de si ya era obispo o arzobispo. Ingresaron en el avión.

La tensión crecía a cada instante: ¿y si el papa no aceptara la invitación? Me molesté conmigo mismo por preguntarme tales estupideces.

Y allí estaba. Saludando desde arriba de la escalinata.

No podía dejar de sonreír. El locutor dijo que se escuchaban, por todas partes, detonaciones de cohetillos y bombas pirotécnicas, mientras las marimbas entonaban una alegre tonada. Se me puso la carne de gallina.

Comenzó a bajar seguido por dos curas altísimos, seguramente guardaespaldas, como yo había supuesto con anterioridad, y luego el resto de la comitiva. Llegó al último escalón, miró hacia las tribunas repletas y se posó en la alfombra roja. Inmediatamente se dirigió a un borde de ellas -

curiosamente, la contraria a la plaqueta-, se hincó y besó el suelo. ¡Había besado a Guatemala entera!

Comenzó a caminar entre un gran bullicio y de pronto, al notar la plaqueta, se inclinó tratando de leerla, pero era imposible. Continuó hacia la tarima.

Había llegado. Cada personaje en la tarima estaba acompañado de su pareja. Se dirigió hacia al presidente, se detuvo frente a él y se estrecharon las manos, sonriendo. Me pregunté en qué habrían pensado ambos al verse a los ojos. Sin duda, en algo relacionado con las ejecuciones. Saludó a otras personas y, después de unos momentos, tomó su lugar en la tarima, adornada por una gigantesca bandera nacional.

Y, ante mi asombro, un interminable desfile de parejas comenzó a acercarse a la tribuna, a presentarle respetos a Su Santidad. Sin duda, eran también funcionarios del gobierno. ¿Pero tantos? Al darme cuenta de la extensión de la fila tuve otro impulso: salir corriendo, encender el auto y dirigirme hacia la capital.

Lo descarté inmediatamente, pensando que luego me sentiría ridículo. Ya estaba comenzando a sentirme así por tener esa emoción, tan rara y a la vez tan agradable. Siempre me he reprochado no haberlo hecho.

Después de media hora de actos, el Papa abordó el Papamóvil y salió del aeropuerto. Según habían dicho los locutores, todo el recorrido estaba abarrotado de personas, y para que más gente tuviera la oportunidad de verlo ese día, había hecho un recorrido más largo, una especie de rodeo antes de llegar a la Nunciatura, en donde pasaría la noche.

Me había imaginado que habría una explosión de júbilo en las calles y esperé ansiosamente verlo. Pero me decepcionó. Únicamente habían colocado tres cámaras a su paso y por ahí el Papamóvil pasó demasiado rápido, según mi criterio, para poder

apreciar mayor cosa, a pesar de que el diseño del auto estaba especialmente destinado a dar una gran visión de su interior.

Un poco decepcionado, apagué el televisor y dije una oración, ¡por primera vez desde aquella mañana! Pidiéndole a Dios que protegiera al visitante durante su estancia en mi país.

CAPÍTULO VI

EL HOMBRE

La mañana siguiente mi radio-reloj-despertador me despertó, de nuevo, a las nueve de la mañana; justo como yo lo deseaba, con una música suave y con poco volumen. Inmediatamente salté de la cama y me dirigí al televisor. Todos los canales estaban en cadena, pero cada cual con su propio comentarista o comentaristas. El Papa estaba aún en Palacio Nacional, en una entrevista con Efraín Ríos Montt. Hubiera dado todo por saber qué se dijeron al tratar el asunto de los fusilados, porque me imagino que debieron haberlo discutido.

A las nueve y cuarto en punto, abandonó el palacio, abordó el Papamóvil y tomó rumbo al Campo Marte, en donde, según los comentaristas, más de un millón de personas le esperaban para participar en la misa que él mismo iniciaría a las nueve y media.

Quedé realmente impresionado al ver hasta dónde llegaba la cultura de mi pueblo. Yo los había oído gritar toda clase de insultos en el estadio de fútbol y me preguntaba si realmente serían las mismas personas. Todos se mostraron muy respetuosos y demostraron su alegría al vitorear al Príncipe de la Iglesia durante todo su recorrido hasta el Campo Marte, camino que estaba marcado por alfombras de aserrín inmensas, semejantes a las que los chapines acostumbran a hacer durante la Semana Santa.

Unos cinco minutos después de la hora señalada, la majestuosa Misa dio principio, oficiándola el Papa acompañado de otros sacerdotes, incluyendo al Padre Muñoz, en una inmensa tarima fabricada para esa ocasión.

Continué hipnotizado frente al televisor, oyendo las palabras del Vicario de Cristo, hasta el momento en que comenzaron a repartir la Eucaristía. Sabía que, después de eso,

también iba a renovar los votos de unas cuantas parejas, así que decidí levantarme e ir a desayunar al restaurante del hotel. Juan Pablo II me caía muy bien. No estaba aún muy seguro si era por su acento al hablar el español, o por ser la personalidad que era, pero me parecía gracioso su acento. No estaba convencido de que supiera realmente hablarlo, o si solamente tenía noción sobre cómo leerlo. Al llegar al restaurante me sorprendió no encontrar a los gringos, ni allí ni en la piscina, pero me imaginé en dónde estarían: en la capital, intentando ver al Papa. Yo ya lo vería por la noche, aunque todavía no estaba seguro de qué circunstancias rodearían nuestro encuentro.

Después de terminada la Misa, a la cual efectivamente había asistido una muchedumbre, me metí en la piscina y no salí de ella hasta las tres de la tarde. A esa hora me dirigí a la casa de Tony, donde habíamos quedado de reunirnos antes de salir yo para la capital.

—¿Te vas a llevar la pistola? -me miró sorprendido.

—¿Y qué tiene?

—Que te pueden registrar.

—No creo. Tengo invitación, ¿recordás?

—Sí, pero no sé... el Papa es el Papa; ya trataron de matarlo una vez, y no creo que Ríos Montt quiera que intenten matarlo aquí.

Tony tenía razón. Era bastante probable que estuvieran registrando a la entrada de la Nunciatura; pero yo ya no me sentía seguro si no cargaba mi pistola. Bebí un buen trago de cerveza mientras miraba hacia el televisor. El Papa estaba oficiando una Misa en Quetzaltenango, en donde en unos instantes coronaría a la Virgen del Rosario.

Estábamos los dos solos. Tony, por primera vez en quién sabe cuánto tiempo, no había dormido con una mujer; me

sorprendió mucho darme cuenta hasta qué punto la visita podía influir en las personas; ninguno de los dos habíamos probado la cocaína. Sólo cerveza, pero la cerveza no era nada malo.

A las seis de la tarde, cuando el Papa abordó el helicóptero que lo llevaría a la capital, pasando antes por el cielo de La Antigua, me despedí de Tony y tomé rumbo a la salida de la ciudad. Antes de salir de ella, me sorprendió también el increíble número de personas que se comenzaban a congregarse en las calles de La Antigua para saludar, aunque sea de lejos, al helicóptero que en unos minutos sobrevolaría la ciudad más religiosa del país.

Alrededor de las siete de la noche, después de dudarlo mucho, estacionaba mi auto, por primera vez en muchísimo tiempo, en el interior de mi casa.

—Oh, Gerardo —exclamó mi hermana—, qué bueno que viniste, te extrañamos.

—Yo también las extraño —me sentí conmovido. Ella se apartó un poco de mí y me miró con dulzura. Luego llevó su mano a mi mejilla y me acarició.

—Qué guapo te mirás, así —me dio un beso en la mejilla recién acariciada.

—¿Cómo?

—Así, rasurado —dijo sonriendo y yo no pude evitar echarme a reír. Sí. En verdad yo también me sentía mejor así, con la cara limpia.

Mamá me recibió con igual entusiasmo. Casi se echó a llorar. Como a las ocho, después de haber visto la reunión del Papa con las monjas y sacerdotes en el Colegio Don Bosco, donde el Papa cantó, la nueva empleada doméstica, como de unos 22 años, nos sirvió la cena a todos. Mi mamá insistió en que yo dijera la Oración de Gracias, y aunque aún no me sentía

con ánimos para agradecerle nada a nadie, balbuceé unas palabras:

—Señor, derrama tus bendiciones sobre estos alimentos, que de ti hemos recibido.

—Amén -dijeron ambas.

—Vaya, de veras tenés hambre -me dijo bromeando Cecil.

—Es que... ya había olvidado cómo hacerlo -traté de justificarme.

—Bueno, de ahora en adelante, todo será diferente -dijo mamá muy ilusionada.

Decidí no echar a perder su alegría diciéndole que no pensaba regresar realmente a vivir como antes, porque eso sería imposible.

—Hoy a las diez tengo una cita con el Papa -les dije, intentando desviar el tema.

Ambas rieron como si se tratase de una mala broma. Al ver que no me creían saqué el sobre.

—Tengan, incrédulas -les dije lanzándole el sobre a Cecil.

Ella, después de dudar unos segundos, lo tomó, lo abrió y lo leyó.

—Es verdad -dijo viendo a mamá. Le pasó la invitación.

—¿Cómo la conseguiste?

—¿La verdad, verdad? -jugué con ellas.

—Sí -dijeron ambas.

—Pues... -sonreí- no lo sé.

—¿Qué? -me dijo Cecil.

—Pues sí. No sé por qué la tengo. Sólo sé que unos curas

me la fueron a dejar al hotel y allá voy. Supongo que será interesante.

—¿Interesante? ¿Una entrevista con el Papa?

—Bueno Cecil -le dije-, la verdad es que no creo que vaya a ser algo tan personal. Seguro que hay cientos de personas con una invitación como esta.

—Pues no, he visto varias, incluso yo tengo una, pero sólo sirven para entrar a los jardines de la Nunciatura.

—¿Ah sí? -comencé a preocuparme.

—Sí -insistió Cecil.

—¿Y pensás ir? -la miré.

—Pues, no sé, supongo que esas actividades ya están empezando, llegaría tarde.

—¡Vámonos, gatita! Si ambos tenemos una invitación, no veo porqué estamos aún aquí. ¿Te importa mama?

—¡Claro que no! Vayan; apúrense.

Y ni bien dicho esto, nos levantamos, nos medio aseamos y salimos rumbo a la Nunciatura. Pude comprobar que los muebles de la sala ya no eran los mismos.

—¿Te importa si pasamos por Carlos? -le dije- Hace mucho que no lo veo.

—Claro que no, vamos -me lo dijo sonriendo, como antes...

Llegamos a la Nunciatura después de pasar por mi amigo, esperar que se arreglara y buscar un buen parqueo... casi a las nueve de la noche. No hubo problema en entrar a Carlos con nosotros, a pesar de que no tenía invitación. La de Cecil la recogieron, la mía no.

Había muchos círculos de personas cantando alegremente. Vimos a la distancia a algunos amigos y nos unimos a ellos.

Estaban bastante cerca de la habitación donde, supuse, dormiría el Papa.

Nos echamos con ellos sobre la grama y después de intercambiar palabras, presentaciones y todo lo que suele decirse en esas ocasiones, se pusieron a cantar, sólo interrumpiendo alguien, de vez en cuando, para hacer alguna observación sobre lo que había sido la visita papal hasta ese momento.

Después de lo que me parecieron sólo unos minutos, Cecil me tocó el brazo. Yo la miré.

—Ya casi son las diez -vi mi reloj, sorprendido.

Era verdad, qué rápido había pasado el tiempo. Me puse de pie dando excusas y preguntándome por qué las daba y me dirigí hacia el interior del edificio.

Había una puerta entreabierta, y abriéndome paso entre la muchedumbre de jóvenes, conseguí llegar a ella. La toqué tímidamente con la invitación en la mano. Casi de inmediato un sacerdote se asomó por ella.

—Buenas noches... -le dije. Y viendo el sobre, me tendió su mano pidiéndomela. Se la entregué.

—Pase adelante -dijo-, el Santo Padre lo recibirá en cualquier momento.

Y me guió hasta una sala de espera, en la cual yo esperaba ver a una gran cantidad de personas. Había relativo silencio dentro del edificio, aunque se podían oír los alegres cánticos de los jóvenes afuera.

Poco a poco, los nervios fueron haciendo presa de mí. Maldije interiormente por sentirme así. Pero quedé paralizado cuando la puerta del despacho, frente al cual yo esperaba, se abrió.

Un hombre salía de espaldas. Me pareció conocerlo, pero no lograba identificarlo. ¡De pronto allí estaba, con su sotana blanca, Juan Pablo II! El hombre se arrodilló y besándole cortésmente sus anillos, salió de la habitación haciendo gestos de agradecimiento. Entonces lo reconocí: era don Carlos Estrada, uno de los líderes más devotos de la Semana Santa en el país.

El Papa iba a cerrar la puerta, pero me vio. Sentí enrojecer mis mejillas y temblar cada músculo de mi cuerpo. Abrió totalmente de nuevo y salió del despacho caminando hacia mí. Me puse de pie instintivamente, con una sonrisa en mi rostro. Él se detuvo:

—¿Tú eres Gerardo Molina?

Iba a decir “sí”, pero no podía articular palabra, sólo hice un gesto afirmativo.

—Bien -dijo sonriendo y sólo con leves rasgos del acento que durante la última semana me había acostumbrado a oírle-. Pasa entonces, hijo mío.

Me acerqué a él y recordando al Señor Estrada, me incliné y besé el anillo en su mano.

—Buenos noches... ¡No sabía cómo llamarlo!

—Todos me llaman “Su Santidad” -me ayudó sonriendo mientras cerraba la puerta-. Te diría que me llames Juan Pablo solamente, pero te desilusionaría -y rió.

Yo no podía creerlo. ¡El Papa estaba bromeando conmigo! La emoción que vivía en aquel instante me impidió guardar sus amables palabras; no las recuerdo textualmente. Percibía los latidos de mi corazón chocando en mi cerebro. Me dijo que me tranquilizara y agregó, en tono de broma, que era él quien debería sentirse nervioso. En ningún momento dejó de esbozar una sonrisa, aunque sin duda estaba agotado por la jornada. Yo

estaba tan inhibido que él tuvo qué empujarme a decir algo: “Tengo entendido que te trae un motivo especial, ¿no es así?”

—Su voz no se oye como en la televisión... - ¡No sé por qué le dije esa estupidez! Él sonrió:- “Eres muy original para presentarte... Ante el micrófono tengo que esforzarme un poco más para hablar vuestro idioma, pero este es un encuentro privado entre tú y yo”. Me pareció que intentaba darme a entender, sutilmente, que habría otras personas esperando para verlo también. Comprendí que debía aprovechar el tiempo.

—Recibí una invitación personal para venir a saludarlo y...

—Me alegra mucho que la hayas aceptado; te hemos llamado porque el obispo Muñoz me habló de ti, de tu familia y de vuestro sufrimiento; os he tenido presente en mis oraciones - me indicó que me sentara mientras él también lo hacía. Quedamos frente a frente y como yo no me atreví a reiniciar el diálogo, nuevamente lo hizo él: “El Obispo Muñoz tiene muchas esperanzas puestas en ti y lo comprendo; algún día serás un hombre importante, no sólo para tu familia sino para vuestro país. Estoy informado acerca de la clase de personas que sois; sé de vuestra fe y de vuestra vida cristiana”. Me alarmé. Pensé que el Obispo Muñoz también le habría dicho algo acerca de mi vida en las últimas semanas.

—¿Qué le contó el Padre Muñoz? -así le decíamos en el Liceo; yo aún no me acostumbraba a llamarlo “Obispo Muñoz”.

—Todo. Todo lo que él creyó conveniente revelarme acerca de vosotros. Y, de manera especial, todo acerca de ti; desde tu bautismo y tu progreso en los estudios, hasta lo que piensas respecto a las ejecuciones...

—Se lo merecían -le interrumpí.

—Esos sentimientos no son propios de un joven que ha recibido educación cristiana, hijo mío.

—¡No quisiera hablar de eso... no con...

—¿No con el Papa? ¿Por qué? ¿Piensas que el Papa no puede comprender?

—Con todo respeto... Pienso que las... las cosas horribles que yo he visto están muy lejos de Su Santidad... Hemos sufrido, en carne propia, lo que usted jamás podrá imaginarse. ¡Ellos merecían morir porque destruyeron a mi familia!

Me respondió citando una parte del Evangelio, una donde Dios dice “mía es la justicia”, o algo así; lo cierto es que, de acuerdo con esas palabras, nadie tiene derecho a decidir sobre la vida de un ser humano.

—¡Esos no eran seres humanos -le dije-, eran unos animales! -Sentí que las lágrimas se me saldrían y traté de controlarme, respirando profundamente.

—No hables así, Gerardo...

—Es que no puedo olvidar lo que esos... degenerados... le hicieron a mi hermanita, a Claudia y a... - bajé inconscientemente la cabeza, apenas pude repetir: “arruinaron a mi familia”.

—Conozco perfectamente vuestro sufrimiento, pero escúchame Gerardo: aún eres muy joven -sentí su voz muy cerca de mí y su mano sobre mi cabeza. Una extraña sensación me inundó- Todavía no has empezado a luchar, no realmente; apenas empiezas a vivir, y aunque has visto el mal golpear a las personas a quienes más amas, tienes que reflexionar acerca de lo que Cristo os pide en esta hora. ¿Qué hay de vuestra fe? ¿Crees que el mal se combate con el mal? Dichoso tú que no habéis caído como ellos... -sus palabras me asustaron; me llegaron muy al fondo.

—¡Su Santidad... es que yo... yo maté a unos de los... a uno de ellos -la presión de su mano sobre mí no se alteró en absoluto;

levanté la vista hacia él, pensando que quizás no me había escuchado: “yo maté a uno...! ¡Yo!”

—¿Sientes verdadero arrepentimiento por tus acciones?

—Creo que...

—Arrepiéntete, pide el perdón de Dios, por todos tus pecados.

Mi corazón estaba tan endurecido que aún traté de posponer mi decisión: “Mi hermana dice que ya los perdonó. ¡Pero yo no puedo!”

—El obispo Muñoz también me habló de tu hermana, de lo que sufrió; incluso de su reacción ante lo vivido; pero ella está sinceramente arrepentida. Ha obtenido el perdón de Dios y ahora empieza una nueva vida en Cristo.

—Sí. Ella está cantando allá afuera, con los jóvenes...

—Lo creo. Sabemos la clase de persona que es y también esperamos eso de ti, Gerardo; te deseamos un futuro brillante y rogamos al Padre que no te pierdas por un sentimiento que debes olvidar y desterrar de tu alma, por el bien de todos...

—Quiero olvidarlo, Su Santidad, ¡ayúdeme!

—Cristo tiene poder y autoridad para romper las ataduras del pecado y sus consecuencias, vuelve a él, confía en él y pide su perdón.

Me incliné, sintiendo que todos mis argumentos, y hasta el nudo que tenía en mi corazón, estaban deshaciéndose.

—Respóndeme, Gerardo: ¿Estás realmente arrepentido de todos tus pecados?

—Sí, Su Santidad...

—¿Estás dispuesto a comenzar una nueva vida en Cristo?

—Sí -sentí un gran alivio; creí encontrar el estado de

tranquilidad que tanto había buscado en las drogas:- “Sí, Su Santidad, se lo prometo”. Él dijo unas palabras en latín. Puse una rodilla en el piso para recibir la absolución y un gran peso me abandonó. ¡Me sentí libre, por fin! “Gracias, Su Santidad”. Entonces recordé algo: “Hay algo que no le he dicho, Su Santidad... yo tuve relaciones con una amiga, ella es... -¡no pude decir su nombre!

—¿Ella es quién?

—Una amiga que sufrió lo mismo que mi familia, pasó por la misma experiencia; al principio solamente sentía lástima por ella, pero ahora creo que la amo...

—¿Y qué piensas que es lo más correcto?

—¡Deseo casarme con ella!

—Hazlo y que Dios os bendiga -luego agregó:- y acerca de tus estudios... ¿qué piensas?

—Todavía no lo he pensado...

—Te aconsejo seguir una carrera universitaria; vosotros los jóvenes debéis prepararos convenientemente para el futuro, así podréis servir eficazmente a Dios y a vuestro pueblo.

—Sí, Su Santidad. Muchas gracias -¡ahora era yo quien no dejaba de sonreír!

—Tendrás que excusarme -dijo, poniéndose de pie.

—Entiendo... Sólo una última cosa, Su Santidad...

—Habla, hijo mío...

—Este... -sentía un poco de vergüenza, pero se lo dije:- sería posible que yo le... es decir ¿me permitiría escribirle de cuando en cuando?

—Será muy agradable para nosotros recibir vuestras noticias.

Me arrodillé de nuevo y le besé el anillo. Él me ayudó a ponerme de pie: ¡Anda ahora, a luchar en el mundo, Gerardo, y que Dios te bendiga como yo lo hago también -nuevamente habló en latín:- ...et Espíritu Santo, amén!

—Amén.

Se encaminó a la puerta y yo lo seguí. El ruido de afuera pareció crecer. En el último instante, dándome una palmada, me dijo: “El Papa saldrá unos momentos al balcón; os dará tiempo para acercaros, deseo conocer a tu hermana...

—Cecil.

—A Cecil; llévala contigo a mi balcón.

Salí casi corriendo, por el pasillo, sentía su mirada sobre mí. Busqué a Cecil y, cuando por fin la encontré, los llamé a ella y a Carlos. Y casi empujándolos entre el gentío, les dí la buena noticia:- ¡Saldrá unos momentos al balcón y quiere vernos de cerca!

—¿De qué hablaron? -me preguntó Cecil.

—Ya te lo contaré.

Después de algunos minutos, las puertas del balcón se abrieron; hubo una ovación y salió el Papa.

Vi claramente cómo, mientras todos le aclamaban, él forzaba la vista ante los reflectores para localizarnos entre la multitud. Hizo la señal de la Cruz y parecía mirar fijamente a Cecil. ¡Ella me miró, sonriendo, como si no pudiera creerlo!

—Vuestros cantos son muy bonitos -el Papa hablaba ante los micrófonos; aplausos-. Especialmente la Luna de Xelajú... —Vivas; más aplausos y gritos de alegría-. Pero el Papa necesita dormir...

A MANERA DE EPILOGO

Unos minutos después de haber recibido la nota en el restaurante, estaba yo llegando a la calle donde crecimos juntos y tuve que aminorar repentinamente la marcha del *Mercedes*, porque frente a la casa de Claudia había una ambulancia estacionada que casi me dejó petrificado.

No sé cuánto tiempo me llevó el llegar, pero al fin detuve el auto al otro lado de la calle. Permanecí aferrado al volante, deseando desesperadamente que no hubiera ocurrido lo que tanto temía. Entonces vi a mi hermana que salía de casa de Claudia. Caminaba rápida y nerviosamente. Llegó a la banqueta y se dirigió a nuestra casa, pero me vio; se quedó parada, mirándome, entrelazó las manos y las subió a la altura de su boca, como si eso pudiera evitar su amargo llanto.

Bajé del auto y me quedé mirándola, tratando de leer en su expresión que me diría que todo lo que yo creía, en realidad no había sucedido. Cecil soltó las manos y atravesó la calle corriendo. Luego comenzó a caminar lentamente, hacia donde yo estaba y se detuvo como a dos metros de distancia.

Sus ojos estaban enrojecidos. Respiraba con dificultad y creo que temblaba. Yo la esperaba con miradas suplicantes; con miradas que, aunque mudas, le gritaban: “¿Qué pasó? Dime que todo está bien, que ella está bien. Que después de todo no se atrevió, que le faltó valor y que realmente comprendió que yo la amo. Dímelo por favor”. Pero su expresión era elocuente. Estaba angustiada. Entonces yo le pedía: “por favor hermanita, dime que los bomberos llegaron a tiempo; que ella estará bien en unos días y que entonces yo podré pedirle que se case conmigo, que viviremos felices para siempre”.

Pudieron ser sólo unos segundos, pero a mí me parecieron minutos... largos minutos en los que yo agonizaba. Entonces Cecil se arrojó en mis brazos sollozando.

Permanecimos unos instantes así, fundidos en un abrazo. Yo oía sus sollozos y quería convencerme de que ella no lloraba sino reía. Sí. Ella reía como tantas veces antes lo habíamos hecho... como tantas veces antes lo habíamos hecho los tres; y pronto volveríamos a hacerlo...

Le acaricié su hermoso pelo y cerré fuertemente los ojos para evitar contagiarme de sus sentimientos, cosa que ya comenzaba a suceder; cuando por fin nos separamos, quedando una vez más uno frente al otro, sus labios se movieron en un vano intento de articular palabra. Luego una vez más y por fin dijo:

—Ella... tomó pastillas y... -se echó a llorar.

La tomé de nuevo en mis brazos y permanecimos así unos instantes. Se fue calmando poco a poco. Un murmullo que vino de enfrente, de los curiosos que ya se aglomeraban, la trajo de nuevo a la realidad. Se separó un poco y hablándome en tono de confidencia me dijo:

—Ella te quería mucho. Lo sabías, ¿verdad?

—Sí. Lo sabía.

La atraje a mí, tomándole la cabeza tiernamente y le di un beso en la frente. En seguida comenzamos a caminar, sin ninguna prisa, hacia nuestra casa.

Durante ese corto trayecto, los momentos más lindos que habíamos vivido con Claudia pasaron por mi mente, quizá demasiado rápido. Desde el primer día en que la vi, hasta la última vez que estuvimos juntos, siempre fuimos alegres; jamás nos habíamos disgustado por nada ni por nadie. A excepción, claro, de aquel maldito día... ¡Bueno, esas escenas, inevitablemente, también vinieron a mi mente y no pude menos que odiar una vez más a esos desgraciados! Aunque, la verdad, nunca supe si Claudia los había perdonado igual que Cecil.

Fue entonces cuando recordé que llevaba una nota conmigo.

Me detuve. La busqué en el bolsillo derecho del *jeans* y luego en el delantero, del otro lado. Allí estaba. La desdoblé lentamente y sintiendo un nudo en la garganta, comencé a leer:

“Gerardo: Antes que nada, quiero que sepas que el amor que yo sentí por ti fue, siempre, tan puro como el agua. Incluso después de... tú ya sabes. Por eso, quiero que me perdones por lo que voy a hacer, pero quiero que sepas que no sólo lo hago pensando en mí, sino en ambos, mejor dicho: en todos. Gerardo, probablemente cuanto tú estés leyendo esto, yo ya estaré muerta. Siempre y cuando no me falte el valor que tuvo Glorita. De ser así, quiero pedirte que me olvides por completo, ya que estoy segura que será mejor para ti. Lo nuestro es, ahora, imposible.

Gerardo. Con respecto a lo que pasó la otra noche, entré tú y yo, aunque no lo pienses así, te lo juro, fue para mí lo más maravilloso que me pasó en toda mi vida; tú fuiste la persona más maravillosa que conocí y si a donde voy se puede, debes estar seguro que permaneceré pensando en ti, a donde quiera que vaya, por toda la eternidad.

A pesar de eso quiero que me perdones, pues el principal motivo para haber estado contigo... me avergüenza mucho y...”

Tuve que darle vuelta a la hoja para seguir leyendo. Me froté los ojos porque la vista se me comenzaba a humedecer. La garganta me ardía, pero, sobre todo, sentía una furia como nunca antes había experimentado, a tal punto que las manos me temblaban. Seguí leyendo mientras mi hermana me veía:

“...y por eso me arrepiento tanto... Gerardo, yo estaba embarazada y quería que tú creyeras, después de un tiempo,

que ese bebé era tuyo. Cómo me sentiría de feliz si eso fuera cierto, ¡pero no! No podía dejar de pensar en lo que pasaría si ese bebé no se pareciera en nada a ti. Y al llegar a la conclusión de que era imposible que de aquellos hombres naciera alguien tan hermoso y maravilloso como tú, no vi otra salida: tenía que evitar que él naciera. Yo no sería capaz de matarlo y seguir viviendo como si nada hubiera pasado; entonces comprendí que debo acompañarlo, a donde quiera que vaya, ya que estará tan indefenso...

Te amé, aún te amo y siempre te amaré.”

Respiré profundamente, entregué la nota a Cecil, alcé la vista al cielo y seguí caminando sin darle importancia a nada a mi alrededor.

Acababa de comprender, perfectamente, algo que había estado tratando de evitar. Era una verdad tan obvia, que el querer ignorarla era como tapar el sol con un dedo. No. No importa lo que cualquiera haya dicho o aún pueda decir. Nuestras vidas jamás podrán ser las mismas otra vez. ¡Jamás! Hemos quedado, y para toda la vida, ¡marcados!

**Conéctese
con el autor
en línea**

e-mail:
autor.hector.arriola@serviciosGt.com

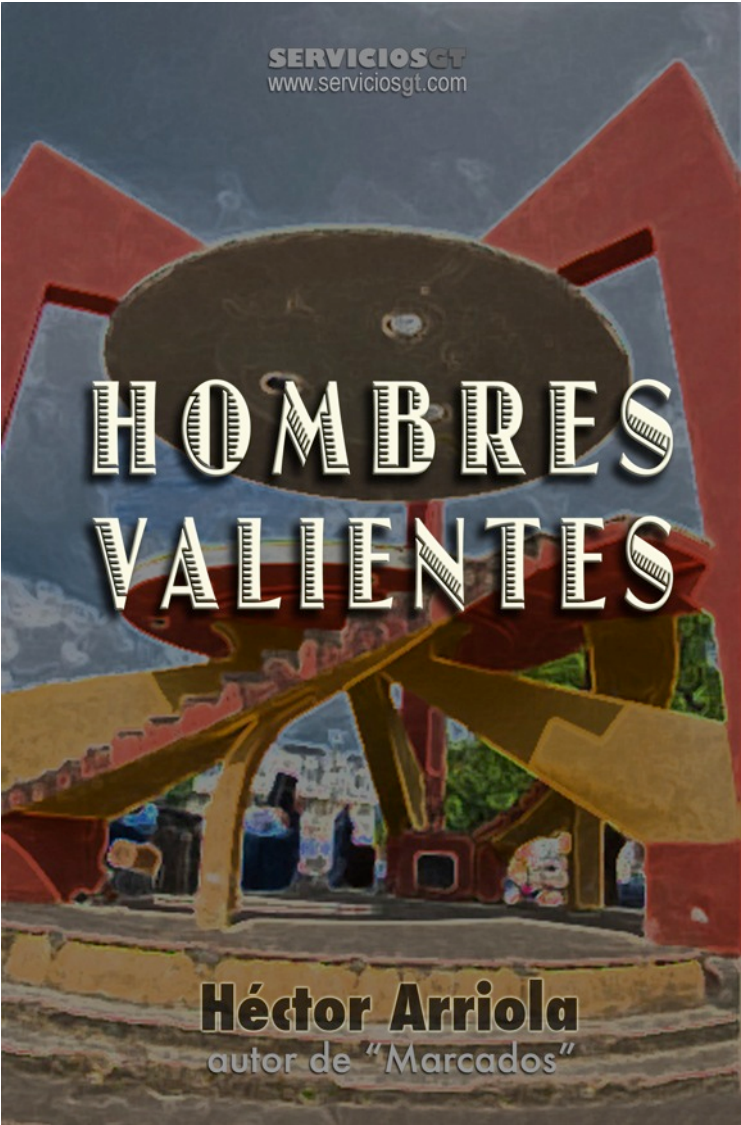
Twitter:
[@autorHArriola](https://twitter.com/autorHArriola)

Facebook:
[AutorHectorArriola](https://www.facebook.com/AutorHectorArriola)

**Descubra
otros
títulos**

facebook.com/libros.guatemaltecos

www.ServiciosGt.com



SERVICIOSGT
www.serviciosgt.com

HOMBRES VALIENTES

Héctor Arriola
autor de "Marcados"



“Hombres Valientes” es la historia de un joven estudiante de Medicina y describe los cambios inevitables a los que se ve sometida su conciencia y su solidario carácter, al enfrentarse a las duras y crudas realidades por las que atraviesan millones de sus compatriotas menos afortunados; situaciones tan fuertes que le llevan a involucrarse de forma involuntaria en la pugna ejército/guerrilla que durante más de 30 años mantuvo a su país, Guatemala, en un estado de terror.

Héctor Arriola es médico y cirujano, guatemalteco y residente en Guatemala. Con su primera novela “Marcados”, cuyo tema gira acerca de importantes hechos ocurridos alrededor de la 1a. visita de Juan Pablo II a Guatemala, mientras ejercía el poder el controversial General Efraín Ríos Montt, obtuvo el 3er. lugar en el Premio Guatemalteco de Novela a los 21 años de edad.

SERVICIOSGT
www.serviciosgt.com

HÉCTOR ARRIOLA

Semanas de Ilusiones

*“A veces las complicaciones del amor
obligan a los corazones jóvenes a tomar
decisiones reservadas a los adultos”*



SERVICIOSGT
www.serviciosgt.com

6 semanas de ilusiones

Nancy es una jovencita que busca experimentar el amor en su vida. Durante la época de sus vacaciones conoce a su amor imposible y al percatarse que él también se siente atraído por ella, se desarrolla una lucha entre su conciencia y su corazón, la cual finalmente desencadena en una relación con mucha más intensidad que la que buscaba.

El drama que se desarrolla, luego que se entera del inicio de su embarazo, es una mezcla de sus sentimientos, oportunidades, decisiones y consecuencias, que refleja los miedos y deseos de una jovencita viviendo en una Guatemala que, aunque moderna, está llena de prejuicios e hipocresías que complican su existencia ya plagada de represiones, complejos y sentimientos de inferioridad; circunstancias que finalmente la llevan al momento en que debe tomar la decisión entre proteger su estilo de vida o respetar la existencia de un nuevo ser.



ESCENAS
DE
LA
PELÍCULA
6SEMANAS.COM

6 semanas de ilusiones es la segunda novela de Héctor Arriola, médico y cirujano, guatemalteco y residente en la ciudad de Guatemala. Esta novela es la base del guión, escrito por él mismo, con que se filmó la película del mismo nombre (dirigida y editada por el autor) como un proyecto de bajo presupuesto y que se exhibió en los cines de Guatemala a principios del 2007.

Su primera novela "Marcados", cuyo tema gira alrededor de importantes hechos ocurridos durante la 1a. visita de Juan Pablo II a Guatemala, mientras ejercía el poder el controversial General Efraín Ríos Montt, obtuvo el tercer lugar en el **Premio Guatemalteco de Novela** a los 21 años de edad.

www.serviciosgtl.com

PROBIDAD

La más macabra de las estrategias
para acabar con la corrupción



SERVICIOS

Héctor Arriola

PROBIDAD

Cuando en un país se han rebasado los límites de la tolerancia hacia la impunidad, pueden crearse métodos de castigo que van más allá de todo lo propuesto por su sistema de justicia.

El nuevo Presidente de Guatemala tiene una estrategia para acabar con el saqueo de las Arcas Nacionales. Solo compartirá los detalles con una persona... porque lo que va a ocurrir a la sombra de su gobierno... podría sacudir los cimientos de la sociedad.

Héctor Arriola, escritor guatemalteco residente en Guatemala, es también autor de las novelas *"Cuando abras los ojos"*, *"6 semanas de ilusiones"* y *"Hombres Valientes"*.

Con su primera obra *"Marcados"*, obtuvo el Tercer lugar en el **Premio Guatemalteco de Novela** a los 21 años de edad.

SERVICIOSGT
www.serviciosgt.com

Héctor Arriola



**Cuando
abras los ojos**

SERVICIOSGT



Cuando abras los ojos

Al abrirse camino a través de las páginas de esta novela, el lector experimentará, junto a *Javier*, el co-protagonista de la HISTORIA, un recorrido dentro de los sorprendentes recodos mentales que cristalizan la existencia de *Joanna*, la singular y hermosa joven por cuya MENTE y ALMA *Javier* se siente *incomprensiblemente* atraído, aunque, debido a su diferencia de edades, QUIZÁ de manera indebida y vana.

Tal drama le acorralará de tal manera, que hará *inevitable* una dramática evaluación de sus propios puntos de vista y, al comparar sus conceptos con las *creencias* de *Joanna* (lo que SUCEDERÁ de manera simultánea al drama que los envolverá) llegará a cuestionar los valores heredados o adquiridos con que rige su existencia *terrenal* y le permitirá comprender, bajo una perspectiva apasionadamente diferente, los motivos detrás de sus *creencias* personales... y ello podría impactar drásticamente las decisiones que tome y las conductas que seguirá durante EL RESTO de su vida.

Héctor Arriola, escritor guatemalteco residente en Guatemala, es también autor de las novelas "Probidad", "6 semanas de ilusiones" y "Hombres Valientes".

Con su primera obra "Marcados", obtuvo el tercer lugar en el Premio Guatemalteco de Novela a los 21 años de edad.

SERVICIOSGT
www.serviciosgt.com

ISBN 978-1441437587 -7



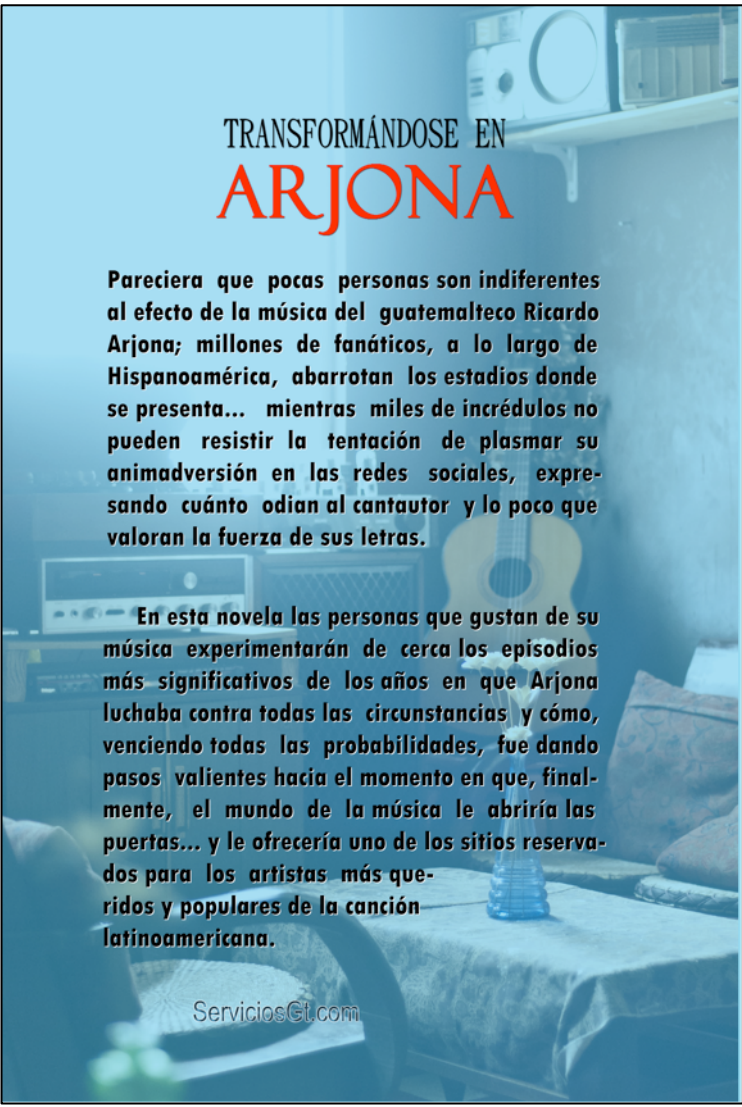
9 781441 437587 >



Una novela biográfica no autorizada sobre
la máxima estrella pop de Centro América

TRANSFORMÁNDOSE EN ARJONA

Héctor Arriola
ServiciosGt.com



TRANSFORMÁNDOSE EN **ARJONA**

Pareciera que pocas personas son indiferentes al efecto de la música del guatemalteco Ricardo Arjona; millones de fanáticos, a lo largo de Hispanoamérica, abarrotan los estadios donde se presenta... mientras miles de incrédulos no pueden resistir la tentación de plasmar su animadversión en las redes sociales, expresando cuánto odian al cantautor y lo poco que valoran la fuerza de sus letras.

En esta novela las personas que gustan de su música experimentarán de cerca los episodios más significativos de los años en que Arjona luchaba contra todas las circunstancias y cómo, venciendo todas las probabilidades, fue dando pasos valientes hacia el momento en que, finalmente, el mundo de la música le abriría las puertas... y le ofrecería uno de los sitios reservados para los artistas más queridos y populares de la canción latinoamericana.

ServiciosGt.com



Facebook.com/LibrosGuatemaltecos